
Jack X.
Faber
Mandrake
Parte 5

Mandrake - Parte 5



Ellis Verano Caliente
El destino de la criada
Sobre olas y marejadas
Minnehaha
La Pasión de Santa Carmen de Toledo
Una maldita judía casta
Princesa Lou
Un bribón descarado

Puede contactar con el autor en: JackFaber@gmx.net
¡Y seguro que le encantaría saber de ti!

Ellis Verano Caliente

von Jack Faber © 2023

Elli dudó mucho antes de aceptar. Una pariente lejana, una prima cuarta que vivía en provincias, le pidió que acogiera a sus dos hijos durante el verano. Los gemelos de 19 años, Andi y Bert, planeaban estudiar en la capital y ya tenían plaza en una residencia de estudiantes a partir del 1 de octubre. Como habían acordado, trajeron un sofá cama, que colocaron en el salón. Todos sudaban bajo el implacable calor de junio; Elli había preparado un refrigerio frío para la cena. Todas las ventanas y puertas estaban abiertas, y agradecían cada brisa refrescante.

Elli se sentó en la encimera de la cocina y observó a los gemelos mientras se duchaban. La ducha se había instalado en la cocina-sala hacía mucho tiempo y estaba abierta a la sala. Los gemelos eran chicos bien formados, delgados y atléticos. Elli examinó sus penes con atención; habían sido circuncidados por insistencia de su anciano bisabuelo, un judío que había sobrevivido a cinco campos de concentración. Elli recordaba vagamente las acaloradas discusiones en las provincias, en las que no había intervenido. Los gemelos tenían penes hermosos y de aspecto fuerte, lisos y rectos, con un precioso glande rojo y puntiagudo. Estaba segura de que ya se habían acostado con unas cuantas bellezas del pueblo. Les preguntaría al respecto algún día, algún día, tal vez.

Les entregó una toalla y les dijo que aún quedaba postre y limonada helada en la mesa de la cocina. Elli había heredado de tres tías y podía permitirse algún que otro lujo. Los dos se sentaron a la mesa y ella entró en la ducha. Tenía 68 años y estaba muy delgada, casi demacrada. Sus pechos, antaño hermosos y llenos, eran ahora sacos vacíos que colgaban tristemente. El vello púbico se le había caído casi por completo, haciendo que sus labios vaginales y su hendidura parecieran más grandes y prominentes. Nunca había tenido problemas con la desnudez; había posado desnuda innumerables veces para fotógrafos, pintores y escultores, y siempre había disfrutado siendo filmada durante el sexo, la masturbación y el coito, a menudo de una

manera muy exhibicionista. Para ella, el exhibicionismo no era patológico; simplemente era parte de su naturaleza y algo que disfrutaba. Así que no lo pensó dos veces cuando los chicos la observaron con curiosidad. Finalmente, como hacía todas las noches, se puso en cuclillas sobre la alcachofa de la ducha, dirigiendo el fuerte chorro hacia su vulva. Esto la estimulaba además del suave roce de su clítoris. Disfrutaba de esto cada noche para prepararse para la masturbación final en la cama. Se frotó suavemente el clítoris durante unos minutos bajo el fuerte chorro de agua hasta que sus piernas comenzaron a temblar de excitación. Eso fue todo; se secó rápidamente y se puso un camisón corto, la única prenda adecuada que aún tenía, ya que solía estar desnuda en verano porque vivía sola. Suspiró, porque ya no podía mantener la maravillosa excitación sexual que normalmente la acompañaba desde la ducha hasta la cama. Se sentó con los dos jóvenes desnudos y charlaron durante más de una hora. Miró sus penes con cierto placer, porque le resultaba fácil imaginar follándolos. Eran lisos y delgados, y aún no tan brutalmente gruesos como los penes de algunos hombres. Los chicos mantuvieron sus erecciones, a veces acariciando casualmente sus penes y el glande delgado y afilado. Los encontró a ambos muy agradables; habían llegado a la capital con los ojos bien abiertos y curiosos. Luego se fueron a la cama.

Observó a través de la puerta abierta cómo sus dos pupilos se iban a la cama y luego esperó mucho tiempo antes de comenzar a masturbarse, como hacía todas las noches. Su habitación estaba bañada por una luz tenue y brillante de las farolas, y aún hacía un calor sofocante. Se colocó en posición, dobló las piernas hacia la izquierda y la derecha, y acarició su clítoris con mucha suavidad hasta que, después de unos minutos, se sintió maravillosamente excitada. Entonces retrajo completamente el prepucio sobre su clítoris y presionó la piel circundante para que la punta del clítoris, el botón sensible, sobresaliera unos milímetros. Elli cerró los ojos para fantasear y esparció saliva sobre el botón. Comenzó muy despacio, como siempre, y solo aumentó la intensidad después de varios minutos cuando estaba profundamente inmersa en su ensoñación. Su madre estaba en el hospital con un grave problema abdominal, y ella se despertó en la noche. Su padre gemía y se quejaba lastimeramente, y ella corrió, alarmada, a su habitación. Se frotó el pene y se detuvo inmediatamente cuando ella irrumpió. “No funciona”, se quejó, y ella suspiró aliviada; no era

nada alarmante. Se acurrucó junto a él y le tocó el pene con ternura. "¡No funciona!", gimió él. Ella supo que casi nunca se masturbaba. En los últimos meses, cuando su madre no podía tener relaciones sexuales por el dolor, siempre le había practicado sexo oral. "Nunca me ha gustado, es asqueroso", dijo Elli, estremeciéndose. "¡El sexo es mucho mejor!". Ahora tenía que contarle todo a su padre: que llevaba más de un año teniendo relaciones sexuales con chicos y hombres. ¡Principalmente chicos, a veces hombres adultos, por supuesto! Nada de masturbación manual ni sexo oral; prefería mucho más el sexo. Él se sorprendió mucho porque no lo sabía, pero ella tenía casi 16 años, y eso no era inusual, dijo. Y estaba seduciendo a su padre porque ahora les parecía lo correcto a ambos. Abrió los ojos de par en par cuando Elli se sentó a horcajadas sobre su pene y lo introdujo profundamente. "¡No podemos hacer esto!" gimió, cerrando los ojos. "¡Todos nos vamos a ir al infierno!" Ella se rió de él y comenzó a cabalgarlo. Estaba muy sorprendida porque su pene era mucho más pequeño de lo que recordaba. Puso una mano sobre sus labios; no quería oír más sobre el infierno ni sobre la pobre madre a la que estaba traicionando. Él solo se resistió al principio, atormentado por una conciencia culpable, pero no dejó que eso le impidiera retirarse al final para eyacular. Ella lo frotó hasta que se corrió y lo dejó eyacular sobre su coño o su estómago. Follaban todas las noches, y tenían el permiso de su madre. Su padre le había confesado todo a su madre con detalle, llorando y temblando de sollozos. Ella lo calmó y luego habló con Elli en privado. La madre no sabía que su hijo de 16 años ya no era virgen y que ya había sido follado docenas de veces. Elli le contó todo sin reservas, incluyendo lo mucho que había sentido lástima por su pobre padre. La madre, de hecho, estaba agradecida y no tenía objeción a que Elli siguiera acostándose con su padre. Todavía se estaba recuperando de una cirugía abdominal y no podría tener relaciones sexuales durante las próximas semanas o meses. Elli se sintió muy aliviada y le prometió a su madre que seguiría acostándose con su padre. La madre se quedó tumbada tranquilamente junto a ellas y la acarició con cariño. Cuando la madre pudo volver a tener relaciones sexuales después de unos meses, Elli ya no acudió a su padre. El hermoso recuerdo ahora la inundó de deseo; estaba llegando a la recta final. Elli se frotó el clítoris deliberada y firmemente hasta que tuvo un orgasmo, su pelvis se sacudió dos o tres veces y sus piernas temblaron. Dejó que el orgasmo disminuyera lentamente, y

cuando el temblor cesó, abrió los ojos. Uno de los dos hombres estaba sentado justo a su lado en la cama, con la mano sobre su pene erecto. Instintivamente cerró las piernas y lo miró. Hubo un largo silencio. Recordaba vagamente que él se había sentado a su lado en algún momento, pero solo lo había registrado de forma subconsciente.

— Tía Elli — comenzó en voz baja — , lo siento, pero me desperté y lo vi todo. ¿No preferirías acostarte conmigo? He tenido sexo muchas veces y soy bastante bueno en ello. Tuvo que esperar un buen rato su respuesta, porque estaba realmente sorprendida. Se había aislado por completo de su entorno y vivía sola; no había tenido sexo en al menos cinco años. Negó con la cabeza con firmeza. — ¡No, en absoluto! Soy demasiado vieja y fea. No he tenido sexo en siglos, y me basta con darme un orgasmo. Ahí lo tenía todo dicho; eso le quedó claro.

Andi — ¿o era Bert? — no se dejó disuadir tan fácilmente. Se agarró el pene y susurró: «Tengo muchas ganas de sexo ahora mismo», mientras su mano se deslizaba por la parte interna de sus muslos hasta posarse en su hendidura. «Llevo días sin sexo y estoy increíblemente cachondo. Y no eres nada fea, tía. Me he acostado con mujeres mucho mayores en nuestro pueblo, ancianas. Cuando de verdad lo necesitas, la edad no importa». Elli negó con la cabeza con firmeza. «¡No! Soy demasiado vieja para el sexo, y no lo he necesitado en al menos 15 años». Aquello era una exageración descarada, ¡pero no quería acostarse con un jovencito así, ni en sueños! Él no se rindió. “Te observé en la ducha, mientras te frotabas, y creo que tu coño no es ni viejo ni feo.” Sus dedos exploraron su coño con curiosidad. “¿Y qué encontraste con todas tus viejas esposas?”, lo provocó ella. “Todas las viejas tienen vaginas muy estrechas, como las de las chicas muy jóvenes.” Él pensó un momento mientras ella decía: “Exacto, y a algunas viejas ya no les gusta tener sexo por eso, como a mí.” “¡Tengo un coño tan estrecho que ni un lápiz cabe!” Inesperadamente, se arrastró sobre ella, su pene duro presionando contra su abertura vaginal. Instintivamente, ella tensó sus músculos vaginales. “Tengo que intentarlo”, balbuceó, intentando penetrarla, pero no pudo entrar ni un centímetro. Probablemente forcejeó en vano durante varios minutos en su abertura vaginal, y Elli consideró si debía dejar que continuara follándola y eyaculara dentro de ella, pero descartó la idea de inmediato. Lo apartó indignada. “¡Oye, ¿qué crees que estás

haciendo? ¿Violarme, penetrarme brutalmente por la fuerza?!" gritó, dándole un ligero puñetazo en el pecho.

Se quedó cabizbajo y murmuró que, por supuesto, no había querido violarla; solo quería tener sexo. Pero, al parecer, su pene era demasiado grande y no entraba. Ella gruñó: "¡Ya te dije que no he tenido sexo en siglos, en 20 años! ¡Estoy demasiado estrecha!". Se calmó y sonrió: "¿De verdad estás desesperado ahora? ¿Tienes que correrte sí o sí?". Él asintió, casi desesperado. Ella miró su mano y su pene. "Tendrás que hacerlo tú mismo con el puño", añadió. Él negó con la cabeza lentamente: "Hace años que no lo hago, no me gusta nada". Sin dudarlo, preguntó: "Pero tus amigas, a veces lo hacen por ti con los puños cuando no quieren o no pueden tener sexo". Se sintió incómoda porque su mano volvía a tocar su vulva y la apartó con fuerza. Levantó la almohada y se incorporó. Él asintió pensativo. "Sí, a veces lo hacen. ¿Lo harías tú también por mí?". Lo pensó un buen rato. ¿Por qué no, en efecto? Asintió. "De acuerdo", y extendió la mano hacia su pene. Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras ella lo masturbaba.

Unos minutos después, su hermano entró en la habitación, comprendió la situación de inmediato y sonrió con picardía. "¿Por qué no la follas?", preguntó, aún sonriendo. Ella se había detenido en ese mismo instante. "No le gusta follar, no ha tenido sexo en 15 años y no lo necesita, la masturbación le basta. Está demasiado estrecha, él no puede entrar, ¡lo he intentado!". El hermano asintió y se sentó junto a su gemela. "¡Pero quiero correr después, tía Elli!", dijo alegremente. Ella no respondió; continuó acariciándolo y, después de unos minutos, ya estaba en la recta final. Momentos después, el primero eyaculó sobre su mano, y ella continuó acariciándolo, disminuyendo la velocidad, hasta que terminó. La masturbación primero la había confundido y luego la había excitado sexualmente; ahora los hermanos habían cambiado de lugar. Ella estaba masturbando al segundo, y el otro le palpó la vulva e inmediatamente encontró su clítoris. Su propia excitación aumentó al instante, porque el chico sabía lo que hacía. Buscó su clítoris con la mano equivocada. «Maldita sea, ahora lo necesito yo también», jadeó, y se frotó el clítoris como él, pero no era la mano correcta y tuvo que parar. Se recompuso y le masturbó el pene; él eyaculó al poco tiempo, y ahora ella se masturbaba, estaba

en la recta final. El orgasmo la hizo estremecerse brevemente, sus piernas temblaron ligeramente. Los tres sonrieron, y luego los dos se durmieron.

En la penumbra del sueño, su vida pasó lentamente ante sus ojos. *Había crecido completamente normal y de clase media; había aprendido a masturbarse con sus amigas a los nueve años y quedó enganchada al instante. A los once, aprendió a hacer felaciones a chicos, y a los catorce, posó para un fotógrafo por primera vez para fotos eróticas desnuda. Ser modelo desnuda la enloqueció, y sedujo al pobre fotógrafo gay. Él la desfloró y la folló varias veces seguidas, usando todos los trucos del libro. Le encantaba follar. A los dieciséis, se acostó voluntariamente con su padre durante unos meses hasta que su madre se recuperó. Luego se acostó con cualquiera que no se resistiera. A los diecinueve, se casó impulsivamente con un escultor salvaje y tosco, y el matrimonio fue un desastre. Su marido resultó ser un psicópata que la golpeaba y abusaba de ella porque sospechaba que le era infiel. Fue a urgencias varias veces y también a la policía, pero no la tomaron en serio. Un día, la apuñaló con un cuchillo de cocina; Ella fue hospitalizada y él fue sentenciado a cinco años de prisión. Ella se divorció de él inmediatamente. Ella aprovechó al máximo este tiempo, acostándose con cientos de hombres, posando desnuda por una miseria y, por más dinero, teniendo sexo y masturbándose frente a la cámara. Le encantaba posar y no veía nada malo en masturbarse y tener sexo frente a la cámara. No era una de esas modelos reservadas y castas y tenía sexo sin inhibiciones con directores, camarógrafos y todo el equipo. Ganaba buen dinero haciendo esto y conoció a Robert, quien no solo quería filmarla sino también casarse con ella. Él era una pareja maravillosa; se comprometieron y ella quedó embarazada. Querían casarse antes de que naciera el bebé. Pero le informaron de la liberación de su exmarido con una fecha equivocada. Él fue liberado un mes antes, la investigó, interrogó a vecinos desprevenidos y estaba furioso. ¡Estaba embarazada! ¡Comprometida! ¡Y a punto de casarse! Él no pudo soportarlo. La atacó en su propio apartamento, la apuñaló una docena de veces y la dejó, dándola por muerta, tendida en su propia*

sangre. Con sus últimas fuerzas, pidió ayuda. Fue operada, el bebé nació muerto y los médicos dijeron que nunca más podría tener hijos. Robert se sentó a su lado y ella rompió el compromiso. No quería volver a casarse; no podía formar una familia y, en su dolor, desesperación e ira, lo rechazó. Se arrepintió de este error el resto de su vida. Robert la dejó con el corazón roto y rápidamente se casó con otra mujer. Su exmarido fue condenado a cadena perpetua, lo que significaba que saldría en libertad tras 15 años. Pero incluso en prisión, era un alborotador y un matón. Cuando violó brutalmente e hirió a la enfermera, que gozaba de gran popularidad, perdió a sus últimos partidarios. Una mañana lo encontraron ahorcado en su celda; el certificado de defunción indicaba suicidio y el caso nunca se investigó más a fondo. Tres de sus tías murieron en rápida sucesión, dejándole suficiente dinero como para no tener que modelar ni tener sexo frente a la cámara con tanta urgencia y poder vivir con modesta comodidad. Pero aún necesitaba el exhibicionismo, las fotos desnuda, la masturbación y el sexo frente a la cámara. El lesbianismo se estaba poniendo de moda; ella se esforzó y se dejó llevar por todo. Abrazar y besar a las chicas le producía un placer inmenso, al igual que masturbarse o ser masturbada por ellas. También las lamía y dejaba que la lamieran a ella, pero lo encontraba tan repulsivo y asqueroso como las felaciones o el sexo anal. Cada vez con más frecuencia se negaba o era rechazada; después de todo, ya no era tan joven, y las cicatrices de su estómago debían ocultarse con mucho cuidado cada vez. Sin pensarlo dos veces, se entregó al sexo sin restricciones y se acostó con aún más hombres que nunca: cientos. Prefería tener sexo frente a cámaras amateur; la dejaban hacer lo que quisiera y no interferían. A mediados de sus cincuenta, notó que su vagina se estaba encogiendo. Su ginecólogo le dijo que era normal para su edad y que no podía hacer nada al respecto. Cada vez tenía más que renunciar al sexo con hombres con penes grandes o soportar dolor, pero el sexo con hombres con penes pequeños era un completo desastre. Hace once años, renunció al sexo por completo, se aisló cada vez más de la sociedad y se contentó con la masturbación diaria. Leía periódicos y libros, hacía crucigramas y veía un poco la televisión. Había coleccionado todas las

películas en las que tenía sexo y se masturbaba, y las veía una y otra vez. Una vez a la semana, iba de compras y luego a una cafetería. A veces tomaba su café sola, pero casi siempre con conocidos o completos desconocidos; eso era suficiente interacción social para ella.

Elli pasó el día siguiendo su rutina habitual; los chicos estuvieron fuera todo el día. Cenar, ducharse y charlar un buen rato antes de acostarse era lo normal. Los chicos esperaron pacientemente junto a su cama hasta que terminó de masturbarse y abrió los ojos. No le sorprendió en absoluto, los dejó sentarse a su lado y se masturbó uno tras otro. Claro que intentó masturbarlos a los dos a la vez, pero no funcionó. Normalmente, uno de ellos — ¿Andi o Bert? — jugaba con su clítoris, y ella terminaba masturbándose de nuevo si se excitaba.

La mayoría de las veces, sin embargo, el chico con el que aún no se había masturbado la excitaba tanto con sus caricias en el clítoris que, tras el primer orgasmo, jadeaba, deseándolo con urgencia. Abría las piernas mientras se masturbaba, y el chico se arrodillaba entre ellas. Se masturbaba rápidamente y eyaculaba sobre sus dedos, su clítoris y su vulva. Ella seguía masturbándose, imperturbable, en el fluido resbaladizo hasta que llegaba al orgasmo. Esto se repitió durante aproximadamente una semana, y todos estaban satisfechos.

Entonces el primero ya no quiso usar su puño y descaradamente se tumbó encima de ella. Elli apretó sus piernas y puso una mano en su coño. Él quería follar a toda costa, sin embargo, y embistió arriba y abajo. Ella apretó su polla entre sus muslos internos, y él la folló allí. Ella mantuvo su mano firmemente presionada contra su vulva y no lo dejó penetrar. El chico la folló, su polla encajada entre sus muslos internos, su glande golpeando contra su mano y su vulva. Eyaculó sobre su mano, sus labios y su vulva. El segundo hizo exactamente lo mismo, hundiéndose profundamente en el fluido resbaladizo y follándola rápidamente entre sus muslos internos. Ella se excitó mucho de nuevo con los golpes, pero no quiso quitar su mano y dejar que eyaculara sobre su vulva.

Esto se prolongó durante varios días; poco a poco se atrevió a masturbarse. La punta de su pene golpeaba contra sus dedos, su clítoris

y su vulva. Pero él no lograba penetrarla y solo eyaculaba fuera. Ella aflojó las piernas para masturbarse con mayor facilidad, y la punta de su pene golpeaba contra su abertura vaginal, donde él eyaculó, y diez minutos después, su hermano también. Ella tuvo un orgasmo con ambos y luego quedó muy cansada, completamente agotada.

Esto continuó durante varios días; ella dejó que los hombres la follaran y eyacularan dentro de ella, uno tras otro. Ya no sostenía su mano protectoramente sobre su vulva; abrió bien las piernas y dejó que los chicos la follaran y eyacularan dentro de ella. Se masturbaba cada vez y siempre quedaba exhausta después. Abrió bien las piernas y dejó que la follaran y eyacularan dentro de ella; ahora uno u otro podía penetrar con la punta de su glande. Su vagina estaba completamente tensa; él no podía ir más profundo, pero ella lo sentía perfectamente cuando él eyaculaba dentro. Era un recordatorio de hermosos tiempos pasados. Durante días, ellos golpearon contra su abertura vaginal, penetrando con la punta de su glande cuando eyaculaban. Ella intentó relajar su vagina tensa, pero simplemente no era posible. El segundo siempre tenía ventaja porque su vagina estaba húmeda por la eyaculación anterior, y él podía penetrar un milímetro más en el fluido resbaladizo. Cada día los chicos penetraban un poco más, y un día, cuando su coño estaba empapado y resbaladizo, el segundo la penetró por completo, con fuerza y profundidad. Sintió un breve dolor y gimió suavemente, pero cuando estuvo completamente dentro, se detuvo, sobresaltado y confundido. Ella, por supuesto, había dejado de masturbarse de inmediato, estaba muy asustada. ¡Realmente la había penetrado!

"Uf", le dijo a su hermano, "¡está tan apretada! ¡Increíble!" Y su hermano quiso saber, "¿Como Rita, la pequeña Gangmüller?" Pero el pionero negó con la cabeza, "No, como la vieja Emma de Burger, ¡así de apretada está!" En el largo silencio, el pionero preguntó muy bajo, "Elli, ¿puedo?" Ella asintió, aunque estaba avergonzada por alguna razón, se cubrió los ojos con el antebrazo y abrió las piernas voluntariamente. Él comenzó a follarla y tuvo que follarla durante mucho tiempo, luego eyaculó con fuertes embestidas. Esperó hasta que su pene se ablandó y lo sacó. Elli sintió dolor en su vagina, pero no fue tan malo como antes. Sintió que la excitación aumentaba lentamente durante el coito, pero no llegó al orgasmo. Su hermano tomó su lugar.

“¡Elli, yo también quiero!” Ella asintió con una sonrisa cansada, como era de esperar. Él penetró el jugo resbaladizo de su hermano con mucho cuidado y lentamente; funcionó, pero solo con dificultad. Puso los ojos en blanco. “¡Está incluso más apretada que la vieja Emma!”, exclamó, y luego empezó a follar. Le llevó mucho más tiempo que a su hermano, y no eyaculó tanto como la primera vez. Elli dejó que su excitación aumentara de nuevo durante el sexo y empezó a masturbarse. Luego, los dos se sentaron a la izquierda y a la derecha de Elli y la observaron hasta que terminó de masturbarse.

— ¿Y qué pasa con esta Emma? — preguntó Elli con una sonrisa — . ¿Qué era ella? Los dos explicaron que, por supuesto, se habían acostado con todas las mujeres mayores de 60 y 70 años de toda la zona, ya que la mayoría de las jóvenes tenían pareja o estaban recién casadas. También se habían acostado con todas las menores de 60 que querían participar, pero no eran muchas. En cambio, había muchas ancianas y muy ancianas dispuestas a acostarse con ellas de inmediato y con mucho entusiasmo. Sorprendentemente, eran precisamente las mujeres más intolerantes y piadosas las que clamaban por los jóvenes. Ellas y sus amigas coincidían en que la vieja Emma tenía la vagina más estrecha, incluso más que la hija del pequeño Gangmüller, Rita, a quien muchos consideraban la más estrecha.

Elli se rió y dijo: “¿Así que ustedes tienen una competencia para ver quién tiene la vagina más estrecha?”. Los dos asintieron algo avergonzados, entonces Andi — ¿Andi o Bert? — dijo: “Bueno, calificamos a las chicas, sin mala intención. Por ejemplo, ¿qué chica hace la mejor paja, la mejor mamada, la mejor follada, la follada más larga, cuál se masturba más veces seguidas? Y así sucesivamente. No lo anotamos y olvidamos la mayor parte al día siguiente. No tiene nada de malo”. Elli asintió, porque lo entendió.

Cuando Elli preguntó si también habían tenido sexo con sus hermanas, las dos intercambiaron miradas. Entonces Andi dijo que había sido su madre quien les había enseñado sobre sexo. Se lo había explicado cuando, un domingo por la mañana, como hacía todos los domingos por la mañana, les permitía estar en su gran cama matrimonial y acurrucarse con ella desnudas. Esto sucedía todos los domingos por la mañana después de que su padre saliera a tomar algo.

Ella les mostraba todo, demostrando con una sonrisa la masturbación femenina, y cuando las dos no dejaban de rogar, les permitía tener sexo como es debido, una tras otra. Sobre todo los domingos por la mañana, mientras su padre estaba fuera bebiendo, durante un año y medio. Pero un día, su padre las pilló en el acto y les dio una fuerte bofetada en la cara. Solo entonces las chicas de 14 años irrumpieron en la habitación de las niñas y tuvieron sexo con sus hermanas, y más tarde con todas sus primas. Al principio, las hermanas fingieron estar terriblemente indignadas, pero hacía tiempo que habían perdido la virginidad y lo disfrutaban en secreto. Y los primos no necesitaban una invitación especial, porque en cuanto se corrió la voz sobre las hermanas, se quedaban a dormir en sus casas con mucho entusiasmo. El parentesco en sí no era interesante, sino las oportunidades que ofrecía. Bert bajó la mirada: «Fue genial con las embarazadas. La mayoría no quería, solo unas pocas. Pero eran las mejores en la cama», concluyó Bert.

Elli habló un poco sobre su vida amorosa y cómo su vagina había cambiado y se había estrechado considerablemente hacía 15 años. Por eso había renunciado por completo a las relaciones sexuales. Por eso solo le interesaba la masturbación. Andi (o Bert) preguntó si les parecería bien que ambos tuvieran relaciones sexuales con ella en el futuro, ya que eso era mucho más divertido que lo otro. Elli sonrió y dijo: «Lo intentaremos de nuevo mañana, a ver si funciona otra vez». Se fueron a dormir.

Andi y Bert fueron a una farmacia al día siguiente y compraron lubricante. ¡Y funcionó! Tuvieron relaciones sexuales con Elli, uno tras otro, y ella lo disfrutó, aunque tuvo cuidado de no elogiarlos demasiado. El lubricante era bueno y Elli ya no sentía dolor durante el sexo. Pasó sus días con su rutina habitual, acurrucándose con los chicos por la noche antes de tener relaciones sexuales.

Fue un verano maravilloso para los tres.

• • •

El destino de una criada

von Jack Faber © 2023

Rosemarie empezó a trabajar como criada en Villa Hallwax, una mansión señorial en una colina de Grinzing, cuando tenía quince años. El anciano barón von Hallwax había comprado la villa a su predecesor judío por una miseria; al fin y al cabo, la fábrica Hallwax era crucial para el esfuerzo bélico nazi. El anciano viudo era un bon vivant y se entregaba a este lujo. Aparte de su personal, vivía solo; su hijo dirigía ahora la empresa y su nieto estudiaba en Inglaterra y Francia.

El anciano había elegido a la joven y bella muchacha del campo porque deseaba su compañía. De alguna manera, la joven y hermosa muchacha lo rejuveneció. Esperó una semana, le pidió que le sirviera café y decidió dejarla al cuidado del viejo cocinero. Pero después de la primera semana, la tumbó sobre su escritorio, le levantó la falda y le bajó las bragas. La violó, la desfloró y la sodomizó. Cuando terminó, le puso unos billetes en la mano y le dijo que se comprara ropa interior nueva y bonita.

Rosa corrió a su habitación y se tiró sobre la cama, sollozando. En realidad, sabía muy poco sobre sexo; solo le dolió un poco y se calmó. La cocinera la escuchó y dijo que ahora era el momento de ser astuta y aprovechar la oportunidad. «Así que anímate y síguele el juego», dijo la cocinera mientras iban a las afueras a comprar sábanas. La cocinera sabía un par de cosas, pues llevaba tiempo satisfaciendo las necesidades sexuales del anciano. Rosa se horrorizó al ver lo caras que eran las cosas, pero el anciano tenía dinero de sobra.

Rosa sabía muy poco sobre sexo. Había descubierto la masturbación de niña y le había hecho algunas pajas a su hermanito cuando ya podía eyacular. Pero el pequeño quería tener sexo de verdad, así que ella cedió y guió su pequeño pene a través de la abertura de su himen. Tenían que tener muchísimo cuidado con su himen, ya que su estricta madre siempre estaba pendiente. Así que él pudo tener sexo y eyacular con mucha suavidad; la abertura se agrandó un poco, pero

oficialmente seguía siendo virgen. Así fue como terminó con el viejo barón Hallwax.

Rosa servía café a la misma hora todas las mañanas, pero el anciano solo podía acostarse con ella una vez al mes, ya que se acercaba a los ochenta. Su hijo, también cercano a los sesenta, deseaba acostarse con la bella pelirroja todas las mañanas. Ella le servía el café matutino al viudo y se recostaba sobre el escritorio. Él se acostaba con ella de la misma manera todas las mañanas. Ella se acostumbró y luego se duchaba y se dirigía a la cocina. Aprendió muy rápido y, al final de la guerra, ya era una excelente cocinera. Cada mes, el joven Hallwax le daba un sobre "por sus buenos servicios", y ella ahorraba todo lo que podía. El anciano le había comprado un traje particularmente bonito, que debía usar una vez al mes en su salón. Antes se llamaba velada de caballeros, pero ahora, habiéndose vuelto más refinado, se llamaba salón. Una vez al mes, el barón Hallwax agasajaba a sus clientes, entre 20 y 25 oficiales uniformados. El Hotel Zum Erzherzog proporcionaba el banquete, y manos diligentes lo preparaban en el Salón de Mármol. La única tarea de Rosa consistía en servir bebidas y puros a los caballeros antes y después del banquete.

El anciano le había dado instrucciones muy precisas: no era una prostituta, maldita sea, sino una linda muchacha de 16 años a la que, como mucho, se le permitía mostrar su ropa interior pecaminosamente cara, ¡pero nada más, por Dios! Besar, abrazar o tener citas, ¡absolutamente no! No era una prostituta, maldita sea, sino simplemente una linda vista para distraer y complacer a los oficiales. Rosa asintió mientras él le explicaba todo esto y luego le pidió a Brigitte, la vieja cocinera, que se lo tradujera. Se puso roja como un tomate cuando Brigitte explicó la palabra "prostituta". Se puso aún más roja cuando Brigitte explicó y demostró cómo debía mostrar sus bragas. "¿Mostrarlo todo?", preguntó Rosa, con el rostro pálido, y Brigitte asintió. Ese era el propósito del ejercicio: debía mostrar la mayor cantidad de piel desnuda posible — su trasero y su entrepierna — sin pudor y con discreción. Brigitte tomó unas tijeras y cortó las bragas hasta que, desde el ano hasta justo encima de la hendidura, no fue más que un trapo fino. Cada vez que Rosa se inclinaba o dejaba que uno de los caballeros la sentara en su regazo y le pateara las piernas, sus nalgas y su hendidura se exhibían de forma muy seductora. El

barón estaba encantado, porque todas las miradas estaban puestas en su belleza y no en los aburridos documentos. Rosa aprendió rápidamente a exhibirse tanto y tan a menudo como fuera posible, y después de unos cuantos encuentros, era realmente buena, elogió el anciano.

Su padre fue enterrado con toda la pompa y circunstancia; incluso el poderoso alcalde envió una delegación. El hijo había insistido en que se grabara "Barón von" en la lápida, aunque no había títulos de nobleza, y ciertamente no había barones, desde el fin del imperio, pero él mismo seguía siendo llamado Barón. El nuevo anciano ya no tenía que mostrar consideración alguna por su antiguo amo. Escuchaba atentamente qué oficial quería una audiencia privada con la señorita Rosemarie. Según la situación, o bien mandaba al diablo al presuntuoso e impertinente o persuadía a Rosa para que recibiera al importante caballero en la biblioteca, donde había una gran y cómoda chaise longue. Rosa sabía que estaba bien pagada y se acostaba con todas las personas importantes que podía. A menudo discutía con Brigitte sobre si se había convertido en una prostituta, pero Brigitte simplemente se reía de ella. ¿Qué tienes para ofrecer? ¿Qué te ofrece la vida? ¡Una cara bonita y un buen trasero! ¡Así que aprovéchalo al máximo! Recuerda, algún día serás demasiado vieja, ¡así que ahorra para tu vejez! Rosa asintió, de acuerdo con la filosofía de Brigitte; cada palabra resonaba en ella. Eran tiempos de guerra y todos tenían que velar por sus propios intereses para conseguir un pedazo del pastel. El barón Hallwax se aseguraba de vender sus mercancías a la Wehrmacht, y Rosa se aseguraba de recibir siempre un sobre bien lleno. No era particularmente astuta para los negocios, pero le dejó claro al barón que esperaba más.

La guerra terminó. El antiguo barón von Hallwax se arrancó la insignia dorada del partido de la solapa y la estrelló furiosa contra el cajón del escritorio. ¡Y pum! ¡Ya no era nazi! Los ingleses, franceses y estadounidenses necesitaban sus productos con la misma desesperación, pues también tenían obuses, morteros y otros juguetes para los que las fábricas de Hallwax suministraban componentes. El salón solo estuvo cerrado un mes; luego llegaron los oficiales con uniformes diferentes y solo hablaban idiomas extranjeros. Rosa atendía como siempre, sus joyas brillaban con una sonrisa silenciosa. Hablaba solo

con los ojos; Brigitte la había maquillado maravillosamente y resplandecía de orgullo cada vez que un oficial u otro la colmaba con un torrente melodioso de palabras. El anciano tosía y se burlaba porque entendía idiomas extranjeros, y su pecho se hinchaba de orgullo. En la biblioteca, Rosa se entregaba voluntariamente a caballeros de todo el mundo a cambio de dinero; no necesitaba entender idiomas extranjeros para tener sexo. Ya fueran liberadores alemanes de la Wehrmacht, franceses o estadounidenses, sin ropa interior, eran esencialmente iguales. El Hotel Zum Erzherzog ofreció un banquete de una calidad excepcional. Incluso si se había perdido la guerra, eso no era motivo para descuidarse. Las fábricas de Hallwax no hacían más que crecer, a medida que se necesitaban más armas para la paz. Rosa también floreció, pues estaba verdaderamente enamorada.

Shlomo Yakubovich había sobrevivido a la guerra en Inglaterra y ahora trabajaba como mecánico-chófer en Hallwax. Era el séptimo empleado de la villa, junto con la cocinera, dos mujeres de la limpieza, dos jardineros y Rosa. Vivía encima del garaje, donde se encargaba de los dos coches. Rosa se enamoró de él al instante. Él sonrió con fastidio y le dijo que, como judía de pura raza, no debería estar con un judío. Rosa no entendió su humor y le replicó que no era judía de pura raza; su bisabuelo era de Escocia, como se podía apreciar claramente por su pelo rojo y sus ojos verdes. Shlomo la abrazó riendo, ¡así que nada se interponía entre ellos! Ella lo visitaba a diario después del almuerzo y pasaban las dos horas libres juntos en la cama.

Rosa amaba todo de Shlomo; era un mecánico habilidoso y un excelente chófer. Y tenía una polla grande y hermosa, realmente grande comparada con la pequeña del viejo. Estaba circuncidado, y ella admiraba el glande, que nunca desaparecía bajo el prepucio. Tenía una buena polla carnosa con la que podía seguir follándola mucho después de correrse, hasta que ella llegara al orgasmo. Ella prefería con creces esos orgasmos a los que se daba a sí misma antes de dormirse.

A Shlomo le costaba aceptar que Rosa tuviera que dejarse follar por el viejo tirano todas las mañanas, que a veces tuviera que dejarse follar por sus clientes en la biblioteca para ganarse el favor de su amo, pero ese era el trato. A menudo hablaban de dejar Hallwax House y empezar de cero en otro lugar, pero sus ahorros no eran ni

de lejos suficientes. Shlomo era muy culto y le habló de la regla desde muy pronto. Rosa no entendía de qué se trataba al principio. Tenía 22 años y aún no le había bajado la regla. Shlomo la mandó a un ginecólogo, pero él tampoco sabía nada. «No vas a tener hijos», dijo Shlomo con tristeza. «Tendremos que adoptar». Rosa asintió; eso le parecía bien. Estaba muy contenta de tener su propia familia.

Shlomo se quedó con Hallwax dos años y un día desapareció sin dejar rastro. Rosa lloró amargamente, pero el hombre se había ido con uno de los coches. Una semana después, encontraron el coche destrozado en un barranco del Tirol; unas manchas de sangre se adentraban en el bosque y luego desaparecían. Solo dos o tres semanas después, Rosa supo más por Brigitte. Parecía sacado de una mala novela policíaca. El anciano había discutido con Shlomo por una mujer; se habían peleado y el anciano había amenazado a Shlomo con un revólver. Shlomo lo había tirado al suelo y había huido a toda velocidad en un coche con el revólver. Rosa recordó que le había preguntado al anciano en aquel momento de dónde se había hecho las heridas en la cara, pero él no le había respondido.

Sí, le había preguntado directamente a Hallwax si era cierto, pero él lo negó todo. ¡Qué tontería de mujer! Rosa lloró a Shlomo el resto de su vida y nunca volvió a enamorarse.

Todo seguía igual; ella dejaba que el anciano durmiera con ella siempre que podía, pero cada vez era menos frecuente. Su hijo, Siegfried, había regresado de Inglaterra con su esposa e hijo y vivía en el ala oeste vacía. Siegfried ayudaba a su padre en la fábrica y poco a poco se integró en el negocio. Al igual que su padre, era un auténtico bon vivant; se adueñaba de los salones y allí se entregaba a sus placeres. Su esposa pasaba más tiempo en Londres, París y Mónaco que en casa, en Viena. El pequeño René pasaba la mayor parte del año en un internado; tenía muchas ganas de aprender e impresionó a Siegfried con sus buenas notas.

Rosa tenía 39 años cuando enterraron al viejo Hallwax. Acababa de acostarse con ella y eyacular por última vez, luego simplemente se desplomó y murió. Ella estaba de pie con el resto del personal doméstico en la última fila, pero no lloró. Él podría haber sido responsable

de la muerte de Shlomo, algo que nunca le perdonó, ni en todos estos años.

Siegfried Hallwax continuó el trabajo de su padre. El establecimiento Hallwax prosperó, y el nuevo jefe era un verdadero profesional, lo que impresionó a sus empleados. Hablaba inglés y francés con fluidez, lo que impresionó a la clientela europea. Los salones continuaron como antes, incluso volviéndose un poco más bulliciosos. Y Siegfried no quería perder su valioso tiempo en bares y burdeles, así que contrató a Rosa, que trabajaba para su padre. Ella apenas tenía treinta y cinco años, seguía siendo guapa y no tenía reparos en el sexo. Aceptó de inmediato; había atendido fielmente las necesidades de sus empleadores. Y por supuesto, se sentía muy atraída por él, dijo Rosa con su mirada más seductora. Sí, con gusto se acostaría con él, si él quisiera, todos los días. Pero él no era un bárbaro como los viejos que se acostaban con Rosa de pie, inclinados sobre el escritorio.

La condujo de la mano a su dormitorio. Tenía una botella de champán en una cubitera junto a la cama y música suave y seductora sonando. Se desnudó sin decir palabra y se acostó expectante en la cama. Rosa se desnudó rápidamente y se acostó a su lado. Preguntó en voz baja si necesitaban usar anticonceptivos, y ella negó con la cabeza. No, no tenía la menstruación y no quería tener hijos. Le gustaba su actitud tranquila y amable y su insistencia en cierto nivel de refinamiento. Acarició casualmente su pene, que era considerablemente más grande que el de su padre y el de su abuelo. Preguntó qué debía hacer con su esposa, ya que la estaban engañando. Él sonrió. No debía pensar más en eso; su esposa probablemente estaba tumbada en una playa de Niza o Montecarlo, siendo mimada por un masajista. Si valorara la fidelidad física, estaría aquí, no allí. Rosa lo entendió; había mucha verdad en ello. Examinó su pene más de cerca; No estaba circuncidado como Shlomo, pero aun así era agradable a la vista. Había oído que muchas mujeres consideraban los penes feos, pero ella no; solo había visto penes hermosos.

Dejó que Siegfried tuviera relaciones sexuales con ella, y él era tan bueno en la cama como Shlomo; él también solía llevarla al orgasmo. Solo había experimentado un orgasmo durante el sexo con Shlomo; antes de eso, solo mediante la masturbación diaria por la noche. El

anciano nunca lo había logrado, y ella creía que era completamente indiferente. Para Siegfried también era importante que se besaran y se acariciaran. Ella solo lo había hecho con Shlomo, pero sentía que era importante y correcto. Las caricias, los besos y las caricias eran realmente esenciales; lo aprendió rápidamente. Con Siegfried, se sentía como una mujer y no solo como un objeto, como con su padre y su abuelo. Siempre había intuido que algo andaba muy mal con los ancianos, pero no habría podido expresarlo con palabras. Fue una experiencia nueva y maravillosa, aunque sabía perfectamente que solo se trataba de su gratificación física. Permaneció con Siegfried durante los siguientes 20 años.

Sin embargo, algo había cambiado, y a ella no le gustaba nada. El banquete ya no era el centro de atención de los salones. Todo giraba en torno a la gran sesión de copas posterior; la gente bebía al ritmo de música a todo volumen, fumaba y consumía todo tipo de sustancias. Rosa bebía muy poco alcohol y solo daba sorbos a su copa; no fumaba ni consumía nada. Siegfried, en cambio, estaba completamente descontrolado. La llevó al centro de la sala y bailó con ella. Ella estaba confundida porque nunca antes había bailado, pero se dejó llevar. Le complacía que él fuera tan feliz y despreocupado. Bailó con él de salón en salón; la verdad es que era bastante agradable. Pero un día, él estaba tan excitado que, después de bailar, la tiró sobre la chaise longue y tuvo relaciones sexuales con ella delante de todos. Esto fue terriblemente vergonzoso para ella porque, aunque a la mayoría no le importaba, algunos los estaban observando. Ella se marchó inmediatamente después de que él eyaculara.

Ella lo esperó en su cama matrimonial, pero se quedó dormida. Solo por la mañana le sirvió un café fuerte y entonces se atrevió a enfrentarlo. Él era terco e irracional. “Cuando te pasa, bla, bla, bla”. Ella no quería oírlo. Le explicó que era vergonzoso y desagradable para ella; se sentía patética y profanada. Él no la escuchó. No era nada, no era para tanto. Discutieron durante media hora, pero no lograron llegar a un acuerdo. Él le preguntó, con semblante sombrío, si dejaría que un desconocido durmiera con ella en el salón si fuera importante para él o para la empresa. Ella negó con la cabeza de inmediato, pero luego lo pensó y dijo que, si fuera realmente importante, entonces sí. Siegfried asintió: “¡Bien!”, y ahí terminó el asunto.

Él la dejó acostarse con su mejor amigo en el siguiente burdel. Él era importante, le recordó a la mujer, que dudaba. De nuevo, solo unos pocos los vieron, pero ya no era tan vergonzoso. Poco a poco, llegó un punto en que ella se acostaba con hombres en todos los burdeles. Si al principio era solo un hombre, pronto eran tres o seis los que se acostaban con ella en público. Siegfried la elogiaba, y la asignación mensual se hizo notablemente más generosa. Sonrió para sí mismo; ella era tan prostituta como cualquier otra mujer. Algunas eran simplemente más caras que otras. Pero todas eran prostitutas.

Siegfried cumplió 60 años, Rosa 57. Él organizó una gran fiesta con todos sus amigos. Al día siguiente, le dijo a Rosa que debía prepararse para su merecida jubilación. Por eso había contratado a una joven asistente, a quien debía enseñar de todo, desde cocina hasta cómo recibir invitados. Rosa asintió, algo desanimada, pero por otro lado, lo comprendió. El hijo de Siegfried, René, estudiaba en la universidad y ahora vivía de nuevo en casa. Siegfried la llamaba a su habitación cada vez con menos frecuencia; claro, no era él quien había envejecido, sino ella. Naturalmente.

La nueva chica se llamaba Mi Lei Sung; sus padres habían emigrado de China, y mientras los hijos mayores ayudaban en el restaurante, los más pequeños trabajaban en diversos empleos. Mi Lei tenía casi 19 años, pero parecía de 13. Rosa enseguida se dio cuenta de que era justo el tipo de cambio que Siegfried había imaginado para su habitación. Pero él disipó sus sospechas, llamándola a su habitación un par de veces, y ella se tranquilizó.

La pequeña mujer asiática, que insistía en que la llamaran Mimi porque así estaba acostumbrada, era básicamente increíblemente perezosa. Solo aprendía qué cocinar ese día; al día siguiente lo había olvidado todo. Sin embargo, en lo que sí era buena era en coquetear con Siegfried o René mientras servía café y otros refrigerios con su falda corta. Sin duda, iba tras uno o ambos. Y, efectivamente, después de seis semanas, Siegfried entró en la habitación de Mimi por la noche, y Rosa, que dormía en la habitación de al lado, se despertó con los suaves gemidos de placer de Mimi. Mimi maullaba como un gatito durante el sexo; se la podía oír a kilómetros de distancia. El corazón de Rosa empezó a latir con fuerza, tal vez por la indignación

de haber sido abandonada, o tal vez porque escucharla la había excitado. Ahora Mimi maullaba fuerte todas las noches, y Rosa se alegró de que él no se la hubiera llevado a su habitación. Pasaron los días.

Una noche llamaron a su puerta; era René. Entró sin más, siseó un saludo y, descaradamente, se tumbó junto a Rosa. Se dio cuenta de que estaba desnuda bajo las sábanas y se quitó la camiseta y la ropa interior. No estaba del todo oscuro en la habitación, y Rosa notó su sonrisa. Él la miró y rió entre dientes. «Mimi sin duda se ganó a mi viejo rápidamente», susurró. «Si no me equivoco, ya se ha acostado con ella dos veces». Rosa asintió y dijo en voz baja: «Normalmente se acuesta con ella dos veces». Hizo una larga pausa. «¡Espero que no se exceda, como tu abuelo!». René no tenía ni idea de nada de esto, y ella tuvo que contárselo todo. Al principio, solo le contó cómo se había desplomado y muerto después de acostarse con ella, pero René siguió presionándola hasta que le contó todo, desde su primera vez a los 15 años con su bisabuelo. Tras el largo silencio en la habitación contigua, se oyeron los maullidos cortos y agudos de Mimi. «Se está masturbando», susurró René, «me ha dejado mirar un par de veces, por eso lo sé». Después de un pequeño llanto, los maullidos cesaron y se oyó brevemente la voz grave de Siegfried.

René y Rosa siguieron hablando de sus padres durante un buen rato. Su padre consideraba a su madre una cualquiera, pero él mismo había estado acostándose con la pequeña cualquiera en los últimos días. Permaneció en silencio, con los brazos alrededor del cuello de Rosa. Ella reunió valor y le dijo que durante casi 20 años había sido la cualquiera de su padre. Él se apoyó en sus brazos. “¡No es cierto!” Pero Rosa asintió y dijo que era toda la verdad. Él dijo que lo sentía, pero ella se resistió. “¡Siempre me trató como a un caballero, siempre fue decente conmigo!” Se mordió el labio; no necesitaba contarle las humillaciones en el salón. Él se recostó un poco más tranquilo. “Me alegro de que te haya tratado como a un caballero, ¡porque eres un verdadero encanto!” Rosa se sonrojó furiosamente en la oscuridad. Un pensamiento la asomó.

— ¿Puedo preguntarte algo? — comenzó ella — , solo por curiosidad. ¿Tienes novia con quien acostarte? René la soltó del cuello y permaneció en silencio durante un largo rato, luego negó con la cabe-

za. Ella le puso una mano en el pecho. — Perdóname por ser tan curiosa, pero ¿alguna vez has tenido sexo de verdad? Su cuerpo se tensó al instante. Negó con la cabeza de nuevo, y ella sintió las lágrimas correr por sus mejillas. Lo abrazó por primera vez e inmediatamente sintió su pene erecto. — Está bien, René, ¡está bien! Algún día... — La interrumpió con incertidumbre — . ¿De verdad lo crees? Ella le acarició las mejillas y asintió. — Por supuesto, no tengo ninguna duda. — Necesitaba desahogarse. — No había chicas en el internado, y yo no formaba parte de la pandilla que a veces se escapaba e iba al burdel — intervino Rosa — , ¡así que desde luego no te perdías nada importante! Él la miró con los ojos muy abiertos. “Mimi solía venir a mi habitación y estaba desesperada por tener sexo, pero yo no sabía cómo. Así que simplemente se masturbaba y luego se reía de mí. Vino a mi habitación al menos diez veces, para masturbarse y reírse de mí.” Rosa sabía que René era algo autista y tenía dificultades para relacionarse con otras personas, así que sentía mucha compasión por él. “Algún día conocerás a una chica que te lo enseñará todo, y no será difícil.” Él estaba electrizado. “¿Me lo enseñarás algún día?” Rosa se quedó paralizada. “Pero tengo más de 60 años”, exageró, “¡Soy una vieja y fea, demasiado vieja para ti!” Bajó la mano hacia su pene y lo agarró. “Mi coño se ha encogido mucho y se ha vuelto muy estrecho, ¡demasiado estrecho para un pene tan grande como el tuyo!” Apretó su pene con firmeza. “¿Y en el internado, solo te lo hacías tú solo?” Él asintió y respondió de inmediato: “A veces lo hacía con otros al mismo tiempo, a veces uno de nosotros se frotaba contra el otro. Pero no muy a menudo. Y nunca practiqué sexo anal; me parecía demasiado asqueroso”.

Rosa seguía sujetando su pene. “Debes estar a punto de correrte, ¿verdad?”, dijo. “Puedes hacerlo tú mismo si quieres, no me importa”. Hizo una pausa y esperó, pero él no dijo nada. “¿Debería hacerlo yo por ti?”, preguntó, y de repente él asintió. “¡Vale, me encantaría!”, susurró, agarrando su pene con el puño. Él la rodeó con el brazo por el hombro mientras ella se incorporaba y lo masturbaba. Hundió la cara entre sus pechos. Tardó bastante, y a ella le empezaba a doler el brazo, pero entonces se corrió, disparando varias veces al aire, y ella no soltó su pene hasta que terminó. Lo dejó descansar un buen rato y dijo muy suavemente: “¡Tengo que dormir ahora!”. Él se despertó de su siesta. “¿Puedo correrme otra vez mañana?”, preguntó con incerti-

dumbre, y ella se rió. “¡En cuanto Mimi empiece a quejarse, puedes correrte!”. Soltó una risita y se fue.

Llegó justo a tiempo, casi tan pronto como Mimi y Siegfried empezaron a follar. Había traído una linterna y se sumergió para examinar el coño de Rosa muy de cerca. No volvió a la superficie hasta que se oyeron por segunda vez los maullidos de Mimi mientras se masturbaba. René sonrió de oreja a oreja cuando Mimi terminó con un pequeño grito. Prácticamente interrogó a Rosa, queriendo saberlo todo sobre follar. Ella no dijo nada de su hermano pequeño, pero le contó sobre su bisabuelo y su abuelo y los oficiales con los que se había follado en la biblioteca. Negó con la cabeza, sonriendo. No, no la habían obligado a prostituirse; había podido elegir si quería o no follar con el oficial. Los abuelos solo lo querían porque era bueno para su negocio. Le aseguró al chico que ella misma lo quería, porque esa era la única manera de poder follar con tantos hombres, muchísimos. Y era guapa y joven y siempre había querido follar; realmente le encantaba.

Rosa había sostenido el pene de René en su mano durante la conversación, y ahora él estaba listo de nuevo. Ella lo masturbó y lo dejó eyacular alto en el aire. Él venía todas las noches ahora, abrazando a Rosa, y escuchaban atentamente a Mimi hasta que ella terminaba de follar y masturbarse. René la sostenía en sus brazos, medio acostado sobre ella, presionando su pene entre sus muslos internos. Rosa le ofreció la oportunidad de follarla todos los días, pero él aún no estaba listo. Ella lo masturbó y lo dejó eyacular sobre sus muslos y su vulva.

Rosa acompañó a Mimi a la clínica de abortos y la llevó a casa en taxi. Mimi estaba muy disgustada, pero el hombre insistió; no quería un hijo ilegítimo. Durante una semana, la llamó a su habitación y le contó sus problemas. Asintió satisfecho cuando Rosa le dijo que había convencido a Mimi de tomar la píldora. El aborto había afectado mucho a Mimi, pero después de dos semanas, él estaba de vuelta en su cama. El juego comenzó de nuevo: René estaba acostado con ella otra vez, encima de ella, y ella le acariciaba el pene erecto, acercándolo cada día más a su vulva.

Un día, René estaba listo. Estaba muy emocionado mientras Rosa guiaba su pene hacia la abertura vaginal. Ella no necesitaba explicarle mucho; él sabía, al menos en teoría, cómo funcionaba el sexo. Rosa contuvo la respiración porque él tenía un pene muy grueso, del mismo largo que el de Siegfried, pero mucho más grueso. Ambos lucharon con ahínco porque no era fácil penetrarla. Ella sintió un breve dolor cuando finalmente, con cierto esfuerzo, él entró en ella. Él aún dudó un poco, pero luego empujó obedientemente y eyaculó demasiado pronto. Se desplomó a un lado después de eyacular. Ahora era Rosa quien lo abrazaba y besaba las lágrimas de su mejilla. Hablaban en voz baja; ella le explicó que el hombre tenía que contener la eyaculación hasta que la mujer hubiera tenido su orgasmo. Es más difícil para algunos que para otros, pero la mayoría puede hacerlo. Si un hombre no podía hacer eso, se volvía poco interesante para la mujer. René asintió; eso era fácil de entender, y prometió intentarlo. Le llevó varios días poder contenerse lo suficiente para que Rosa tuviera un orgasmo. Ahora, él se corría todas las noches, acostado encima de Rosa, y ambos escuchaban los gemidos de placer de Mimi antes de tener relaciones sexuales.

René era un buen chico y siempre usaba lubricante. Aprendió a penetrar lentamente, dándole tiempo a su vagina para abrirse y adaptarse. Venía casi todas las noches a tener relaciones sexuales, y Rosa era una buena oyente. Claro que no tenía ni idea de lo que pasaba en la universidad, pero sabía bastante sobre relaciones interpersonales, algo sobre lo que René realmente necesitaba su opinión.

Siegfried parecía saberlo y una vez le comentó a Rosa que apreciaba mucho su influencia positiva en René. Rosa se sonrojó intensamente, aunque él no hizo ningún comentario sugerente. Sabía lo difícil que era para René llevarse bien con los demás y apreciaba que ella se preocupara por su hijo; lo dijo en voz muy baja y la abrazó. Aunque ya no la invitaba a su habitación por la noche, ella solía acostarse con él por las mañanas o antes del mediodía, pero no tenían relaciones sexuales siempre. Después de todo, Siegfried ya tenía 60 años y dedicaba todas sus fuerzas a tener relaciones sexuales con Mimi por la noche. Ella, en general, solo lo escuchaba y le acariciaba el cuerpo; él hablaba de los problemas cotidianos, pero siempre le preguntaba cómo estaba René. Estaba muy contento con las notas de René, pero

le preocupaba si el chico algún día sería capaz de hacerse cargo de la fábrica, de la empresa. Rosa sabía que René no estudiaba la misma materia que Siegfried, pero tal vez podría tomar cursos de administración de empresas. Siegfried lo pensó durante días y entrevistó a la universidad antes de hablar con René al respecto. Aunque Siegfried ya no dormía con Rosa todos los días, ella recibía regularmente su sobre a fin de mes.

A veces Siegfried estaba de viaje, y a René le encantaba ir a casa de Mimi para tener sexo. Rosa no se oponía y lo animaba mucho. Él los filmaba en secreto y se los mostraba a Rosa. Ella estaba electrizada porque prácticamente nunca veía a nadie más teniendo sexo. Vio las grabaciones cientos de veces; era muy excitante. Aparentemente, a Mimi no le costaba soportar el grueso pene de René, y claramente disfrutaba de que el chico la penetrara. Siempre quería que la penetraran dos veces con un descanso entre medias y siempre se masturbaba después de la segunda vez. Él la penetraba con mucha fuerza, y ella nunca más se burló de él.

Probablemente un año y medio después sonó el timbre. El jardinero se puso la chaqueta de su elegante uniforme y abrió la puerta. Gritó: «¡Rosa! ¡Viene de visita la señorita Rosemarie!». Rosa se secó las manos con el delantal de cocina antes de quitárselo. ¿Una visita? Hacía años que no iba al salón, ¿y quién más la visitaría? Curiosa y emocionada, se acercó a la puerta y salió.

Era Shlomo.

• • •

Sobre olas y marejadas

von Jack Faber © 2023

Durante cientos de años, una parte significativa de la humanidad habitó los océanos. Incluso en el siglo XXI, se creía que la población mundial no superaría los 9 mil millones. Si bien el crecimiento se ralentizó un poco, aún había casi 11 mil millones de personas 300 años después. Los océanos estaban poblados por enormes plataformas flotantes, compuestas por miles de secciones conectadas de forma laxa. La energía necesaria se generaba a partir de energía solar y eólica; las centrales de energía undimotriz no habían avanzado más allá de las distintas etapas del proyecto. La plataforma 451, donde vivía Una, tenía una longitud de 10 kilómetros y era una de las más modernas. Alrededor de 4 millones de personas vivían en la plataforma. Anclada en latitudes de caballos, la plataforma estaba protegida de las raras tormentas por enormes rompeolas. Las casas, muy juntas y dispuestas sin fisuras, tenían de tres a cinco pisos de altura; una docena formaba un bloque residencial. Aproximadamente una cuarta parte de la superficie total se utilizaba para la agricultura. Eran casi completamente autosuficientes; solo se entregaban algunos productos desde tierra firme.

Una tenía un buen trabajo en el equipo de control de tráfico aéreo. Los tres turnos de tres horas al día exigían, naturalmente, su máxima concentración, pero era un trabajo interesante. Su principal responsabilidad era garantizar un tráfico aéreo local fluido sobre la plataforma, y se la asignaba regularmente al control de tráfico aéreo entre plataformas o para vuelos de larga distancia a los continentes. Solo en el tráfico de larga distancia todavía había algunas aeronaves con motores de combustión; los planeadores y helicópteros locales eran todos eléctricos. Muchos de los residentes poseían pequeñas aeronaves eléctricas de todo tipo, y también se requería una licencia de piloto para estas. La mayoría de los pilotos privados obedecían las reglas y volaban bajo el control del control de tráfico aéreo. Por supuesto, también había algunos irresponsables y jóvenes temerarios que volaban sin permiso. Sorprendentemente, había pocos accidentes, ya

que un choque generalmente resultaba en algo más que un chapuzón en el agua; la mayoría simplemente se ahogaba.

Una creció en el Gran París continental, completó toda su educación y recibió formación general de piloto. Inicialmente, quería ser piloto civil o militar, pero un problema dental crónico le impidió ser considerada. Completó el programa de formación de controladores de tráfico aéreo de tres años y se trasladó a la Plataforma 451, ya que no podía permitirse el alto coste de la vida en París. Allí, inmediatamente consiguió un trabajo bien remunerado y un espacioso apartamento de casi 48 metros cuadrados, prácticamente una residencia de oficiales cerca de la base aérea.

La infancia de Una fue despreocupada. Además del dialecto local, que solía ser francés, también aprendió interlingua, el idioma oficial de gran parte del mundo, una mezcla de inglés americano, inglés y otros idiomas angloparlantes. Una tuvo una adolescencia sexual normal, masturbándose desde la primera infancia como todas las demás niñas, y se convirtió en una verdadera adicción. Veía a sus padres biológicos apenas dos veces al año y no tenía una relación cercana con ellos. Como la mayoría de los niños, vivía en instituciones estatales, y cada año tenía una nueva compañera de habitación. Antes de cumplir los 14, la gente decía que era lesbiana. Pero a ella no le importaba; se acostaba en la cama con la otra chica, y sudaban cuando se masturbaban, o cuando la otra se masturbaba. Había aprendido sexo oral de una de ellas y le encantaba. Era buena estudiante y apenas pensaba en sexo durante el día. El sexo solo ocurría por la tarde y por la noche; era muy activa sexualmente y nunca dejaba pasar una noche sin aprovechar. A los 14, perdió la virginidad con una amiga y aprendió a tener sexo muy rápidamente. Le encantaba el sexo, pero a veces era difícil conocer chicos. No se perdía el tiempo en enamorarse ni en entablar relaciones. Se concertaban citas para tener sexo, porque así eran los jóvenes de hoy. El romanticismo prácticamente había desaparecido; nadie lo echaba de menos. Era lo normal en aquella época, y a los 17 años tuvo que elegir entre casarse, buscar trabajo o ir a la universidad. Quería ser piloto.

Le encantaba su nuevo apartamento. Constaba de dos habitaciones, una pequeña cocina y un baño con ducha e inodoro. Una habita-

ción era su dormitorio, la otra su sala de estar y área de trabajo, ya que solo iba al centro de control de tráfico aéreo un turno tres días a la semana; los demás turnos los trabajaba desde su apartamento, como todos los demás. El monitor en el que trabajaba ocupaba toda la pared y podía ver cinco o diez imágenes simultáneamente. La pequeña cocina era suficiente, ya que solo se preparaba el desayuno; las dos comidas principales las proporcionaba Fly&Eat, que solo tenía que calentar. Fly&Eat pertenecía a la autoridad de aviación y alimentaba a unas 20.000 personas. Se hacía mucho hincapié en una buena alimentación, ya que las tripulaciones recibían una formación costosa y cualquier enfermedad afectaría gravemente las operaciones. La salud era una prioridad absoluta. Además, todos debían completar un programa de ejercicios cada mañana antes del desayuno. Una iba en su patinete eléctrico a la ciudad portuaria todas las mañanas, nadaba durante 30 minutos y corría una vuelta completa al puerto, dos kilómetros de ida y vuelta. Siempre encontraba tiempo para charlar con los marines o con marineros de fuera, es decir, de otras plataformas o del continente. Estas breves charlas eran cruciales para su cortejo, asegurándole que tendría con quién acostarse las noches siguientes. Podían ver exactamente qué esperar; su traje de baño revelaba astutamente todo lo que antes intentaba ocultar. Dependiendo de su estado de ánimo, volvía a casa en su scooter, alegre o malhumorada, alternando el pedaleo cada 100 metros. Normalmente solo usaba el motor eléctrico del scooter cuando iba de excursión.

Tenía solo 26 años y era naturalmente hermosa, con unos pechos pequeños y encantadores y una figura muy delgada y femenina. Aunque se depilaba el vello púbico todos los días antes de ducharse, por lo general no tenía sexo, ni ligues, ni amantes durante dos semanas o más. La masturbación era un ritual nocturno, pero encontraba variedad en el telesexo. El comunicador, que antes era solo un teléfono inteligente, le ofrecía todo lo que necesitaba. Registraba los datos de su entrenamiento matutino y los enviaba a su empleador, registraba todas sus constantes vitales y alertaba a Una cuando era necesario. También le proporcionaba información sobre sus días fértiles y el momento exacto de la ovulación. Podía usar el comunicador para planificar sus comidas o la compra; ya no tenía que ir a tiendas, todo se lo entregaban en su puerta. Los comunicadores coordinaban los horarios entre entrega y entrega para que les conviniera a ambas par-

tes. Y Una, como la mayoría, era una de las que obtenía sexo a través del comunicador.

Una solo tenía tres dispositivos que usaba para el sexo: un pene electrónico, un estimulador y una tela de amor. Usaba el pene cuando quería tener sexo con un hombre que vivía lejos (generalmente era un hombre). Se acercaba mucho al coito real e incluso lo superaba en un aspecto: el hombre podía mantener su erección virtual todo el tiempo que quisiera durante el sexo telefónico. No era necesario usar anticonceptivos y no había riesgo de infección. Ni la distancia ni la posible diferencia de edad suponían un obstáculo. Una ya había tenido sexo telefónico con hombres mayores o chicos menores de edad (y presumiblemente también con chicas). Ningún adolescente era demasiado tonto como para no fingir ser un adulto. A muchos adolescentes les encantaba fingir ser del sexo opuesto porque les resultaba excitante. Una estaba segura de haber tenido sexo telefónico con muchas chicas disfrazadas de todas las edades. Ocasionalmente, también tenía sexo telefónico lésbico, pero solo muy rara vez. Por supuesto, también sucedía de vez en cuando que elegía a la persona equivocada para el telesexo, pero siempre se podía pulsar el botón de apagado.

El segundo dispositivo era el estimulador; existían cientos de variantes, tanto para hombres como para mujeres. El estimulador de Una era básicamente un simple estimulador clitoriano que ella misma podía controlar o que otra persona podía controlar. A veces era realmente excitante lo que las lesbianas u otras mujeres podían hacer con él.

Y luego estaba la tela del amor. Existía una versión de cuerpo entero, de precio exorbitante, y también en tamaños más pequeños. Una tenía una pequeña, de unos 25 centímetros por cada lado. Se utilizaba para transmitir estimulación manual, caricias y toques con sensaciones realistas. Era un accesorio importante que se usaba en una gran variedad de actividades. La combinación de dos o los tres dispositivos convertía el telesexo en una experiencia muy íntima y excitante.

A Una le encantaba el contacto físico durante el sexo; era mejor que cualquier sexo telefónico. Pero apenas tenía uno o dos amantes al mes; ya se había acostado con todos los compañeros, vecinos y trabajadores amables de la ciudad portuaria, y estaba encantada de conocer a cualquier marinero extranjero.

A menudo se sentaba durante horas frente al monitor, discutiendo, debatiendo o intercambiando ideas con gente de todo el mundo. Y sí, también coqueteaba cuando le apetecía. Incluso hubo tres hombres de otras plataformas que habían viajado mucho para acostarse con Una. Pero ninguno tenía el carácter que ella buscaba. Anhelaba una relación duradera y amorosa, pero hasta el momento, ninguna había sido ni remotamente aceptable. Sin duda, le vendría bien el aspecto físico, pero no iba a dejar que sus hormonas o su imaginación la engañaran. Había leído cientos de libros y artículos sobre el tema, visto debates y conferencias, e incluso intercambiado largos y reflexivos correos electrónicos con varios expertos. Sabía lo difícil que era encontrar pareja y era demasiado culta e inteligente como para hacer alguna tontería.

Una vivía en el tercer piso de un edificio y tenía la ventaja de poder pasar los días soleados en la azotea. Aunque llovía con bastante frecuencia, había muchos días soleados en los que podía tumbarse a tomar el sol. Allí arriba, en la azotea, todo el mundo estaba desnudo, y no era raro que dos personas se encontraran para hacer el amor y tener sexo. Una era una de las pocas mujeres jóvenes de su edificio y muy solicitada para tener sexo. El sexo en la azotea, bajo el hermoso sol, era la única vez que se permitía tener sexo en público, y sentía una excitación exhibicionista cuando otras mujeres la miraban con envidia o cuando los espectadores se excitaban. No eran extraños; eran los vecinos. En los días de lluvia, solía sentarse junto a la única ventana, en la mesa de la cocina, y contemplaba el mar o la lluvia que repiqueteaba sobre el paseo marítimo y la amplia franja de césped, arbustos y árboles. Le fascinaban las olas que rompían contra la plataforma durante las raras tormentas, lanzando salpicaduras de agua a metros de altura en formas siempre cambiantes. Los días lluviosos siempre eran el momento perfecto para charlar con amigos. Se había propuesto leer al menos un libro y ver al menos una película en línea cada semana. Sabía lo importante que era la educación para ella.

Una conoció a un marinero encantador durante su ejercicio matutino en la ciudad portuaria. Él viajaba en un trimarán eléctrico y la invitó a cenar. El joven era quizás diez años mayor que ella y navegaba solo de plataforma en plataforma, rumbo al Caribe. Enamorada, prácticamente voló a casa y encargó la comida para la cena mientras aún estaba en el mar. Durante sus turnos, tenía que concentrarse en su trabajo, pero por las noches, ponía la mesa para dos y silbaba una canción popular; estaba de muy buen humor. Un vistazo al comunicador mostró que aún faltaban 10,9 días para su próxima ovulación, ¡así que era libre de irse! Estaba molesta porque no podía hacer que el dispositivo mostrara la hora con más claridad. 264,4 horas era la única alternativa posible, lo cual era aún más ridículo. Ya había enviado una sugerencia, pero nunca se sabía si la habían leído o si algún programador trabajaría alguna vez en ella. Sonó el timbre; el marinero estaba llegando.

Armand, como se presentó, era de Marsella, Francia, y era un tipo excepcionalmente alegre y simpático. ¡Qué bien se sentía Una al poder hablar francés con él, la lengua de su juventud! Comió con apetito y se bebieron dos botellas de vino tinto hasta que Una fingió un bostezo, indicando que era hora de irse a la habitación.

Armand aparentemente tenía que ponerse al día y la folló dos veces. Aguantó muy bien y esperó pacientemente hasta que Una tuvo un orgasmo antes de eyacular. Fumaron durante el descanso y después, ya que Armand era un fumador empedernido, mientras que Una rara vez fumaba. Él contó cómo se había preparado para su aventura. Vendió su apartamento y ¡se fue! Hasta que, a solo unas millas de la plataforma, las baterías se agotaron. Estuvo tumbado en el mar en calma durante 12 horas, había extendido todos los paneles solares y esperó impacientemente bajo el calor sofocante hasta que tuvo suficiente energía de nuevo. Dos técnicos estaban trabajando en su barco; ya habían pedido las piezas defectuosas al continente y estaban esperando a que las trajeran por avión. Estaba muy molesto porque el percance había ocurrido y le había mostrado la vulnerabilidad de su barco. Se rió; eso solo demuestra que seguía siendo un verdadero habitante de la ciudad que no podía arreglarlo todo él mismo. Ella se apretó contra él con lujuria, pero Armand se sentía atraído por la ciudad portuaria. El viento había arreciado y él se inquietó; no

podía dejar el barco sin vigilancia. Ella le ordenó que enviara una lancha rápida y él partió, prometiendo regresar al día siguiente por la noche.

Los días pasaban volando, las noches con Armand eran maravillosas y, por supuesto, el sexo también. Se prometieron mantenerse en contacto, aunque él casi nunca regresaría; su destino seguía siendo el Caribe. Mantuvieron el contacto durante años, hablando casi todas las semanas por el Visiphone y, ocasionalmente, teniendo sexo telefónico, pero, a decir verdad, a él no le resultaba particularmente placentero.

Una conoció a sus nuevos vecinos, Peter y Gwendolyn, que venían de Londres. Tenían una hija, Anna, y un hijo, Paul. Anna era hija de Gwendolyn y Paul hijo de Peter. Anna era una estudiante brillante e inteligente. Paul era increíblemente tonto, perezoso y testarudo; ambos tenían casi la misma edad. Peter y Gwendolyn eran ingenieros y construían plataformas. Una, por supuesto, convenció a Peter para que se acostara con ella en una ocasión, y él accedió, aunque con la conciencia muy culpable. Más tarde, Una se arrepintió de su deseo, porque Peter era un desastre en la cama. Lo único positivo de su breve encuentro fue que Una descubrió las tendencias lésbicas de Gwendolyn. Inmediatamente sedujo a Gwendolyn, que era realmente increíble en la cama, y las dos tenían relaciones sexuales con regularidad.

Gwendolyn le enseñó a Una algo nuevo: sexo clítoris con clítoris. Una estaba emocionada y casi se desmaya de placer mientras Gwendolyn la llevaba al orgasmo sin descanso. También tuvo sexo con Gwendolyn, por supuesto, pero tenía un clítoris mucho más pequeño y, por desgracia, no pudo satisfacerla igual de bien. Peter sabía de la relación sexual, pero guardó silencio, sabiendo perfectamente que no tenía nada que ofrecerle a Una. Gwendolyn y Peter tenían un problema: tenían trabajo en una plataforma, pero necesitaban encontrar a alguien que cuidara de los niños durante seis semanas. Una dudó durante mucho tiempo, pero finalmente aceptó.

Anna y Paul, tan peleados como perros y gatos, refunfuñaron y se resignaron a su destino. Prometieron portarse bien y no molestar a

Una durante su turno. Una los había amenazado con enviarlos directamente al hogar estatal si interrumpían su trabajo. La amenaza funcionó; los hermanos solo se conocían desde hacía unos meses, pero se llevaban bien. Una era muy buena en su trabajo, y cuando terminó, fue al dormitorio donde los dos podían ver películas. Pero ambos estaban acostados desnudos en la cama. Paul acababa de apartarse de Anna, y Anna estaba extendida en la cama, con la vulva manchada de semen. "No, no follamos, tía Una", respondió Anna entre lágrimas. "Es demasiado cobarde para follar; ¡le tiene miedo a mamá, que le pegaría!" Una examinó el pene de Paul detenidamente. Tenía un pene de hombre realmente impresionante, el muy cabeza hueca. Una tomó una toalla y limpió la vulva de Anna. "Bueno, ¿qué hicieron ustedes dos?", le preguntó a la chica. Anna respondió que él solo la penetraba por la abertura vaginal y eyaculaba allí para no romperle el himen. Llevaban meses follando así; a ella no le permitían verlo masturbarse, pero él la observaba cada vez que ella lo hacía. Ella le había enseñado cómo penetrarla por la abertura vaginal cuando él se negó a desvirgarla y tener sexo con ella como es debido. ¡Pero ella definitivamente quería tener sexo! Le habría permitido desvirgarla y tener sexo con ella, pero el cobarde no se atrevió. Una preparó la cena, y los dos se sentaron desnudos, acurrucados frente al monitor, viendo una vieja película de terror en línea y gritando de placer. Ver películas juntos era una de las ocasiones en que a Anna le permitían jugar con el pene de Paul y excitarlo. Rara vez lograba que eyaculara, y hoy tampoco lo había logrado. Paul seguía rebobinando las escenas de sexo; mostrar sexo explícito estaba permitido si representaba menos del 5% de la película, de lo contrario era porno. Paul reprodujo las escenas de sexo en cámara lenta: el torpe vampiro teniendo sexo con la protagonista, o el hombre lobo teniendo sexo con la misma pobre chica. Las actrices de esa época tenían sexo sin pudor frente a la cámara, e incluso ella misma filmó las escenas con el hombre lobo, donde el sexo era realizado por perros entrenados. Una echó un vistazo al monitor, pero no le gustó mucho el sexo con los perros y lo apagó. Bueno, ¡a cenar y ahora a la cama!

Una yacía desnuda bajo la sábana como de costumbre, mientras que Paul se había acomodado en el suelo junto a la cama. ¡Orgulloso, porque era un hombre, no un debilucho! Anna salió de la ducha y dudó un momento, luego tiró el pijama a un lado y se deslizó desnuda

bajo la sábana con Una. “¡Apaguen las luces!”, ordenó Una, y Anna la abrazó por el cuello. Susurrando, le preguntó a Una sobre su sexualidad. Una respondió a sus preguntas con una sonrisa y acarició el cuerpo de Anna. Anna se recostó sobre Una y presionó su cuerpo contra el de ella mientras seguían susurrando. Deslizó una mano entre sus cuerpos y se masturbó. Una sonrió y apoyó la cara en los hermosos y voluptuosos pechos de Anna. Acarició y acarició los magníficos pechos, sus dedos encontraron los pezones, los pellizcó y los retorció hasta que se pusieron erectos. Acarició los pechos y jugueteó con los pezones duros hasta que Anna terminó de masturbarse. Acarició suavemente el cabello de la chica hasta que se calmó. Anna respondió que se había estado masturbando todas las noches desde que tenía memoria. Antes de que su madre conociera a Peter, le permitían acostarse con Gwendolyn, pegarse a ella y masturbarse. Una asintió; eso estaba perfectamente bien. Paul había oído sus susurros y ahora también se acostó junto a Una. Se dio cuenta de que ambas estaban desnudas y tiró su pijama al suelo. Una dijo, riendo: «¡Tía sándwich!». Anna sonrió y le explicó a Paul lo que quería decir.

Anna se inclinó sobre Una y agarró el pene de Paul. Él la dejó jugar con él durante unos minutos hasta que estuvo completamente erecto. Solo entonces protestó: “¡Eres demasiado débil, así que no te dejaré hacerlo!”. Anna retiró la mano, ofendida. Paul encontró la mano de Una y la colocó sobre su pene. “Nunca me deja mirar cuando lo hace”, susurró Anna en voz alta, “¡es tan injusto! Claro que me mira, y solo me folla a medias, pero cuando lo hace él solo, ¡me manda fuera! ¡Como si nunca lo hubiera visto antes!”. Una permaneció obstinadamente en silencio; esto era algo que los dos tendrían que resolver entre ellos. La mano de Paul movió la mano de Una arriba y abajo de su pene. Una gimió: “¿Debería hacerte correrte, o qué?”. Paul asintió repetidamente: “¡Sí, por favor, hazlo!”. Una suspiró profundamente, porque no quería discutir, y masturbó al chico mientras Anna le acariciaba los testículos con la mano. Cuando estaba a punto de eyacular, ella le susurró a Una: “¡Por favor, déjame!” y tomó el control y frotó con avidez su pene hasta que terminó de eyacular.

Se quedaron completamente quietos durante varios minutos, luego Una le dio un suave codazo a Paul en el costado. “¿Así que, alguna vez has follado?” Paul mintió descaradamente, “¡Sí, muchas veces,

con Mary y Emma, en Londres!" Anna protestó de inmediato, con voz baja, "¡Y conmigo, cerdito!" Una supo instintivamente que el chico mentía, pero ahora estaba de humor. De humor para follar. "Bueno, vamos, héroe, ¡ven a tumbarte sobre la tía Una!" Así fue como Paul tuvo su primera vez. Ella lo ayudó con la mano a introducir su pene en su vagina, pero no tuvo que mostrarle cómo empujar. Anna había colocado su mano sobre su vulva, curiosa por follar. Paul folló durante mucho tiempo y sorprendentemente bien, al menos mejor que su padre. Sabía instintivamente que tenía que provocar el orgasmo de Una con embestidas firmes. Anna retiró la mano sorprendida cuando Una se corrió violentamente. Paul continuó follando a Una durante horas, aunque ella ya estaba muy agotada después de su orgasmo. Él eyaculó, eyaculó mucho, y Una se quedó dormida durante unos minutos.

Al cabo de un rato, Paul volvió a tumbarse encima de ella, con el pene de nuevo completamente erecto. Una despertó de su letargo; el tipo la estaba follando de maravilla, y tuvo otro orgasmo, más pequeño. Esta vez, Anna no había apartado la mano; sus dedos estaban sobre el clítoris de Una, y ella observaba todo con curiosidad. Paul continuó follándola, y los dedos de Anna rozaban su clítoris con suavidad y ternura. Solo retiró los dedos cuando Paul jadeó como una locomotora antes de eyacular. Una ya se estaba desmayando cuando él eyaculó y se quedó dormida inmediatamente después. Durmieron juntos hasta la madrugada.

Cuando regresó de su ejercicio matutino al día siguiente, Paul ya estaba entre los muslos de Anna, follándola en la entrada de su vagina. Una se quedó junto a la puerta y los observó, luego se arrodilló junto a la cama para ver mejor. "Quiero correr dentro", susurró Paul, y Anna protestó: "¡Hoy no, es demasiado peligroso!". Anna, que ya tenía un cuerpo muy femenino, tiró y tiró de sus pechos, con las piernas bien abiertas, y Paul estaba follando su vagina abierta de par en par. En realidad no estaba dentro, sino que la follaba arriba y abajo entre sus labios, a lo largo de su hendidura como una lanzadera en un telar. Incansablemente, su polla se movía arriba y abajo, chocando cada vez contra el clítoris de Anna y raspándolo. El clítoris estaba erecto y parecía completamente rígido. Esto excitó salvajemente a Anna, y seguía jadeando: "¡Ya viene, estoy a punto de correr!", pero

el orgasmo simplemente no llegaba. La folló durante unos diez minutos, deteniéndose en el punto álgido de su clímax. Se enderezó y agarró su polla. Un chorro brillante y corto roció el clítoris y la vulva de Anna. Él apretó su pene con los dedos, deteniendo la eyaculación. En el instante en que eyaculó, Anna había comenzado a frotar su clítoris cubierto de semen; no pudo soportarlo más. Se masturbó furiosamente, enloquecida por el deseo, y lo miró con ojos grandes y vidriosos. "¡No, no te vengas adentro!" gimió varias veces, sin interrumpir su rápida masturbación. Él guió la cabeza de su pene hacia su hendidura, y Una presionó un labio para ver mejor. Vio el himen; tenía una abertura bastante grande. Él presionó la punta de su pene con infinito cuidado contra la abertura del himen y penetró unos pocos milímetros. Sus dedos se aflojaron y eyaculó una vez a través de la abertura sin continuar follándola. "¡No eyacules dentro!" gimió Anna. Él no se movió ni un centímetro, para no romper su himen. Una miró, hipnotizada, su pene; Ella lo vio contraerse y eyacular dentro de ella por segunda vez. Como desde muy lejos, escuchó el grito desesperado de Anna, y ahora tenía que intervenir. Agarró el pene de Paul y lo sacó. Tiró con fuerza de él e hizo que el hombre desconcertado eyaculara sobre su vulva. Tiró con fuerza de su pene una y otra vez, haciéndolo eyacular. Lo frotó hasta que dejó de eyacular y frotó vigorosamente las últimas gotas de su pene, luego él se giró hacia un lado. Una se incorporó; nunca antes había visto ese tipo de follada. Unos momentos después, Anna se corrió, convulsionando salvajemente, luego calmándose inmediatamente y cerrando las piernas. "Ese estúpido tipo siempre eyacula por el agujero", se quejó Anna, "¡pero al menos tiene cuidado con mi himen!" Una estaba asombrada por la virilidad del chico; follaba a Anna dos o tres veces al día y a Una una o dos veces por la noche.

Cuando Una terminaba de trabajar, solía acostarse junto a ellos dos y observarlos mientras tenían relaciones sexuales. Anna no llegaba al orgasmo con ese tipo de sexo. Una colocó sus dedos sobre el clítoris de Anna, que era considerablemente más grande y grueso que el suyo. Anna asintió con la cabeza, y Una le frotó el clítoris justo cuando él comenzaba a eyacular, llevándola al orgasmo. Después, Una le agarró el pene y le frotó hasta extraer las últimas gotas.

Ya habían pasado dos semanas, y los tres pasaban la mayor parte del día en la cama. Una se ceñía estrictamente a su horario de trabajo y cerraba la puerta del dormitorio. Cerveza es cerveza, y aguardiente es aguardiente; ella conocía muy bien la diferencia. Era la voz serena y concentrada al micrófono, dirigiendo el tráfico. Solo había habido un incidente durante esas semanas: un traficante del mercado negro se había estrellado y había sobrevivido con heridas graves; su planeador casero se había estrellado contra la pared de un edificio. Por supuesto, hubo una investigación, pero como el idiota no lo había reportado al control de tráfico aéreo, Una no tenía la culpa. Aun así, le dio vueltas al asunto durante un buen rato: ¡cómo alguien podía ser tan estúpido!

Por la noche, disfrutaba muchísimo de que Paul la hiciera llegar al orgasmo. Negó con la cabeza; no quería que Anna la masturbara mientras tenían relaciones sexuales. Durante el día, se acostaba con ellos al terminar su turno y, si Anna quería, la masturbaba mientras tenían sexo.

Entonces, un día sucedió. El glande de Paul estaba dentro de la vagina de Anna, y él estaba a punto de eyacular dentro de ella, pero Una había llevado a Anna al orgasmo demasiado rápido, y Anna convulsionó tan violentamente que Paul rompió su himen y la penetró profundamente. Dejó de follar inmediatamente, su pene eyaculando incontrolablemente. Una sacó su pene al instante y lo frotó como de costumbre, tirando con fuerza y llevándolo al orgasmo una y otra vez. Cuando terminó, ella frotó las últimas gotas de su pene con los dedos. Él abrió los ojos desesperado; ¡había cometido un sacrilegio, había hecho algo sacrílego! Balbuceó disculpas sin sentido, y Anna se cubrió los ojos con el antebrazo para que nadie viera sus lágrimas, pero al final, eran lágrimas de alivio. Una permaneció en silencio y acarició el cabello de Paul; no había hecho nada malo, le aseguró al chico horrorizado. Una preparó un refrigerio y comieron en silencio.
— Debes estar siempre pendiente de los días fértiles de Anna — le dijo a Paul — . ¡No queremos que se quede embarazada! ¡Revisa su monitor de fertilidad cada vez para ver cuándo va a ovular! ¡Y no debes tener relaciones sexuales con ella durante ese tiempo, absolutamente no! Una miró a Anna, pero Anna lo sabía todo, sin duda alguna.

Durante el día, Una se acostaba con ellos dos tan a menudo como podía, porque ahora Paul no se contenía al follar a Anna, sino que lo hacía con toda su fuerza. Por desgracia, Anna seguía sin poder tener un orgasmo; tenía que masturbarse con los dedos. Pero estaba radiante, con la cara iluminada. ¡Por fin se había convertido en una mujer de verdad! De un día para otro, dejaron de pelearse como perros y gatos. Habían madurado. Por la noche, Paul follaba primero a Una, luego a Anna. ¡Era un momento maravilloso!

Peter y Gwendolyn regresaron, cansados y agotados tras turnos de 20 horas. Peter durmió tres días seguidos, mientras que Gwendolyn llegó el segundo día y se acostó junto a Una. Una abordó el tema con cautela, explorando su actitud hacia los hermanos que no eran parientes de sangre. Gwendolyn no estaba tan abierta al tema como Una, pero no era para nada cerrada de mente. Después de la conversación de tres horas, Una finalmente soltó la sopa; después de todo, Anna era su hija. Gwendolyn se puso pálida como un fantasma. "Últimamente he notado, claro, que Anna ha estado bastante cachonda, viéndola masturbarse", dijo Gwendolyn, secándose las lágrimas de la mejilla con fastidio. "Y he hablado con Peter sobre esto durante horas, una y otra vez. En realidad quería que él le quitara la virginidad a Anna, y finalmente accedió, aunque a regañadientes. Peter nunca le había quitado la virginidad a una chica y estaba realmente aterrorizado. Tuve que describírselo cien veces, explicándole exactamente cómo sucedería. Sabía, por supuesto, que Peter no era el mejor en la cama, pero lo amo con todo mi corazón y quería darles a él y a Anna lo mejor que pudiera. Ahora puedo quitarle esta pesada carga de encima." Las dos mujeres guardaron silencio durante un largo rato. Una terminó su vino tinto y le preguntó a Gwendolyn si quería otro. Ella asintió distraídamente y murmuró para sí misma. "Ambos son lo suficientemente listos como para que Anna no se quede embarazada", dijo Una, pasando un brazo por los hombros de Gwendolyn. "Creo que está mal separarlos", dijo en voz baja, sabiendo perfectamente que Gwendolyn estaba pensando lo mismo. "Es algo nuevo y emocionante para ambos; prácticamente se devoran. Pero no creo que se queden juntos para siempre. Conocerán a otras personas y la relación se irá apagando poco a poco." Una esperó un momento. "Paul es un amante maravilloso, sin duda mejor que Peter. ¡Peter es una gran decepción en la cama, querida Gwen!" Las mujeres se mira-

ron; nunca habían hablado de ello. Pero Gwendolyn siempre lo había sospechado y ahora asintió con una mirada desdeñosa. “Paul es realmente un excelente amante; tiene un don natural y una virilidad arrolladora. Siempre esperaba para eyacular y seguía hasta que yo tenía mi orgasmo. No muchos hombres hacen eso.” Gwendolyn volvió a asentir; se había acostado con muchos hombres y sabía que Una tenía razón. “Siempre tenía un orgasmo cuando él me follaba, y rara vez lo había experimentado antes”, dijo Una, continuando lentamente, “Imagino que Paul también podría hacerlo bien contigo, si quisieras; al fin y al cabo, no es tu hijo biológico.” Gwendolyn levantó la vista, sobresaltada, y negó con la cabeza, pero Una notó que algo empezaba a encajar en su mente. «Paul nació para follar; enseguida entendió qué hacer y qué era importante en el sexo», dijo Una, mirando a Gwendolyn, que estaba muy pensativa. «Incluso podría ser bueno para ti y Peter si puedes liberar tu tensión sexual de esta manera». Una guardó silencio; no quería parecer condescendiente con Gwendolyn. Tras una larga pausa, Gwendolyn la miró fijamente. «Creo que tienes razón en todo. Hablaré con los niños y con Peter». Pero había perdido el deseo sexual.

Una pasó su día libre en la azotea; no había viento ni una nube en el cielo. Ya estaba leyendo su segundo libro de la semana y se sentía de maravilla. Levantó la vista; el chico, obviamente tonto, se había agachado frente a ella, mirándola fijamente a la entrepierna y frotándose muy lentamente su pequeño pene. Recordó que solo había visto penes tan pequeños en sus tiempos de estudiante. Se frotó muy, muy despacio y sonrió felizmente mientras Una abría las piernas. Sus labios se separaron, dejándole ver su vagina. Sonrió al ver su mirada codiciosa. Lo había observado muchas veces antes; en realidad no eyaculaba, pero su semen goteaba de su pene en finas vetas, luego hacía una pausa por un momento y continuaba después de un rato. Ella lo dejó mirarla y luego le preguntó si podía tocarlo. Él se arrastró muy cerca y ella le agarró el pene. Él la miró fijamente a la vulva y murmuró, algo decepcionado, que era mucho más pequeña que la de mamá. Su pene era liso, estrecho, como el de un niño, con un glande pequeño, pero algo más grande, y ella le retrajo el prepucio varias veces. “¿Quieres que te lo haga, que te corras?”, preguntó seductoramente, pero él retiró inmediatamente su pene. “Hazlo tú mismo”, murmuró y se escabulló. Aparentemente, pasó todo el día merodean-

do por la azotea, agachándose frente a las chicas o mujeres para mirar dentro de sus vulvas, frotándose el pene muy lentamente, dejando que el semen goteara a lo largo del día. Algunas mujeres amablemente le permitieron acercarse, y entonces se masturbó con mucha fuerza, eyaculando sobre sus nalgas o hendiduras. Dejaron que su glande bailara contra sus labios mientras se masturbaba y eyaculaba, o dejaron que el glande las penetrara un poco mientras eyaculaba. Una siempre observaba muy de cerca, pero no vio a ninguna de las chicas que dejaron que el idiota las penetrara profundamente. Las niñas muy jóvenes abrieron las piernas de par en par y gritaron y chillaron cuando él eyaculó en sus vaginas o presionó su glande contra ellas al correrse. Una ya lo había visto desaparecer tras los grandes paneles solares varias veces, y cuando lo siguió por curiosidad, lo vio. Rodeado por un pequeño grupo de niñas menores de edad, él las estaba follando una tras otra. Las niñas aún eran muy torpes y su follada era demasiado corta, pero dejaban que el adolescente las follara, sonriendo y riendo suavemente. Él también sonreía de oreja a oreja, introduciendo su pequeño pene juvenil en sus vaginas. Una pronto se fue; en realidad no era una voyeur, solo tenía curiosidad.

Robert se sentó a su lado. Habían tenido relaciones sexuales un par de veces en la azotea hacía aproximadamente un año; él era un buen tipo y ella había disfrutado dejándoselo, aunque nunca duraba lo suficiente y terminaba demasiado rápido. Hacía mucho que no lo veía, y él le contó que había pasado el último año en el continente terminando sus estudios. Era meteorólogo y había solicitado un puesto de controlador de tráfico aéreo; tal vez pronto serían colegas. No había cambiado mucho; su hermoso y grande pene se balanceaba mientras abría y cerraba las rodillas con nerviosismo.

Habían estado charlando durante quince minutos, y ella le preguntó con una sonrisa si de verdad necesitaba eyacular con tanta urgencia. En aquel entonces era perfectamente normal hablar de sexo tan directamente. Él también sonrió. “Las chicas del continente, en la universidad, están muy interesadas de nuevo en los preliminares románticos; no están tan relajadas como nosotros aquí”. Se tumbó junto a Una en su esterilla y presionó su pene entre sus muslos. “Sí, de verdad que lo necesito. ¡Solo llevo dos días de vuelta, y eso es muchísimo tiempo!”. Giró a Una de lado, dándole la espalda, y la pe-

netró por detrás. Ella rió alegremente y dijo: “¡Ya recuerdo, tu posición favorita!”. Extendió la mano hacia atrás y le acarició las nalgas mientras él embestía rápidamente como de costumbre y eyaculó al cabo de unos minutos. Ella se recostó y dejó que Robert la acariciara.

— Oye, ¿conoces a ese tipo? — le preguntó a Robert, señalando con la cabeza al chico despistado que había estado agachado a solo dos metros de distancia, observándolos follar y frotándose el pene distraídamente — . Ah, sí, ese es Jakob, vive en algún lugar del segundo piso. Es completamente inofensivo, no le hace daño a nadie — respondió Robert. Al cabo de un rato, Una dijo: — Lleva todo el día frotándose el pene, me pregunto si no querrá follar también. Solo había expresado sus pensamientos en voz alta, pero Robert lo interpretó como un deseo. La llamó suavemente: — ¡Jakob, ven aquí! ¡Puedes follar con Una, correrte dentro de ella! ¡Ven aquí! ¡Correte dentro de ella!

Jakob parecía conocer y confiar en Robert. Se acercó gateando a cuatro patas, mirándola con recelo, ya que las chicas mayores y las mujeres adultas solían ahuyentar al chico. “¿Eyacular?”, le preguntó a Robert, “¿Eyacular dentro, sí?” y Robert asintió en señal de confirmación, “¡Sí, eyacular dentro! ¡A Una le gusta ahora!” Ahora Jakob miró a Una con curiosidad. “Rob eyaculó dentro, ¿Jakob también?” Una sabía que ya no podía cambiarlo y asintió amablemente, “¡Jakob también!” y extendió los brazos invitando. Se agachó entre sus muslos y se lamió los labios. No se tumbó encima de ella con todo su cuerpo cuando insertó su pene; se apoyó con los brazos, y solo la parte inferior de su cuerpo la tocó. Empezó a follarla a un ritmo lento. Una se sintió transportada de vuelta a su juventud, cuando ella también había follado penes de chicos tan pequeños y suaves, y sonrió. Jakob hizo su trabajo bastante bien en principio, pero no eyaculó tan orgásmicamente como otros hombres; En cambio, su semen se escapaba en diminutas gotitas con cada embestida.

Él folló durante un buen rato, más de media hora, sonriendo a Robert. “Jakob solo puede correrse dentro de mamá, no en otras mujeres en nuestro tejado. Son traviesas.” Ni Robert ni Una reaccionaron; Jakob no sabía que estaba guardando un secreto. Una terminó follándolo muy rápido y fuerte desde abajo. Los ojos de Jakob se ab-

rieron como los de un caballo asustado cuando ella lo obligó a correrse fuerte. Después de que se corrió, ella lo empujó hacia atrás. "¡Jakob, te corriste muy bien! ¡Muy bien!" Jakob se levantó y se alejó lentamente. Entonces Una le explicó a Robert que en realidad se había referido a otra cosa, y él sonrió avergonzado. "Tal vez debería haber preguntado si eso es lo que querías decir", tartamudeó, pero Una lo tranquilizó. "Si no hubiera querido permitirlo, habría dicho algo", dijo con ligereza, "además, fue agradable que me follaran durante mucho tiempo." Robert no entendió la indirecta oculta; Charlaron durante otra hora sobre esto y aquello, y luego él se marchó.

Cuando Jakob se acercó de nuevo, ella solo le hizo una felación. Le dijo muy educadamente que no quería tener sexo, que no quería más eyaculación dentro. Sorprendentemente, él mantuvo las distancias a partir de entonces. Ahora leía casi tres libros a la semana; no le importaba especialmente que la follaran en la azotea. Los hombres la veían absorta en su lectura en la azotea y no la molestaban. Llegó el otoño, aunque las temperaturas seguían siendo altas; solo hubo más lluvia y algunas tormentas, lo típico del otoño.

Los controladores aéreos la recibieron con grandes vítores y gritos de alegría en su turno de cumpleaños. Todos la abrazaron y besaron, algunos incluso apasionadamente, ya que se había acostado con todos ellos. Había té, jugo de naranja y pastel para todos, y su lugar de trabajo estaba decorado festivamente. Los controladores aéreos habían hecho una colecta y le habían regalado un pene electrónico, el modelo más caro. Se le llenaron los ojos de lágrimas; fue un regalo muy bonito.

Una tenía lágrimas en los ojos; ¡esa era su familia!

• • •

Minnehaha

von Jack Faber © 2023

Mi joven amigo *Emil Droonberg* transcribió nuestras largas charlas junto a la chimenea y la historia de mi vida en su novela **Minnehaha** , y pasamos muchas horas juntos aquí en Boston discutiendo el manuscrito. Y no, no podía contarlo todo; era demasiado íntimo, demasiado picante. Le di permiso para publicarlo. Ahora, años después, tengo 97 años y le estoy dictando las adiciones necesarias a mi última confidente, quien cuida de mi bienestar físico. Ella no lo publicará hasta mucho después de mi muerte.

Había emigrado de Alemania a Boston; la joven república necesitaba urgentemente un médico joven. Mi esposa, Bertha, que provenía de la acaudalada familia Böhm de Viena, dio a luz a nuestro primer hijo, Wilhelm, en 1887. Wilhelm nos pareció un buen nombre: para nuestros emigrantes alemanes en Boston, sería un recordatorio del buen káiser, y para nuestros amigos angloparlantes, Bill también era perfectamente aceptable. Solo comencé a establecer mi consulta después de que dos acontecimientos descarrilaran mi carrera.

Bertha, quien me había amado con todo su corazón y con pasión femenina antes del nacimiento de Wilhelm, me rechazó por completo. Había descubierto sus inclinaciones lésbicas y las satisfacía sin pudor alguno. Casi a diario traía a una amante diferente a nuestra cama matrimonial y me obligaba a acostarme con sus amigas, ya que yo aún era joven y estaba lleno de vitalidad. Bertha se reía cruelmente de mí cuando cedía a mis impulsos y me acostaba con su amiga. Estaba profundamente perturbado; las chicas no eran mi esposa y simplemente no podía controlarme. Podría haber continuado así, pero cedí y me acosté con cada una de ellas. Con el consentimiento explícito de Bertha, me acosté sin piedad con todas las chicas, incluso con aquellas que no querían acostarse con ningún hombre, y desfloré a muchas de ellas, sin prestar atención a sus gemidos ni lágrimas. No me importaba cómo Bertha reclutaba a todas esas jóvenes. Claramente tenía predilección por las jóvenes; si era importante para ella

personalmente o si lo hacía por mí, nunca lo supe. Solo dos o tres noches a la semana era una mujer madura, de entre 30 y 35 años, cuyas lamidas, cuyas lamidas incesantes, llevaban a Bertha al orgasmo. Me dejaban follarlas con el mayor placer; ninguna protestaba. Al contrario, me incitaban obscenamente, como prostitutas de muelle. Algunos días, ya tenía un amante a primera hora de la tarde y me hacía llamar desde su oficina a su dormitorio; cada noche se acostaba con uno de ellos en nuestra cama matrimonial. No amaba a ninguno; esperaba con creciente lujuria la señal de Bertha. Ella tomaba el rostro de la chica entre sus manos o la agarraba por el pelo, acercaba los labios y la lengua de la chica a su clítoris y la dejaba lamerla. Nunca vi si ella misma lamía a alguna chica. La silenciaba si la chica protestaba contra el acto sexual y miraba con lujuria mi insaciable deseo. Bertha maniobraba deliberadamente a la chica para que se arrodillara ante ella y la lamiera intensamente, lo que me excitaba enormemente. Me excitó aún más cuando la chica me mostró su trasero y su hendidura entreabierta. Contemplé las nalgas más hermosas del universo, las vulvas más bellas y seductoras que la Madre Naturaleza haya producido jamás. Volví a mirar fijamente el rostro de Bertha, que se iluminó mientras me lamía, tal como lo había hecho durante nuestras sesiones de amor más hermosas. Empujé impulsivamente a la chica por detrás, desgarrando su himen en varias ocasiones, y la follé mientras me lamía. Observé el rostro de Bertha, que gradualmente cambiaba con la excitación, contorsionándose en una mueca durante el orgasmo, y ella presionó a la chica aún más fuerte contra su vulva, continuando siendo lamida mientras su orgasmo disminuía. Después, me miró triunfante y alentadora, y la follé como una loca. Cuando me puse de pie para eyacular, nuestras miradas se encontraron. Ella torció su rostro en una sonrisa maliciosa mientras eyaculaba en el excremento. Bertha siempre se alegraba cuando me acostaba con una chica contra su voluntad, cuando la desfloraba y cuando eyaculaba dentro de ella después de una larga sesión. Debió haber cientos de chicas a las que me acosté y deshonré. Pero el cálculo de Bertha funcionaba; siempre podía contar con que mi lujuria sexual sería mayor que mi decencia. El hecho de que la despreciara, y sobre todo a mí mismo, con absoluto desprecio, no nos disuadió a ninguno de los dos de nuestros actos vergonzosos.

Entonces Wilhelm murió de síndrome de muerte súbita del lactante a la edad de un año y medio. Fue entonces cuando perdí la cabeza. Mi vida sin Wilhelm, con una esposa fría y la ridícula sucesión de chicas extrañas para tener sexo, ya no tenía sentido. Cerré mi consulta y me fui a Canadá. Busqué paz en los vastos bosques. Me convertí en trampero, cazador de pieles. Había pasado mi juventud en una gran finca de caza y había aprendido el arte de la caza desde cero. Encontré mi lugar en una cueva no lejos de la reserva indígena y me preparé para el invierno. Solo entablé una amistad superficial con los sioux, que también eran refugiados. Me acosté con las viudas nativas americanas, que me daban un sexo excelente por un dólar y a quienes podía olvidar al día siguiente.

Emil describió muy bien cómo rescaté a la joven nativa americana Minnehaha en medio de una ventisca y le curé el tobillo roto. Pero se mostró reacio a contarlo todo. No toqué a la hermosa joven durante los primeros diez días de su recuperación; mantuve una distancia respetuosa. Había dividido la cueva en dos con una manta y la oí masturbarse todas las noches. Me contó por qué había huido de la reserva en medio de la ventisca. Había abandonado la convención en Lebret porque su padre, el gran jefe, se estaba muriendo. Ella lo cuidó, junto con su madre y su hermana menor, hasta su muerte. Él había decretado ante el pueblo reunido que el hombre que Minnehaha eligiera como esposo se convertiría en el próximo jefe. Sabía de la nobleza de carácter de Minnehaha y confiaba en su criterio. Sin embargo, Minnehaha en realidad quería hacerse monja y no casarse. Despreciaba a los hombres de su tribu, así que durante seis meses no hubo un nuevo jefe. Su madre le rogó que se casara con Charly, cuyo nombre nativo americano era Lluvia en la Cara. Era hijo del hombre del mismo nombre, quien, junto con Caballo Loco y Toro Sentado, había aniquilado al arrogante general Custer en Little Bighorn, dejando solo a un hombre en pie. El jefe había matado personalmente al hermano del general, Tom Custer, pero fue capturado y encarcelado, donde Toro Sentado lo liberaría algún día. Charly le dio muchos regalos. Cada pocas semanas, llevaba un barril de whisky a la reserva, emborrachaba a los hombres y luego los hacía celebrar a viva voz que él era su futuro jefe. Charly ya estaba casado y golpeaba a su esposa e hijos cuando estaba borracho. Nunca reveló de dónde sacaba el whisky, pero algo no estaba bien. Era un hombre desagradable y

quizás un criminal. La venta de whisky a los nativos americanos estaba estrictamente prohibida y se castigaba tan severamente que ningún blanco se atrevía a quebrantar la ley. Minnehaha huyó cuando él la acosó físicamente y finalmente quiso convertirse en jefe; Corrió a ciegas y quedó atrapada en la ventisca.

Se recuperó bien, y en la mañana del décimo día, vino a mi cama y se sentó. Me desperté cuando metió la mano bajo mi manta de piel y me agarró la erección matutina. Me quedé sin palabras, y ella susurró que quería darme las gracias; había recibido más de mí que de cualquier hombre blanco. Se quitó el vestido y se metió desnuda bajo la piel antes de que pudiera decir ni una palabra. ¿Y por qué iba a decir algo cuando una hermosa joven nativa americana de diecisiete años se acostaba en mi cama?

No, no emití ningún sonido. Habían pasado tres semanas desde que había tenido relaciones sexuales con una mujer nativa americana en la reserva, y las mujeres nativas americanas eran maravillosas en la cama, al menos sabía que las mayores lo eran. Nos acariciamos durante un buen rato, y Minnehaha susurró que quería entregarse a mí, como su primer hombre. Me quedé sin aliento, pero pronto me di cuenta de que llevaba años en el convento, y allí no había hombres. Le pregunté varias veces si de verdad lo deseaba, pero ella solo rió suavemente; para los sioux, la virginidad no significaba nada.

La acosté boca arriba y le di un beso largo y apasionado mientras intentaba penetrarla. Pero su himen era muy resistente, y ella sonrió; seguramente era por toda la masturbación. Pero con nuestra fuerza combinada, logramos vencer su himen, y follamos maravillosamente. Ella había visto a menudo cómo follaban las mujeres nativas americanas, y las imitó a la perfección. Follamos intermitentemente durante todo el día; solo de vez en cuando añadía un tronco al fuego y nos preparaba algo de comer. Follábamos como jóvenes amantes y nos uníamos más cada día. Salí a hacer mi ronda para colocar mis trampas dos veces, y tan pronto como regresé, ella sonrió y me llevó al campamento. Ella ya llevaba tres meses conmigo; la primavera se acercaba, y tenía que irme de nuevo, el mejor momento para colocar mis trampas. Pero cuando llegué a casa, me esperaba una desagradable sorpresa.

Escuché voces masculinas que provenían de mi cueva, intercaladas con los débiles gemidos de Minnehaha. Dejé que los animales de piel que había capturado se escondieran tras un arbusto, me acerqué con cautela y pretendía sorprender a los caballeros con un disparo de revólver, pero mi revólver solo hizo clic en silencio. Una y otra vez. Guardé la inútil arma, pero atacar a varios desconocidos armados únicamente con un cuchillo de caza era inútil. Trepé en silencio hasta el grueso árbol que se alzaba sobre la chimenea de la cueva y descendí sigilosamente siguiendo las raíces. Al final, había una curva pronunciada, y tuve que hacer un agujero en el suelo con el cuchillo de caza antes de poder ver dentro de la cueva. Minnehaha yacía desnuda y atada en el catre; un joven y musculoso nativo americano la estaba violando. Seguramente me habría oído si no hubiera estado absorto en su vergonzoso acto. Consideré saltar, pero eran unos seis metros, y me habría roto todos los huesos del cuerpo. Permanecí en mi puesto de vigilancia día y noche mientras los dos criminales violaban a Minnehaha decenas de veces. Lloraba desconsoladamente y maldecía a los criminales que violaban a mi amada. Había visto al hombre blanco varias veces; era John Craig, un granjero con una pierna de palo, de quien se rumoreaba que se enriquecía ilícitamente. Nunca había visto al indígena, pero sospechaba que era Charly. Sufrí con Minnehaha, quien apartaba su rostro lloroso cada vez que uno de los muchachos intentaba besarla. Fue un crimen atroz contra el que me sentía impotente.

Los delincuentes durmieron dos horas al amanecer, pero no parecía prudente tenderles una emboscada. Al menos el nativo americano se despertaría con el ruido y me daría una bienvenida hostil. Sin embargo, estaba decidido a intentarlo de nuevo durante el día. Pero no llegó a tanto. Los dos criminales se estaban preparando, y oí a Craig gritarle a Minnehaha que volverían antes del anochecer. Esperé hasta que se alejaron lo suficiente y escalé lo más rápido que pude, corrí alrededor de la colina hasta la cueva. Con cuatro cortes, liberé a Minnehaha, le quité sus mallas y su chaqueta, y nos instó a darnos prisa. No perdimos tiempo; recogí mis cosas en mi mochila y mi bandolera, agarré mi rifle y mi cartuchera, y salí corriendo. Quería llevarla al convento de Lebret, pero me llamó. “Solo estamos a salvo en la reserva, en mi aldea”, gritó y echó a correr. Corrimos como los

leñadores de Canadá: veinte minutos corriendo rápido, cinco minutos caminando rápido. Llegamos al pueblo dos horas después.

Los ensordecedores ladridos de los perros delataron nuestra llegada. Fuimos directamente al tipi de Minnehaha, donde me presentó a su hermana pequeña, Minnewanna, una jovencita muy guapa que me estrechó la mano al pasar, pero no se atrevió a mirarme a los ojos. Poco después llegó su madre, "Pluma Blanca", una mujer amable de unos 35 años, delgada y alta como sus dos hijas. Su chaqueta apenas ocultaba sus grandes y voluptuosos pechos, e inmediatamente recordé lo que Minnehaha había dicho de ella. Estaba bendecida con leche materna y amamantó a muchos bebés de la aldea. Minnehaha la despreciaba porque a veces dejaba que los padres se acostaran con ella. Enseguida me di cuenta de que Pluma Blanca tenía rasgos europeos aún más marcados que Minnehaha y Minnewanna. Era hija de un trampero noruego y una mujer sioux. Su nombre de nacimiento era "Cierva del Hielo", pero no era ni una cierva ni estaba hecha de hielo. Era excepcionalmente hermosa, y su fama de apasionada llegó a oídos del jefe, recientemente viudo, quien inmediatamente la reclamó para sí. El hombre que había tomado a Cierva de Hielo como esposa y había amasado una pequeña fortuna gracias a su sexualidad también la reclamó y desafió al jefe a un duelo. El jefe aún no era demasiado viejo para luchar con cuchillos. Aunque todos habrían apostado por el retador, el viejo jefe ganó. Esquivó los ataques con notable destreza y derribó al hombre de un solo golpe con su mano que empuñaba el cuchillo. Contrario a la costumbre, no le cortó la garganta al hombre inconsciente, sino que escupió con desprecio al suelo, deshonrándolo. Solo una pluma de su tocado había sido cortada por su oponente; la recogió y se la entregó a Cierva de Hielo. Exclamó que de ahora en adelante se llamaría Pluma Blanca y que era su legítima esposa. Ella le dio dos hijas, Minnehaha y Minnewanna, quienes heredaron su naturaleza lujuriosa, así como su esbelta y regia figura y sus bellos rasgos.

Me recibieron con gran calidez y, haciendo uso de mis conocimientos del idioma sioux, logré seguir el relato de Minnehaha a White Feather y Minnewanna. Les contó todo, excepto lo de la violación, Charly y Craig. Más tarde, me explicó que la violación se consi-

deraba una gran deshonra. La mayoría de las mujeres sioux preferían el suicidio a vivir con esa vergüenza.

Minnehaha, cuyo nombre significaba “Agua Risueña”, y Minnewanna, cuyo nombre significaba “Agua Murmurante”, dormían como Pluma Blanca a un lado del tipi; la galera estaba al otro. Minnehaha ya me había contado las costumbres, y después de que hicimos el amor esa noche, Minnewanna se acercó sigilosamente a nuestro campamento. Le susurró brevemente a Minnehaha y se metió bajo las sábanas con nosotros. Ella, como me había dicho Minnehaha, ya había tenido varios amantes, y se montó sobre mí. Sin duda era más experimentada que su hermana mayor, que nunca se había montado sobre mí. Pero a medida que nuestros placeres se intensificaban, acosté a la menor de espaldas y la follé a la manera del leñador. Para mi gran sorpresa, tuvo un orgasmo, y finalmente pude eyacular como es debido. Se fue en silencio. Minnehaha me abrazó con fuerza; yo le pertenecía solo a ella, me susurró al oído.

Qué sorprendida me quedé, sin embargo, cuando la noche siguiente no fue Minnewanna quien esperó a que termináramos de follar y se metió bajo las sábanas con nosotros. Minnehaha susurró que no debía verla, que traería mala suerte, y luego me dio la espalda. Pluma Blanca se montó sobre mí como lo había hecho su hermana menor la noche anterior; ella también folló con maestría y me dejó tumbarme sobre su espalda con gusto. No tuvo un orgasmo, pero después de que yo eyaculara, me abrazó fuerte y no soltó mi pene hasta que terminó de masturbarse. Fue una experiencia muy íntima, y me sorprendieron las lágrimas de Minnehaha, que me explicó en un susurro cuando su madre regresó a su campamento. Ninguna mujer de la aldea tenía derecho a separarme de ella, solo su madre. No pensé mucho en el significado de esta costumbre y la abracé con fuerza. Aunque su madre era muy buena en la cama, jamás cambiaría a Pluma Blanca ni a su hermana por Minnehaha, dije lo suficientemente alto para que las tres mujeres me oyeran. Sentí las lágrimas de alegría de Minnehaha en mi mejilla. En resumen, me quedé con los sioux casi tres años y me acosté con madres e hijas por igual.

Cuando no estaba buscando pieles para mí y carne para el pueblo, solía sentarme con Minnehaha en su árbol favorito, y teníamos mu-

cho de qué hablar. Me dijo que estaba embarazada, y me alegré muchísimo. Claro que sabía lo de Bertha y Wilhelm, y que legalmente no podía casarme con ella. Seguía seria y triste; no sabía quién era el padre. ¿Charly, Craig o yo? Sentí el suave beso del cosmos en mi corazón y, lleno de amor, dije que aceptaría a su hijo como si fuera de Minnehaha y que no haría preguntas. Para ser sincero, hablé como un idiota.

Minnehaha había tomado su decisión y se casó con el padre de Águila Roja, 'Roca Trueno', por formalidad, como su tercera esposa, pues consideraba a Roca Trueno el sioux más capaz para ser un jefe adecuado. Regresó bastante taciturna de su noche de bodas; el anciano estaba sorprendentemente bien dotado y no perdió la oportunidad de acostarse con la joven Minnehaha toda la noche. Pero esa era la costumbre.

Minnewanna se había casado con Águila Roja. Él era el hijo menor de Roca Tronadora y, técnicamente, hijastro de Minnehaha. Había aprendido a leer y escribir de su padre y tenía muchas posibilidades de convertirse en jefe algún día. Era un gran guerrero, una figura imponente de dos metros de altura. Minnewanna ya estaba embarazada cuando, dos meses después, Águila Roja se unió a los Lakota para luchar contra los Hurones. Cayó en batalla, rodeado por una docena de Hurones. Mató a cinco Hurones antes de caer. Minnewanna lloró por su esposo, pero la aldea estaba orgullosa de su guerrero. Los Lakota trajeron su cuerpo, que fue enterrado con todos los honores. A Minnewanna se le permitió entonces regresar con su madre.

Pluma Blanca me echó del tipi cuando llegó el momento del parto de Minnehaha. Le importaba un bledo que yo fuera médico. Como partera, ya había asistido en el parto de docenas de niños, y los hombres no tienen permitido estar presentes en los partos. Me desterraron al tipi de una joven viuda y sufrí una agonía interior durante tres días mientras la viuda luchaba contra mí y contra sí misma con alegrías inesperadas. Pluma Blanca y Minnewanna habían hecho un buen trabajo; Minnehaha tuvo un parto muy largo, pero no muy doloroso. Corrí tras la pequeña mensajera hasta nuestro tipi. Abracé a Minnehaha; ¡estaba rebosante de alegría! Pluma Blanca me dejó ver al niño envuelto en pañales. Un niño blanco, pelirrojo, me miró con

la cara de John Craig. Salí corriendo de la tienda, perseguí a los perros del pueblo y los pateé hasta quedar exhausto. Entonces cometí el único pecado de mi vida. El niño, aún sin nombre, estaba gravemente enfermo, y no hice nada para salvarlo ni siquiera lo intenté. Estuve inconsciente durante 48 horas sentado en un tocón de árbol en la plaza del pueblo, arrojando piedras a los perros, las gallinas y los niños. Entonces Minnehaha vino y me llevó de la mano a nuestro tipi. Me quedé sin palabras; el pequeño bastardo había muerto y me necesitaban para el funeral. Yo era, al menos nominalmente, su padre y tenía el deber de subir el pequeño cuerpo a un árbol. Hice todo en un estado de confusión mental y solo recobré la cordura después de la ceremonia. Me senté con Minnehaha durante muchas horas en su árbol favorito y nos consolamos mutuamente. Ella comprendió que el rostro de su agresor me había herido profundamente, pero recordé que también era el hijo de Minnehaha. Solo lo comprendí mucho después.

Cuando llegó el momento de Minnewanna, Pluma Blanca me desterró de vuelta con la joven viuda para ayudar a Minnehaha con el parto. No fui desagradecido cuando la viuda, Nieve en la Hierba, descuidó por completo la casa y no me dejó salir del campamento durante dos días y dos noches. Había puesto a una niña de seis años a cargo de nuestro cuidado, y a cambio, la niña podía observarnos tan a menudo como quisiera. No me importó, aunque era una de las costumbres que desaprobaba. La niña no podía ser su hija, ya que sabía que una hija no tenía permitido ver a su propia madre teniendo sexo. Pero tenía que darlo todo, y Nieve en la Hierba no era de las que se andaban con medias tintas. Por primera vez en mi vida, una mujer me tomó el pene en la boca. Al principio fue muy inusual, pero pronto me encantó, y era una forma segura de ponerme duro, sin importar lo cansado que estuviera. Tuve que preguntarle tres veces si la había oído bien. Pero ella me insistió en que le tomara el clítoris con la boca y le lamiera la vulva con la lengua, pero me negué. Snow on the Grass era una típica mujer sioux, de unos 30 años, viuda y sin hijos, bajita y regordeta, con pechos insignificantes. Era muy pobre y vivía de lo poco que ganaba con el sexo. Por supuesto, le di los dólares que le debía, y seguí haciéndolo en años posteriores cuando acudía a ella para tener sexo. Ella tenía sexo a la manera particular de las mujeres sioux; básicamente, la mujer usaba su clítoris para estimular

el pene hasta llegar al orgasmo, mientras el pene la estimulaba a ella. Parecía funcionar mejor cuando ella cabalgaba sobre el hombre, presumiblemente porque podía alcanzar su clítoris con los dedos entre medias. También tenía buenos orgasmos cuando tenía sexo al estilo leñador, cara a cara. El estilo perrito no era muy popular entre las mujeres porque no podían estimular el pene en esa posición. Principalmente lo hacían solo para complacer al hombre blanco. Yo estaba muy exhausto, pero no insatisfecho. La nieve sobre la hierba era muy buena para mantener el fuego encendido y me puso a prueba al máximo. Finalmente, una mensajera me rescató y me condujo a nuestro tipi. Minnewanna había dado a luz a un niño hermoso y sano, y me permitieron anunciar a la comunidad del pueblo, en nombre de su padre, que se llamaría «Halcón en el Relámpago», como habían decidido Pluma Blanca y Minnewanna.

Iba al bosque con más frecuencia que antes, colocaba el doble de trampas y abastecía al pueblo con abundante carne. Mi nuevo revólver, que había conseguido regateando de 8 a 6 dólares, era excelente: se recargaba más rápido que el anterior y era muy preciso. Incluso cuando hacía mis rondas sin rifle, podía cazar ciervos y otras presas con el revólver y ayudar a alimentar al pueblo. Los sioux comían principalmente pescado, pero en mi opinión, era demasiado monótono.

Charly llevaba un año desaparecido y ahora regresaba con varios barriles de whisky. Los sioux bailaban alrededor del fuego en la plaza del pueblo, disfrutando del whisky. Pero era inútil que Charly mencionara su deseo de convertirse en jefe; se rieron de él a carcajadas. “¿Había muerto Thunder Rock?” Charly, a quien reconocí de inmediato como el violador de Minnehaha, me miró con odio manifiesto cuando le dijeron que yo era el marido de Minnehaha. Charly se escabulló antes del amanecer y se marchó sigilosamente en su carreta. Todos seguían dormidos, menos yo. Le susurré a Minnehaha que seguiría a Charly. Seguí al criminal de forma invisible y silenciosa, pero después de unos 24 kilómetros, quedó claro que se dirigía al trote hacia la granja de Craig. Me quedé en las sombras del bosque; no pasó nada en todo el día, así que regresé a casa.

Lo seguí mes tras mes, durante un año entero. Una vez, detuvo su carreta; algo se había roto en medio del bosque. Se arrodilló junto a la carreta, en la tierra, y no me oyó llegar. Miró a su alrededor mientras yo amartillaba el revólver. Me apuntaba directamente al cañón a escasos centímetros de distancia. Pero no pude obligarme a dispararle a sangre fría a aquel hombre indefenso. Le apunté a la cabeza y lo dejé allí. Yo no era un asesino.

La última vez, lo adelanté sin que me viera y me escondí en la granja de Craig. Craig llegó primero, seguido de Charly media hora después. Escuché su conversación y supe que estaban destilando whisky cerca. Craig había comprado grano y Charly había conseguido combustible. Planeaban partir al día siguiente. Ambos disfrutaban de su whisky, y Charly le dijo a Craig que el hombre blanco que vivía con los sioux podría haber descubierto su plan. Ahora era el esposo de la hija del jefe, que le pertenecía por derecho. No descansaría hasta que Craig lo echara o lo enviara con los ancestros. Craig soltó una carcajada: «¡Entonces lo pondremos junto a ese detective entrometido que eliminamos hace tres años!». Charly se animó: «¿Te refieres a él, el que vive a medio kilómetro de nuestra cueva?». Craig confirmó con una carcajada, pasándose la mano por el pelo rojo. «¡Exacto, el mismo! ¡Está custodiando nuestro roble, el muy tonto!». Bebieron durante horas y no volví a saber nada de ellos. Me escabullí en silencio y me adentré con determinación en el bosque. Sabía perfectamente a qué roble se referían, porque había descubierto el esqueleto hacía varios meses, pero no había querido perturbar la tranquilidad del supuesto leñador. Ahora, sin embargo, sabía que era un detective de Regina, la capital de la provincia, y que la cervecería estaba ubicada en una cueva a ochocientos metros. Conocía muy bien la zona; sabía dónde había algunas cuevas junto al lecho del río. Ochocientos metros... tenía que ser eso.

A la mañana siguiente descubrí la cueva correcta. Entré y voilà, allí estaba todo: un hogar, una tetera y un alambique. Barriles y toneles vacíos por doquier. Entonces llegaron los criminales, incluso antes de que hubiera salido de la ratonera. Me escondí, hubo un feroz intercambio de disparos, y nos mantuvimos a raya durante dos días y dos noches. Tenía una cartuchera llena y un buen revólver; le había disparado a Craig en el brazo, lo que me dio dos horas de tregua. Los

demonios entonces escondieron yesca en la entrada y la encendieron. Poco a poco, pero con seguridad, me quedé sin humo. Me tumbé en el suelo, donde había menos humo. Horas después, el sonido de cascos de caballo y un breve intercambio de disparos. ¡Minnehaha!

Ella había movido cielo y tierra, reuniendo finalmente a un grupo de hombres y policías, y había seguido las huellas de los neumáticos desde la granja de Craig. Salí tambaleándome, apoyado por Minnehaha, e indiqué al policía bajo qué roble podían encontrar el esqueleto del detective. Eran sus asesinos, no simples destiladores clandestinos. Una hora después, la policía regresó; habían encontrado el esqueleto y su placa. Todo quedó tal cual para que el juez de paz inspeccionara la escena del crimen con sus propios ojos.

A Craig y a Charly los habían subido a caballos y atado. Los policías no los trataban con delicadeza, así que me acerqué a Charly. Nuestras miradas se cruzaron. Fue nuestra primera y última conversación. Le hablé en sioux. «Minnehaha es mi esposa, me encontró y me salvó». Charly escupió al suelo a mi lado. «Volveré a buscarla, es mía, ¡ya la tuve!». La insolencia del muchacho me enfureció. «Te veré dos veces más en tu vida. Una en el juzgado, y la segunda vez...» — busqué la palabra, que estaba seguro de no haber oído nunca en sioux, y la dije en inglés — «la segunda vez veré las plantas de tus pies descalzos mientras te retuerces en la horca». Continué en sioux: «¡Mírala una última vez, Minnehaha, mi esposa! ¡Ella estará calentando y besando mi pene durante muchos inviernos, mucho después de que tú yazcas bajo tierra, y allí solo los escarabajos y gusanos besen tu pene!». Capté una mirada de aprobación de Minnehaha y, para mi sorpresa, de uno de los exploradores. Escupí al suelo frente a Charly — consciente de que esto era una señal de absoluto desprecio — y grité que se llevaran a esa escoria.

Testifiqué en el juicio, aunque no era estrictamente necesario. Charly había confesado el asesinato en coautoría a cambio de que su cuerpo fuera entregado a los sioux. Craig, por supuesto, lo negó todo hasta que el juez lo confrontó con Charly. Charly, preocupado por su entierro, repitió su confesión palabra por palabra. En ese momento, Craig perdió los estribos; le gritó a Charly largamente, y el juez también obtuvo su confesión. Ambos fueron ahorcados al día siguiente.

Conduje la carreta con el cuerpo de Charly hasta la reserva y se la entregué a su madre. Él era mi enemigo y el de los minnehahas, pero ningún sioux le negaría un entierro. La madre me miró a los ojos y preguntó por John. Solo podía referirse a Craig, y le dije que Charly y John habían tenido una reunión con los ancianos, habían sido declarados culpables de asesinato cobarde y habían sido ahorcados; esa era la costumbre del hombre blanco. Ella asintió. — A ese John, lo vi y le pedí a Charly que se mantuviera alejado de él, porque John era un hombre muy malo. Pero ¿qué hijo le hace caso a su madre? — Apartó la tela y miró a Charly a la cara — . Habría seguido siendo un buen hijo si no fuera por ese John. — Casi podía ver sus sentimientos. Me miró — . Gracias por no haberlo matado cuando pudiste haberlo hecho. Quería matarte porque le quitaste a su esposa. — Me quedé pensativo, pues ella había visto muchas cosas que nadie más había visto.

Viví con Minnehaha, Minnewanna y Pluma Blanca durante el año siguiente. Mi trabajo como proveedor de carne le dio sentido a mi estancia; las pieles y los cueros me reportaban muchos ingresos. Vivía en gran paz y en armonía con la naturaleza. Incluso el hecho de acostarme regularmente con las tres mujeres me parecía correcto en aquel momento. Pero me di cuenta de que Minnehaha se sentía muy sola. No era que no la quisiera lo suficiente, que no la acariciara, que no durmiera con ella ni que no tuviera conversaciones agradables con ella. Se sentía sola de una manera que yo, como médico, atribuía a la melancolía o la depresión. Mis cuidados solo ralentizaron su deterioro; no lo detuvieron. La escuché con mucha atención y poco a poco la animé a que se examinara a sí misma con mayor detenimiento. Estaba consumida por el deseo de hacerse monja. Eso era todo.

Ensillé dos caballos, cargué las pertenencias de Minnehaha en un caballo de carga y la dejé despedirse de Minnewanna y Pluma Blanca. Minnehaha sabía perfectamente adónde íbamos. Llegamos al convento de Lebret tres horas después. La recibieron con los brazos abiertos; todas las monjas aún la recordaban. Me despedí con un largo abrazo. Le dije que si era feliz allí, yo también lo era. Y que si quería, sería bienvenida en el pueblo cuando quisiera; su hermana, su madre y su marido estaban a tres horas de camino. Quizás fue un poco inapropiado cómo abracé y besé a mi esposa por última vez, pe-

ro sus ojos brillaban. Con el corazón apesadumbrado, regresé a la reserva.

Llegó tres años después. Fue la primera mujer nativa americana en hacerse monja; la llamaban Hermana María. Regresó a su aldea para morir allí. La examiné como médico y no encontré nada, excepto que se consumía como la mecha de una vela. Pluma Blanca corrió gritando hacia el bosque y regresó dos días después, arañada y con la ropa hecha jirones. Se sentó en el suelo del tipi y lloró en silencio. Preparé caldo de pollo para Minnehaha, y ella lo bebió obedientemente, pero sabía y sentía que el final estaba cerca. Me pidió que me acostara a su lado y le tomara la mano; esa noche iba a estar con la Reina del Cielo, con la Madre María.

Le tomé la mano y decidí no dormirme. No dormirme. No dormirme. No dormirme. Tuve fantasías salvajes. Corrí por el bosque, revisando las trampas a mi paso. En una trampa estaba John Craig, con su pelo rojizo cortado al cepillo, la cola atrapada, aplastada. Frente a él estaba Charly, con el cuello en la trampa para osos, también aplastado. Águila Roja, llevando a la ligera como una pluma Minnewanna en sus brazos, amamantando al pequeño halcón contra su pecho de niña. Cruzó el río Qu'Apelle hasta la otra orilla, donde tantas veces me bañaba con Minnehaha. Me doy la vuelta, ¡y ahí está Minnehaha! Pero está saliendo del río desnuda; la veo, y ella me ve. "Me voy, mi amor. Solo quería decirte adiós y agradecerte todo, por los maravillosos años. ¡Adiós!" Una ligera niebla se elevó, y quise llamarla para que se quedara, pero se desvaneció en la niebla. Salté hacia donde ella había estado, pero caí de bruces al río. Desperté empapado en sudor frío. Inmediatamente agarré la mano de Minnehaha, pero estaba helada. Le toqué el cuello; no tenía pulso. Me levanté de un salto y desperté a Pluma Blanca y a Minnewanna. Encendieron la luz y palpamos a Minnehaha. Estaba muerta.

Había construido una pequeña plataforma en su árbol favorito; merecía un lugar agradable. No, en su árbol favorito, a tiro de piedra de la plaza del pueblo, no tan lejos como de costumbre. Nadie protestó mi decisión. Pluma Blanca la había envuelto en la tela más fina y cara que poseía. Los aldeanos se habían reunido y cantaban canciones fúnebres, las mujeres con voces agudas, los hombres con graves.

Minnewanna le entregó el cuerpo de Minnehaha a Pluma Blanca, y Pluma Blanca me lo entregó a mí para que lo subiera a la plataforma. Envolví la tela con más fuerza; los cuervos y los buitres no deberían alcanzarla fácilmente. Permanecí inmóvil durante mucho tiempo; conocía las costumbres. Levanté los brazos, con los puños apretados. El espíritu de Minnehaha estaba en mis puños; los giré y abrí las manos. En ese instante, el espíritu de Minnehaha se elevó hacia los ancestros. Miré a los aldeanos, a mi familia, a Minnewanna, y mi mirada se posó en los maravillosos ojos de Pluma Blanca. «¡Minnehaha nos ha dejado, nos ha dejado!», tuve que gritar. Con eso, la celebración terminó. Seguía contemplando los maravillosos ojos de Pluma Blanca, que ahora se llenaban de lágrimas, y al cabo de un rato, asintió y fue la última en abandonar la plaza del pueblo. Me senté en la plataforma, cerré los ojos y conversé con mi esposa, a quien había rescatado de la ventisca seis años atrás. No respondió, pero tenía mucho que contarle. Al caer la noche, Minnewanna vino y me llamó suavemente. La seguí hasta el tipi.

Me quedé con los sioux durante más de diez años, en el campamento con Minnewanna y Pluma Blanca. Habíamos juntado dos campamentos y dormíamos allí los tres. Yo yacía en el medio, abrazado por ambas mujeres. Sus manos se encontraban sobre mi pene y, como hermanas, se ponían de acuerdo sobre a quién debía servir primero. A menudo eran sus labios a la vez los que, con paciencia y conocimiento, me excitaban. Los labios de Minnewanna tenían que excitarme mucho más a menudo porque Pluma Blanca quería follarme. Pluma Blanca ya estaría sentada sobre mis muslos, y Minnewanna tendría que lamer y humedecer su clítoris con la lengua durante unos instantes antes de que Pluma Blanca me montara, momento en el que Minnewanna tenía que apartarse a regañadientes. A Minnewanna obviamente le encantaba lamer el clítoris y se resistía a soltar a Pluma Blanca. A veces estallaba en cólera de celos, entonces no soltaba el clítoris de Pluma Blanca y la lamía sin cesar hasta que llegaba al orgasmo. Pluma Blanca estaba exhausta, y Minnewanna se sentó triunfante a horcajadas sobre mi pene. Pero no debía celebrar demasiado pronto. Durante el lamido, que me recordaba incómodamente a Bertha, me había perdido en los ojos de Pluma Blanca, observando sus expresiones con creciente lujuria. Estaba asombrada, encantada, excitada, y se retorció en una mueca cuando llegó el orgasmo. Exhaló

y se echó hacia atrás un poco para darle la oportunidad a Minnewanna. El lamido me excitaba tanto cada vez que me corría a los pocos segundos de que me montara, así que Minnewanna no tenía tiempo suficiente para masturbarse y llegar al orgasmo sobre mi pene.

Pluma Blanca se aseguraba de tenerme más a menudo que a Minnewanna, y a mí me parecía bien, porque ella follaba con mucha más pasión. Minnewanna se apartaba castamente cuando Pluma Blanca y yo follábamos. Cuando terminábamos, se volvía hacia mí y me abrazaba como si fuera mi esposa. Me daba tiempo antes de follar conmigo. Era un tiempo tranquilo y pacífico con mis dos esposas restantes. A menudo le preguntaba a Minnewanna si no quería un marido; yo cortejaría al hombre en lugar de mi padre. Pero ella negaba con la cabeza; no quería otro hombre. Pluma Blanca y yo nos mirábamos en silencio; no queríamos expresar nuestros pensamientos en voz alta. Me comportaba como un verdadero sioux.

Me acompañaban dos jóvenes cazadores cuando fui al bosque a buscar carne. Apenas dijimos una palabra; observaban cómo localizaba la presa y me acercaba sigilosamente a pocos metros. Me veían lanzar mi cuchillo de caza o disparar mi revólver. Los muchachos aprendieron rápido; ahora dejaba que uno de ellos lanzara su cuchillo o disparara la flecha. Les había comprado cuchillos de caza grandes, como el que yo usaba. Sus ojos se iluminaron. Llevamos mucha carne de vuelta a la aldea; nadie debía pasar hambre, como los lakota y los hurones, nuestros vecinos inmediatos. Compartimos la carne con todos, y yo me quedé con la mayoría de las pieles. Conseguí buenos dólares por ellas en Lebret, y a menudo traía regalos de la ciudad, pero nunca cuentas de vidrio ni otras baratijas. Los sioux necesitaban herramientas fiables, lonas y cuerdas de todo tipo. Fue mi decisión darles a los pobres cosas que realmente pudieran usar.

Me quedé despierta en la noche. Bertha me había llamado, llorando suavemente y con tristeza. Para que quede claro desde el principio, no creo en fantasmas, espectros, y mucho menos en lo oculto. Pluma Blanca me acarició la cola. “¿Qué pasa?” Pero no respondí; no necesitaba que me acariciaran la cola ahora mismo, solo dormir. Así que me dormí enseguida mientras Pluma Blanca me acariciaba la cola con delicadeza. Pero me despertaba casi todas las noches, so-

bresaltada por los gritos desesperados de Bertha. “¿Qué te dicen tus ancestros?”, preguntó la mujer, sumamente sensible y perspicaz. Fui con ella al árbol favorito de Minnehaha, nos sentamos y, en aquel lugar tan apacible del mundo, le conté mis sueños. Pluma Blanca asintió pensativa: “Tienes que escuchar eso; no sucede sin motivo”. Apoyó la cabeza en mi hombro. “Me entristece que tengas que irte, querida; me he acostumbrado a tenerte en mi cama. Te echaré de menos cada noche, y Minnewanna no lo soportará mucho mejor. Pero debes seguir la voz de tu otra esposa.” La abracé. “¿Cuántas vidas tiene una persona, cuántas esposas puede amar?” Pluma Blanca no respondió de inmediato. “Quédate en mi cama unos días más; Minnewanna y yo queremos despedirnos de ti, porque no sabemos si volverás alguna vez.” ¿Qué esperaba, una respuesta filosófica a mi tonta pregunta? No, esta mujer nativa americana me dio la única y más sencilla respuesta, la que le salía del corazón.

Salí de caza por última vez con mis dos compañeros. Al regresar al pueblo al anochecer, cargados con la presa, nos sentamos junto a la fogata como de costumbre. Los miré a los ojos, uno tras otro, una señal para los sioux de que algo importante estaba a punto de suceder. “Hoy cazasteis solos; no lancé mi cuchillo. La carne y las pieles son todas vuestras. Ahora sois buenos guardabosques, los mejores de vuestro pueblo”. Me miraron a los ojos y asintieron con aprobación. “Si lo dices tú, nos llena de orgullo. Aprendimos todo de ti; cazar como un guardabosques trae abundante carne para nuestra gente”. Ambos asintieron con aprobación. El otro dijo: “Sabemos que vais a emprender un largo viaje y ni siquiera sabemos cuándo regresaréis. Pensaremos en vosotros antes de lanzar nuestros cuchillos a la presa”. Debí de parecer bastante tonto, porque ambos se echaron a reír y se dieron palmaditas en la espalda. Al cabo de un rato, me uní a la risa, aunque no sabía cómo lo hacían. Si un sioux oía algo, todos lo oían. Me sentí un poco avergonzado por haber alardeado tanto de la noticia. Nos despedimos y me fui a nuestro tipi. Minnewanna parecía muy triste; obviamente había estado llorando todo el día. Me arrodillé frente a ella, le tomé la cabeza entre las manos y la besé en los labios como lo haría un guardabosques. Enseguida recuperó el ánimo. Le dije en voz alta, para que Pluma Blanca me oyera, que hoy había sido mi última cacería y que, de ahora en adelante, solo quería

estar entre sus muslos y no prestaría atención a los ladridos de los perros. (Así lo decían los sioux).

Por supuesto que cumplí mi palabra; no me dejaron otra opción. Simplemente me tumbé en la amplia litera y me trajeron comida y bebida. Incluso al pequeño Falcon lo enviaron a quedarse con unos parientes por el momento; todo el pueblo parecía saberlo, nuestras constantes relaciones sexuales no eran ningún secreto. En realidad, seguía siendo un hombre blanco cuando lo pensaba. Para los sioux, era perfectamente normal.

Pluma Blanca me acariciaba el pene hipnóticamente cuando necesitaba dormir. Minnewanna me follaba bajo la mirada crítica de Pluma Blanca, pero siempre se volvía castamente hacia la pared de la tienda cuando Pluma Blanca y yo follábamos. Ambas me abrazaban como esposas después de que yo terminaba de follar con la otra. Los sioux eran muy particulares con los diferentes tipos de abrazos. Me besaban en los labios como los rangers, los blancos, aunque esa no era una costumbre sioux.

En la novena noche, desperté con un fuerte grito. Pluma Blanca me acarició la cara con ternura. “¡Te está llamando, debes ir ahora!” Sin consultarme, ambas mujeres, a la luz del fuego, comenzaron a empacar mis pertenencias de manera ordenada y eficiente en mi mochila y bolso. Minnewanna salió corriendo y ensilló un caballo. “Déjalo en el convento; lo traeremos más tarde”. Pluma Blanca sonaba como siempre cuando salía a caballo. Ambas me abrazaron y monté. “Roca Trueno ya lo sabe”, agregó Minnewanna, acurrucándose contra la figura majestuosa de Pluma Blanca. Prometí regresar cuando hubiera completado mi tarea. Me observaron hasta que desaparecí en el bosque. Mis dos guardabosques cabalgaban a cierta distancia detrás de mí, tal vez para traer de vuelta al caballo blanco de inmediato, o tal vez para asegurarse de que ningún Lakota o Hurón estuviera al acecho. Los saludé con la mano mientras desmontaba frente al convento, dejando al caballo allí de pie. Me devolvieron el saludo y tomaron las riendas. Troté hacia la estación; Después de tres largos días, regresé a Boston, esta vez con unos cuantos dólares más en mi mochila, ganados con las pieles. Pluma Blanca ya habrá encontrado mi nota y el fajo de dólares. Roca Trueno sabía leer, leía

inglés, y le traduciría mis palabras de despedida al sioux. Les escribí cuánto las amaba a ambas y cuánto extrañaría sus muslos cálidos, que me habían dado tanto placer. Cuánto las extrañaría a ambas, mientras me hacían sumergirme entre sus voluptuosas curvas como salmones remontando el río. Cuánto extrañaría sus labios cálidos, labios que levantaban al guerrero cansado, una y otra vez. Moriré de dolor y añoranza porque ya no puedo acariciar sus hermosos senos, tanto pequeños como grandes, con mis manos. Cuánto extrañaré sus pequeños guisantes rojos, que pulían tan finamente con sus labios, lengua y dedos durante mi ausencia. Cantaré la canción de las dos junto a las fogatas del hombre blanco hasta el final de mi viaje, y atribuiré mis lágrimas al humo de la fogata. ¡Adiós! — Thunderous Rock recitaba solemnemente estas palabras al menos tres veces en sioux, pues en la palabra escrita hablaba el espíritu del escritor, y la comunidad del pueblo murmuraba un sonoro asentimiento y abrazaba a ambas mujeres. Todo esto estaba de acuerdo con la costumbre sioux.

Tomé un carruaje tirado por caballos desde la estación y me llevaron a casa. ¡A casa! Qué extraño me pareció, pero yo también debí parecer extraño a los bostonianos: ¡un hombre blanco con ropa de cuero de nativo americano y envuelto en una piel de oso! Pero probablemente era el único que no tenía frío. El carruaje se detuvo, agarré mi mochila y mi cartera, y bajé. ¡Veinte años! ¡Veinte, ni un centavo menos! Toqué el timbre. Hubo un revuelo, pero tardaron un rato en abrir la puerta.

La chica tendría unos 16 o 17 años y iba envuelta en un abrigo grueso. “¿En qué puedo ayudarle?”, preguntó, asegurándose de que los vecinos la vieran. “¿En qué puedo ayudarle, señor?”, me presenté. “Soy el doctor Otto Weiser, mi esposa Bertha Weiser vive aquí, ¿verdad? — He estado viajando durante muchos años y recién ahora regreso a casa”. La chica me miró con mucha curiosidad y luego dijo: “Ya lo conozco, doctor, ¡pase!”. Solo entonces me di cuenta de que había hablado alemán, con un acento inconfundiblemente bostoniano. Entré y ella cerró la puerta rápidamente, “por la calefacción, o mejor dicho, por el frío”. No, esta no era una criada, desde luego que no. La chica también parecía lista, pues adivinó mis pensamientos. “Soy Maya, Marjorie Weiser, Bertha von Böhm-Weiser es mi madre”.

Me detuve en seco, probablemente pareciendo un completo idiota. Con un movimiento automático, me quité el gorro de piel. “Hija de Bertha”, repetí, y ella asintió. “Vamos, vamos, mamá probablemente está esperando ansiosamente para saber quién tocó el timbre”. Subió corriendo las escaleras, no hacia la recepción de la derecha. Dejé mis paquetes, dejé que mi alfombra de piel de oso se deslizara al suelo y la seguí. Fue directamente al dormitorio de Bertha y me esperó. “Mamá no ha hablado de otra cosa que de ti durante las últimas cuatro semanas. Déjame ir a preparar a mamá”. Asentí, y ella entró en el dormitorio de Bertha. Apenas un minuto después, me llamó. Me arreglé los leggings de cuero y la chaqueta de cuero ricamente decorada y entré.

Bertha, demacrada y esquelética, se incorporó en la cama, con Maya de pie a su lado. El aire de la habitación era sofocante y viciado, con un olor a muerte que lo impregnaba todo. Me acerqué a la cama y besé la mejilla y las yemas de los dedos de Bertha, como hacía veinte años. Una sonrisa fugaz cruzó el rostro demacrado de Bertha. «¡Otto! ¡Cariño, me alegra tanto que estés aquí! ¡Llevo semanas esperándote! ¡Ven, siéntate conmigo!». Tomé una silla y me senté a su lado. Maya se sentó en un rincón, sintiéndose invisible, escuchando atentamente cada palabra.

Por supuesto, Bertha quería saber de dónde venía y qué significaba mi atuendo inusual. Le expliqué que había vivido con los indígenas de Canadá durante 20 años y que mi traje era para ocasiones especiales. «No es exactamente lo que esperabas». Ambas sonreímos. Ahora sí que hablaba. Su padre había sido ennoblecido, por eso se hacía llamar «von Böhm» en su honor; había fallecido y le había dejado una gran fortuna. Maya la heredaría cuando ella muriera. Bertha la interrumpió. Había dado a luz a Maya hacía 17 años; era su hija. No podía decir quién era el padre; había llevado una vida disoluta en aquel entonces y había tenido relaciones con cientos de pretendientes. Eligió sus palabras con cuidado, por consideración a Maya.

«Otto, mi amor, debo de tener un aspecto terrible, y la verdad es que no me encuentro nada bien. Llevo meses sin mirarme al espejo; me da miedo decepcionarme». Se dejó caer cansada sobre la almohada. Le aseguré que tenía mucho mejor aspecto que la tía Käthe. A pe-

sar de su enfermedad, soltó una carcajada. Käthe, completamente sorda, era famosa por sus flatulencias despiadadas. En un banquete imperial, disparó el cañón con tanta fuerza que el emperador, sobresaltado, dejó caer su albóndiga de hígado de la cuchara en el caldo. Horrorizado, el monarca miró al ilustre grupo, que, con la cara roja, miraba fijamente sus platos de sopa para reprimir la risa. El emperador preguntó asombrado si había habido disparos en el patio, si había estallado una revuelta como en 1848. Nadie se atrevió a responder hasta que el canciller se inclinó confidencialmente hacia Su Majestad y lo negó. Fue solo Su Gracia, la condesa von Gollowitz, quien disparó el cañón. ¡Qué flatulencia, Su Majestad, qué flatulencia! Por desgracia, nunca supimos cómo reaccionó el Emperador. Pero me alegró que la pobre Bertha tuviera algo de qué reírse. Retomó el tema, pero habló en francés para que Maya no la entendiera.

Cuando nos dejaste, yo estaba pasando por una etapa de locura. Nuestro pequeño Willi había muerto, y eso me dejó completamente destrozada. Viví esa etapa como si fuera una auténtica libertina, pero no lo era. No podía soportar la pérdida; me abalanzaba sobre los hombres como una depredadora y me acostaba con todos. Me acostaba indiscriminadamente con cualquiera que tuviera pene. Tuve ministros y alcaldes, profesores y dueños de fábricas, cocheros y herreros en mi cama. Cientos, si no miles. Cuando quedé embarazada, ni por un segundo consideré matar a la pobre criatura. Lo acepté, di a luz y la llamé como tú. La amaba muchísimo, a mi Maya. La crié para que fuera una chica decente y la protegí de mi vida disoluta lo mejor que pude. Claro que nada se le escapaba a medida que crecía, pero se negaba a corromperse. Y hace seis meses, enfermé, dejé de ir a fiestas y celebraciones, y ya no tuve amantes. Sentía que mi fuerza vital se desvanecía. Te ibas apagando poco a poco y anhelaba tu regreso; no podía dejar a Maya huérfana. Bertha tosió violentamente; hablar la cansaba mucho.

Pregunté si nuestro viejo amigo Frieder seguía vivo, y Bertha asintió. Maya intervino; tenía el número de teléfono del profesor y, si quería, podía llamarlo al pasillo. Nunca antes había visto un teléfono, pero bajé con la chica y ella hizo la conexión. Maya señaló un embudo — para escuchar — y otro — para hablar sin gritar — . Me conmovió la naturalidad con la que interactuaba con un trampero de la más

profunda Edad Media. Frieder se alegró de que yo siguiera vivo, y yo me alegré de que mi antiguo profesor siguiera vivo. Fui directo al grano: Bertha estaba gravemente enferma y tenía que hacer algo. Frieder me dio instrucciones claras y luego me llamó a su casa; tenía un laboratorio completamente equipado. Tomé muestras de sangre, saliva y orina, y le pedí a Maya que me explicara el camino. «Si no te entretienes, llegarás en cinco minutos». Memoricé cuidadosamente la ruta y la dirección y me marché a toda prisa.

Frieder era profesor emérito, pero seguía activo en la investigación. Me pidió que describiera los síntomas con detalle y enseguida se puso a trabajar. Reconocí algunas cosas, pero muchas otras eran nuevas para mí. Incluso tenía un microscopio y me dejó mirar, pero no pude ver nada. "¡Exacto, Otto, exacto! ¡Yo tampoco encuentro nada que pueda explicar la situación, ni remotamente!". Habíamos trabajado en el laboratorio durante cinco horas seguidas sin el más mínimo éxito. Le pregunté a Frieder dónde podía encontrar una buena enfermera. Hizo varias llamadas y tuvo éxito. "La mejor enfermera que conozco viene mañana a las 7. Es la mejor, ¡así que págale como corresponde!". Por supuesto, tuve que preguntar cuánto, y me dijo la cantidad; no era mucho. Le di las gracias a mi viejo amigo y me disculpé, diciéndole que algún día le contaría todo sobre mi vida con los nativos americanos, pero por ahora, corrí a casa. Me impulsaba la inquietud.

Maya había seguido mis instrucciones y había comprado una olla de caldo de res puro en un hotel cercano, y ya le había dado a Bertha una taza para que la bebiera caliente. Ahora Bertha estaba dormida. Maya me mostró una habitación contigua que había preparado para mí y el armario donde colgaban mis trajes viejos. Había encendido el calentador eléctrico hacía horas, pues sospechaba que querría bañarme. "¡Báñese, doctor, inmediatamente!" Tuve que estar de acuerdo con ella; la última vez que me bañé fue en el río de mi pueblo hacía una semana. Abrió el grifo del agua caliente y le pedí que no me tratara con formalidad, ya que compartía mi nombre y era prácticamente mi hijastra. Asintió en silencio y me dejó bañarme. Media hora después, estaba limpio, recién vestido, y colgué mi ropa de cuero estilo nativo americano; se enmohecería en el armario.

Catherine de la Meunière llegó temprano por la mañana con otra cuidadora con quien compartiría el turno de 24 horas. Maya le mostró la habitación. Diez minutos después, Catherine se hizo cargo, y le agradecí a Frieder. Era lo mejor que podíamos hacer por Bertha. Le tomaba el pulso, la presión arterial y su estado general cada hora. Maya le había dado a Bertha principalmente té, pero ahora había pedido caldo de carne, aunque no mejoró mucho. Le leía el periódico y hablaba con ella, pero dormía cada vez más, hasta 20 horas al día. Las cuidadoras hicieron lo que pudieron; Maya y yo nos mantuvimos al margen.

Al segundo o tercer día, Catherine vino a mi habitación por la noche; su colega se había hecho cargo. Tuvimos una conversación animada, ella sentada al borde de la cama y yo desnudo entre las sábanas. Notó que tenía una erección y el tema cambió rápidamente. Finalmente, Catherine me preguntó muy directamente si debía hacer algo. Sonreí y le dije que aún había sitio a mi lado. Se sobresaltó; en realidad había estado pensando en una masturbación. Negué con la cabeza; ese no era mi estilo. Catherine se quitó la gorra y sacudió su cabello castaño rojizo. Me miró a los ojos durante un buen rato y se desnudó sin decir palabra. Era una belleza impactante, un poco mayor que yo, tal vez de 48 o 50 años. Pero era una mujer, y en ese mismo instante me habría acostado incluso con Baba Yaga. Me dejó tener sexo con ella sin aspavientos, permitiéndome eyacular dentro de ella, ya que dijo que ya había pasado su mejor momento. Era muy complaciente y se masturbó hasta el orgasmo con un dedo mientras yo empezaba a eyacular. Se fue después de media hora y ha estado volviendo todas las noches desde entonces. No sé quién de los dos lo necesitaba más.

Tres semanas después, Bertha había muerto. Había insistido en tener un notario presente y en cambiar su testamento. Me nombró tutora única de Maya y dividió su herencia entre Maya y yo. Murió sin dolor; su vida simplemente se desvaneció. Me senté junto a su cama durante lo que pareció una eternidad, mientras nuestros momentos juntos en la juventud flotaban suavemente en mis pensamientos. Cuando finalmente me levanté, mi siguiente pensamiento — lo confieso con vergüenza — fue que el sexo placentero y casual con Catherine había terminado. Maya y yo organizamos el funeral, enviamos

telegramas a sus familiares en Viena y Praga, y luego nos quedamos junto a su tumba entre un centenar de dolientes. Un sacerdote, el alcalde y alguien a quien no conocía bien pronunciaron discursos: conmovedoramente honestos, los demás completamente engañosos. No me importaba; no tenía nada que decirles. Mis pensamientos no estaban con Bertha, sino con Minnehaha. Le hablé en silencio, diciéndole que tomara a Bertha de la mano y le mostrara el camino. Sabía que Minnehaha lo entendería. Hubo un festín donde comieron como cerdos detrás de los tipis y se bebieron el vino blanco en minutos como si fuera agua. Me mantuve completamente al margen y dejé a la pobre Maya sola con ese grupo de mentirosos. Me senté con Frieder en una mesa apartada, saqué el mejor whisky y bebimos discretamente en copas de vino, como todos los demás. Le conté a Frieder sobre mi tiempo con los sioux y cómo llegué a vivir con tres mujeres nativas americanas. Fue Frieder quien me presentó al joven escritor y reportero Emil Droonberg. También fue Frieder quien se unió a nuestras conversaciones y me sonsacó todos mis secretos. Originalmente, quería guardar para mí lo de Charly y John Craig; no había nada de lo que quisiera presumir. Pero Emil escribió una apasionante historia de crímenes al respecto.

Mi historia terminaría aquí, pero aún falta el final. El verdadero final.

Sin Bertha, la casa estaba sumida en un silencio sepulcral y desierta. Los dolientes se habían marchado, y le dije a Maya que dejara todo como estaba; Frieder había contratado a un equipo de limpieza para mañana. Los amigos piensan en esas cosas cuando uno está abrumado por el dolor y la despedida.

Estaba tumbada en la chaise longue leyendo el periódico, Maya en mi regazo, molestándome con preguntas de vez en cuando. Había decidido responderle todo con sinceridad y no recurrir cobardemente al francés. Le conté todo lo que Bertha me había dicho en francés. Maya se quedó pensativa. «Siempre lo supe y aun así me dejé engañar; Bertha lo quería así», dijo, e inmediatamente me di cuenta de que no había dicho «Mamá». «¿Lo sabías?», preguntó directamente, y negué con la cabeza. «Entonces, ¿Mamá era una puta porque se acostó con cientos y cientos de hombres?». Los ojos de Maya se llenaron de

lágrimas. Se las sequé. «Tonterías, Bertha no era una puta; le encantaba dar y recibir sexo. Era como comer y beber cuando tienes hambre. ¡Bertha no era ninguna puta!». ¿Acaso Maya percibió lo vacío y engañoso que sonaba? Necesitaba la verdad; se merecía la verdad. «Me escapé cuando murió Wilhelm y Bertha trajo a sus amantes a nuestra habitación». Los párpados de Maya temblaron, luego preguntó, alargando la pregunta: "¿Amantes?", y no tuve que pensarlo mucho. "Trajo chicas guapas a nuestra cama matrimonial, donde se besaba apasionadamente con ellas y tenía sexo". Una descripción concisa del último año de nuestro matrimonio. "Pero", continuó Maya, "besarse apasionadamente, eso lo sé por mis amigas. ¿Pero sexo? ¿Sexo de verdad?". Pensé un momento; no estaba seguro de lo que Maya sabía sobre sexualidad. "Sí", dije, "muchas mujeres tienen sexo entre ellas, se dan orgasmos mutuamente y se frotan clítoris con clítoris y tienen un orgasmo como cuando tienen sexo con un hombre". Había dicho demasiado; lo supe de inmediato. "¿Qué es un orgasmo? ¿Qué es un clítoris? ¿Y está bien que las mujeres tengan sexo entre ellas?". Ese es el castigo de Dios.

"Son tres preguntas, las responderé en un orden diferente, ¿de acuerdo?" Maya asintió y se puso boca abajo, apoyando la barbilla en las palmas de las manos. "El clítoris se encuentra encima de la vulva, y su tamaño varía desde el de un guisante hasta el de la punta de un dedo. Bertha tenía uno así de grande. ¿Me sigues? ¿Conoces tu clítoris?", pregunté, y ella negó con la cabeza al principio. Luego bajó la mirada. "Creo que sí, pero no estoy segura. Tengo un punto que casi nunca toco porque inmediatamente tengo ganas de orinar. ¿Eso es el clítoris?" Asentí; lo era. "Y eso nos lleva a tu segunda pregunta. Cuando las mujeres se tocan el clítoris repetidamente, experimentan un orgasmo. Muchas mujeres describen el orgasmo como una pequeña explosión o un calambre muy placentero que termina en unos segundos. A las mujeres les encanta el orgasmo, y algunas lo experimentan cuando su pareja las penetra." Hice una pausa y pensé en una buena respuesta. Bueno, muchas mujeres se acuestan con otras mujeres, y en aquel entonces, cuando despreciaba a Bertha por eso, era exactamente lo mismo que si me engañara con un hombre. En aquel entonces veía las cosas de forma muy limitada porque así me criaron. Aprendí de los nativos americanos que solo se puede traicionar y engañar al amor con el corazón. Y que la intimidad física no es traición.

Pude ver en los ojos de Maya lo extraño que le parecía aquello. “Así es como pienso hoy, después de 20 años con los nativos americanos. Me enseñaron muchas cosas, incluyendo esto”. Sabía que algún día tendría que contarle a Maya sobre las tres mujeres nativas americanas, pero no ahora.

“¿Qué sentiste cuando Bertha llevó a las chicas a la cama matrimonial?” Lo pensé durante un buen rato. ¿Cuál era la verdad? “En realidad, fue como se sentiría cualquier hombre. Los dos se hicieron el amor de todas las maneras posibles, se abrazaron y se besaron como un matrimonio. Se hicieron el amor con los dedos, se lamieron el clítoris hasta el orgasmo, o se follaron clítoris contra clítoris y gritaron de placer y orgasmo. Ver eso excita a cualquier hombre; lo despierta a tal lujuria sexual que lo único que quiere hacer es follar.” Pude ver los pensamientos de Maya acelerados. Me miró. “¿Así que tu único pensamiento era follar?” Dios mío, ¿qué más?

No tenía nada que ocultar, aunque fuera algo muy privado. “¡Me estás preguntando algo muy privado, muchacha! Pero no estoy ocultando nada. Me acosté con todas sus amantes. Bertha no quería acostarse conmigo en aquel entonces. La mayoría de las amantes me dejaban acostarme con ellas con placer; a algunas no les gustaba nada, pero no toleraba ninguna disidencia. Si se acostaban con mi mujer, ¡más les valía acostarse también con su marido! Muchas lloraron desconsoladamente porque las desfloré. En aquel entonces, era un hombre muy egocéntrico y despiadado. Ya no lo soy.” Maya me miró ahora con ojos felinos. “¡Pero Catherine, te la acostabas todas las noches, Otto!” Asentí en silencio, sin estar seguro de si nos había oído o si solo había visto lo obvio. Fui a mi antigua oficina y volví con el atlas del cuerpo humano. Le enseñé a Maya los genitales y le expliqué todo, incluyendo la masturbación, el coito y el comportamiento sexual de las parejas casadas entre sí. Cenamos muy tarde y nos fuimos a dormir.

Apenas terminé de leer y apagar la luz, la puerta se abrió. Maya, con un camisón corto, abrazaba una almohada gruesa. “¿Puedo dormir contigo, Otto? ¡No me gusta estar sola!”. Se deslizó bajo mis sábanas y descubrió que estaba desnudo. Se quitó el camisón y se pegó a mí, desnuda. Yo ya me estaba quedando dormido, y Maya seguía

observando mi cuerpo con curiosidad. Cuando desperté por la mañana, ya no estaba.

Maya venía a mi cama todas las noches y se iba por la mañana. Durante semanas, exploró mi cuerpo con curiosidad, especialmente mi pene. Tímidamente me pidió que le enseñara a masturbarse, y tenía un orgasmo cada vez. Después, quiso aprender a masturbarme, y eso también le llevó solo unos minutos. Durante el día, le enseñé a calcular sus días fértiles según su menstruación. Comprendió lo importante que era para ella poder decidir por sí misma si quería quedarse embarazada.

Logré convencerla inmediatamente después de la muerte de Bertha de la importancia de tener habilidades. Me convertí en médico y leñador, y ahora podía vivir principalmente de la fortuna de Bertha y dedicar mi tiempo a un trabajo significativo en el laboratorio de Frieder. Maya eligió cursos para aprender a usar el teléfono, taquigrafía, mecanografía y, en cursos más cortos, redacción de cartas comerciales. Esto le brindó varias profesiones relevantes entre las que elegir si algún día quería trabajar. Sabiendo lo enorme que era la fortuna, no tenía inconveniente en que no quisiera comprometerse por completo con una carrera. Frieder y yo no teníamos problema con que Maya pasara la mayor parte del día con nosotros. Estudiaba medicina por su cuenta, ya que a las mujeres no se les permitía estudiar medicina en ese entonces. Frieder y yo competíamos por formar a nuestra querida joven para que fuera médica. ¿Quizás algún día?

Pero volvamos a Maya, a mí y a su recién descubierto conocimiento sobre la masturbación. Se acostaba conmigo todas las noches, llevándome al orgasmo y presionando su cuerpo contra el mío para masturbarse. Hacía tiempo que le había contado cómo había vivido con tres mujeres nativas americanas en una tienda hecha de pieles de animales. Siempre quería oír hablar de mi experiencia con la vida sexual de las mujeres y de sus diferencias sexuales. Me gustaba hablar de ello, porque solo había pasado un año desde que dejé Minnewanna y White Feather. Le describía a Maya el sexo con las tres mujeres nativas americanas con bellos y detallados detalles porque me gustaba recordarlo y eso mitigaba mi sentimiento de pérdida. A menudo pensaba en volver con ellas, pero nunca lo conseguí.

Pasaron los meses, Maya y yo yacíamos uno al lado del otro como hermanos, y a la hermana le encantaba masturbarnos a ambos. Un día, Maya me sorprendió.

Ella quería follar, follar de verdad.

Inicialmente me mantuve firme. Aunque había asimilado profundamente las creencias de los nativos americanos, Maya y yo vivíamos en la realidad estadounidense. Y, sin importar lo que se pudiera pensar sobre la moral sexual, a menudo intolerante y retrógrada, de los estadounidenses, Maya vivía en esa realidad. Maya sabía, por supuesto, lo importante que era para las clases altas que una chica permaneciera virgen hasta el matrimonio. Discutimos sobre esto durante varios días; cada vez me resultaba más difícil no pensar como un sioux, sino defender una institución estadounidense en contra de mi propio juicio. Mi comportamiento extraño contribuyó a que Maya se aclarara y finalmente tomara su decisión. Introduje descuidadamente la palabra "incesto" en la conversación y recibí una risa sarcástica. "Otto, no eres mi padre biológico, no compartimos ni una gota de sangre. Y si alguien pregunta, ¡que se largue!".

Maldita sea, cada día se volvía más real. Maya se sentó sobre mis muslos y, juguetonamente, guió mi pene, mi glande, hacia su vagina. El momento había llegado. La acosté boca arriba, me coloqué entre sus muslos y los separé bien. La besé en la boca, nuestras lenguas jugando juntas como siempre. La penetré y Maya contuvo la respiración. Su himen se rasgó bajo la presión y follamos por primera vez, y luego hasta el fin de mi vida (espero). Para resumir, ella rara vez tenía un orgasmo, a diferencia de las mujeres nativas americanas, y tenía que usar su dedo, durante o después del sexo. Estaba contenta con el pene envejecido de Otto; tal vez incluso lo amaba. Después de un tiempo, le enseñé a follar como una mujer sioux, y ahora casi siempre tenía un gran orgasmo, y lo amaba.

Los jóvenes que se cruzaron en su camino no eran rival para aquella brillante joven. Se quedó con Frieder y conmigo, aprendió los entresijos de la medicina con nosotros y hacía de enfermera cuando atendía a un paciente. No fue hasta principios del nuevo milenio que pudo matricularse en la facultad de medicina, y en 1901 recibió su

título de médica del estado de Massachusetts. Todavía hoy me acompaña en mi cama y, a los 37 años, dio a luz a dos preciosos gemelos, Eric y Marc. Dos años después llegó la encantadora Alice, y los tres me llamaban respetuosamente abuelo, aunque sabían que eran mis hijos. Los tres estudiaron medicina y se convirtieron en médicos en la consulta de Maya.

Maya transcribió la historia que Otto le dictó y la guardó a buen recaudo hasta el final de su vida.

• • •

La Pasión de Santa Carmen de Toledo

von Jack Faber © 2023

María, quien más tarde se convertiría en Santa Carmen, nació alrededor del año 1005 en un suburbio de Toledo, ciudad entonces ocupada por los moros. La ciudad había caído sucesivamente entre cristianos españoles y musulmanes, pero ahora estaba firmemente en manos moras. María creció allí como todas las niñas españolas; su padre solía estar ausente durante meses, siendo un guerrero muy solicitado en las provincias del norte, luchando contra los moros en los ejércitos cristianos. Su hermano menor, Don Jaime, de 18 años, se había quedado en Toledo para proteger a la familia. La madre de María la preparó meticulosamente para una futura vida religiosa. Era una mujer devota, muy casta y, por lo tanto, muy reservada en sus asuntos.

La madre insistía en que María debía preservar y proteger su virginidad a toda costa. Un día, bajó al río y vio a los niños jugando. Se tocaban los genitales; algunos tenían relaciones sexuales y otros les hacían una felación a los chicos. María, de doce años, estaba entre ellos, intentando tocar el pene de un niño. Su madre la tomó de la mano y la llevó a casa. Le recordó a su hija que los niños mayores estaban haciendo algo malo al tener relaciones sexuales entre ellos como si fueran parejas casadas. Nunca debía hacer eso, le advirtió su madre; estaba destinada a ser la Novia de Cristo y no debía permitir que los chicos tuvieran relaciones sexuales con ella. María respondió tímidamente que lo sabía y que, si bien dejaría que cualquier chico que quisiera tener relaciones sexuales con ella se acostara encima, solo se le permitía penetrarla y eyacular entre sus muslos, y a algunos incluso se les permitía eyacular dentro de ella. La madre se horrorizó: ¡qué fácil era que una novata como ella perdiera el control y se rompiera el himen! Sería más prudente hacerlo a mano para el niño, y ella le enseñaría enseguida. Antes de que María pudiera responder

que ya lo hacía, su madre llamó a Don Jaime y le dijo que le enseñaría a hacerlo a mano.

Don Jaime entró y las sospechas de María se confirmaron. El joven ignoró a su hija y besó a su madre directamente en los labios, sus lenguas entrelazándose apasionadamente a la francesa. La empujó sobre el gran baúl frente a la cama matrimonial y, mientras se besaban, le desabrochó el cinturón, de modo que su vestido se abrió, dejando al descubierto el cuerpo desnudo de su madre, su vientre redondo y embarazado, y sus pechos llenos. María rara vez había visto a su madre desnuda y la miró con curiosidad. La madre apretó sus muslos desnudos contra Jaime y se echó hacia atrás. Estaba tan excitada por el beso francés que también se olvidó de su hija. Desabrochó la bragueta de Jaime, tomó su pene en la mano y lo introdujo en su vagina. María se quedó paralizada, observando por primera vez cómo su cuñado se acostaba con su madre. Don Jaime era el único de toda la familia con cabello rubio claro, igual que sus hermanos menores, los gemelos rubios. La constatación de que los gemelos eran hijos de Don Jaime impactó a María como un rayo.

La madre recobró el sentido en ese momento y detuvo a Jaime, que estaba a punto de eyacular. Le sacó el pene, dejando un gran agujero en su vagina, que poco a poco se cerró de nuevo, y le dijo a Jaime que quería enseñarle a María cómo hacerle una paja. Don Jaime gruñó un poco y asintió. La madre hizo una seña a María para que se acercara. Le mostró cómo hacer la paja, y María asintió al poco rato; lo había entendido, susurró casi inaudiblemente. La madre le tomó la mano y la dejó agarrar el pene. “Ahora bien, adelante, ¡deja que el señor, tu tío, se corra de verdad!”, dijo la madre, y María lo agarró con fuerza. Antes solo había frotado penes pequeños y delgados de chicos, y ahora estaba frotando el pene de un hombre adulto. Pero sabía exactamente qué hacer; frotó el pene de Jaime con enérgica devoción. Gruesas y prominentes venas se entrecruzaban en su pene. María deslizó diligentemente el prepucio hacia adelante y hacia atrás sobre el glande. — Está a punto de eyacular — murmuró María, con la voz cargada de emoción — . ¡Siento cómo se endurece y está a punto de eyacular! — Con una mirada tímida a su madre, preguntó — : ¿Puedo dejar que eyacule en mi hendidura? — pero su madre simplemente se encogió de hombros con indiferencia. Rápidamente,

María se levantó la falda y vio el brillo codicioso en los ojos de Jaime mientras frotaba su grueso glande rojo oscuro contra sus labios, presionándolo contra su abertura vaginal. Solo tuvo que frotarlo unos minutos más antes de que Don Jaime eyaculara en ricos chorros blancos entre sus labios en su abertura vaginal. Su madre estaba muy complacida y lo dijo en voz alta.

Se dio cuenta, por supuesto, de que su amante aún no había terminado y mandó a María afuera, diciéndole que cerrara bien la puerta tras ella. Acostumbrada a que su hija siempre siguiera instrucciones, obedeció. María cerró la puerta primero y luego la abrió sigilosamente un poco. María estaba espiando por primera vez; apenas había llegado a la edad en que se interesaba por el sexo. La madre dejó caer su vestido por completo. Tenía 30 años, una figura normal, su pequeño vientre de embarazada se curvaba con gracia bajo sus pequeños y llenos pechos, y su cabello negro le caía sobre los hombros. Su vulva, bien abierta, aún brillaba húmeda por su breve encuentro, y separó sus labios vaginales varias veces para prepararse para el coito. Le bajó los pantalones a Jaime hasta las rodillas y dejó que la penetrara mientras ella estaba sentada sobre su pecho. María estaba bastante excitada cuando su pene penetró profundamente en su vagina y luego se movió suavemente hacia adentro y hacia afuera. María observaba sin aliento, sorprendida de ver a su madre masturbándose mientras era penetrada. Siempre había pensado que era su descubrimiento, su propio secreto privado, masturbarse en secreto. Su madre le provocó el orgasmo en el momento en que Jaime comenzó su último esfuerzo. El orgasmo disminuyó muy rápido, y entonces ella le agarró las nalgas y lo atrajo hacia sí. Jaime intentó retirarse antes de eyacular, pero ella lo empujó de nuevo hacia adentro. “¡Adelante, correte, cariño, tal vez sean gemelos otra vez!”, jadeó juguetonamente, y María ahora tenía su confirmación. Los dejó inmediatamente después de que Don Jaime terminara y retirara su pene.

La madre a menudo estaba embarazada, pero nunca tuvo otro hijo vivo; la mayoría nacieron muertos o sufrieron abortos espontáneos a los pocos meses. Solo tuvo a María con su marido y a los gemelos con Don Jaime. Cada pocos meses, el padre volvía a casa por unos días. Tres veces al día, la vieja choza temblaba y rugía por la intensidad de su sexo con la madre. Mientras tanto, María se sentaba afuera con

Don Jaime, quien le había enseñado a besar a la francesa. Se besaban hasta que él no podía más, para eyacular o para tener sexo. Sexo, decidió María, y escuchaban a sus padres teniendo sexo. María le hizo una felación a Don Jaime un par de veces porque él quería, o le dejaba tener sexo entre sus piernas y eyacular dentro de su vagina; en realidad, ella prefería eso. Y Don Jaime sabía perfectamente que no podía desflorar a la niña.

Originalmente fue María quien se fijó en el amante de su madre. Se aprovechó de su indefensión cuando su padre regresó a casa por unos días y, por supuesto, se acostó con su madre. Don Jaime era un desgraciado, pero su hermano mayor y su posición eran intocables. María le ofreció una felación, con toda inocencia, y no solo cuando su padre estaba distraído, sino siempre que su madre no miraba. María le hacía una felación cada vez que se presentaba la oportunidad y hacía que su tío eyaculara dentro de ella cada vez. Lo convenció, porque era el único del que estaba enamorada en ese momento. Poco a poco, logró que se olvidara de la felación y que la penetrara entre sus muslos, eyaculando dentro de ella. Sí, fue aún más lejos en su obsesión.

Ella logró que la penetrara por la abertura vaginal todo el tiempo, en lugar de entre sus muslos, y que eyaculara dentro de ella. Fue un paso más allá: él era el único al que se le permitía presionar su glande contra la abertura de su himen y eyacular profundamente dentro de ella. A nadie más se le permitía hacerlo.

— Dame un hijo, tío — le susurró al oído después de que él eyaculara dentro — . ¡Dame un hijo! Don Jaime estaba asombrado por su ingenuidad; ¡la niña ni siquiera había tenido su menstruación! Pero le susurró al oído: — Con mucho gusto te daría un hijo, princesa — susurró el mujeriego — . ¡Solo tienes que dejarme entrar bien! María vaciló durante días. Luego se decidió. — Vamos, tío, adelante, penetrame, ¡quiero un hijo! Abrió bien las piernas para que Don Jaime entrara. ¡Al diablo con su madre y su obsesión con el himen maldito!

Pero entonces ocurrió uno de los primeros milagros en la vida de María. Los ángeles hicieron que su himen se volviera impenetrable. Por mucho que él intentara penetrarla, los ángeles lo detuvieron con

todas sus fuerzas. Empujó con todas sus fuerzas, pero el himen se estiró hasta el punto de romperse, y sin embargo, no lo hizo. Ambos quedaron completamente desconcertados y se persignaron: ¡era obra del diablo! A partir de entonces, él tuvo relaciones sexuales con ella hasta que el himen se estiró hasta el punto de romperse, y eyaculó a través de la abertura suficientemente grande en su vagina.

Engañaron a la madre durante años sin que ella sospechara nada. Don Jaime guardaba suficiente semen para eyacular dentro de ella sin inhibiciones, y María a veces le contaba sobre sus encuentros sexuales a la orilla del río, así no tenía que mentir. Pero ahora, cuando María espiaba a su madre, la consumían los celos. Le costó mucha fuerza y honestidad admitir que ella era la verdadera ladrona. Aun así, a menudo se tiraba en la cama y sollozaba contra la almohada.

María tenía una visión muy ambivalente de su madre. Por un lado, era profundamente religiosa, rezaba mucho y todos elogiaban su castidad, su vida virtuosa y libre de escándalos, y sus frecuentes embarazos para dar súbditos a los Reyes Católicos. Por otro lado, su madre se acostaba con cualquiera que pudiera pagar tres monedas de plata. El panadero y el carnicero, el monje y el portero: se acostaba prácticamente con cualquiera. Su corazón pertenecía únicamente a su padre y a Don Jaime, ni siquiera a Abraham el Cuchillo, el platero, que venía una vez por semana y era uno de los pocos que lograba hacerla llegar al orgasmo.

Cuando María tenía catorce años, se dio cuenta de lo mal vestidas que estaban ella y los gemelos; usaban los mismos harapos año tras año. María no se lo comentó a su madre. Mandó hacerse un vestido nuevo y pantalones nuevos para los gemelos, junto con blusas de lino blanco. También mandó hacer un hermoso vestido para su madre. Metió la mano sin que nadie la viera en la olla donde su madre escondía las monedas de plata. La miró a los ojos y justificó su decisión. Su madre quedó encantada con el vestido nuevo e ignoró el robo de María a su tesoro. A partir de entonces, María se aseguró de que los cuatro siempre estuvieran bien vestidos. Nadie la volvió a llamar la Princesa de los Trapos.

Una vez, cuando su padre se había ido de nuevo al ejército, María oyó a su madre responder a la pregunta de Don Jaime, que su padre tenía un pene enorme, como el de un caballo, y que era increíblemente bueno en la cama. María se estremeció, pues nunca había visto el pene de su padre, y su mente se llenó de fantasías extrañas. Había visto un par de veces cómo sus amigas se colaban sigilosamente en el establo y masturbaban al caballo. El pene era enorme, tan largo como un brazo, y no se ponía completamente erecto, pero eyaculaba en chorros ricos y firmes sobre el suelo. ¡Las chicas gritaban de placer! María imaginó a su padre exactamente igual y de repente comprendió por qué su madre gritaba de lujuria cuando él hacía temblar la casa. Pero la sexualidad se alimenta de ser llevada cada vez más lejos. Las amigas pronto se cansaron de masturbar al caballo. Una de las amazonas, la líder del grupo que a veces atacaba a los chicos en la orilla del río con fuertes gritos y los violaba, esta líder llamada Avala había decidido dejar que el semental llamado Rodrigo la follara. El simple anuncio le valió puntos extra: ¡qué mujer tan valiente! Dejó que su vestido se deslizara hasta el suelo y se arrodilló desnuda bajo el vientre del animal. Las dos chicas, que habían estado masturbando el pene del semental y este lo había extendido hasta la longitud de un brazo, ahora introdujeron laboriosamente el eje semiblando unos centímetros en la vagina de la chica. El caballo giró la cabeza y miró estúpidamente a las pequeñas humanas: ¿qué querían? Rodrigo no la estaba follando, ni siquiera un poco, ¿por qué lo haría? Las chicas lo masturbaron y lo dejaron eyacular dentro de Avala. Cuando sacaron su pene, su semen salió de ella. María se sintió mal y vomitó en el suelo. Esta versión de follar fue interesante por un tiempo; María se había resignado de alguna manera al hecho de que todos encontraban increíblemente atrevido que la líder dejara que el semental eyaculara dentro de ella. Pero el interés disminuyó un poco. Ahora persiguieron al semental, que había eyaculado de buen humor en la vagina de la amazona, hasta una yegua. Una de ellas levantó la cola de la yegua y la sostuvo en alto; empujaron al semental con sus fosas nasales contra la hendidura de la yegua, y su pene se puso erecto de inmediato. La yegua no lo quería y pateó con fuerza, pero el semental sí. ¡Sí, esto era real! Sacó su pene y montó a la yegua. Las muchachas, con fuertes gritos, empujaron su pene dentro de la yegua. El semental cumplió con su deber, y después de poco tiempo, las muchachas gritaron: “¡Está eyaculando, está eyaculando!”.

María observó el espectáculo sin aliento; ¡así que este era el padre montando a la madre y haciendo temblar la cabaña!

Unos días después, Avala cambió de estrategia. Le pidió a María, que era más fuerte que Luzia, que sujetara el pene de Rodrigo para que no la empalara como el día anterior. Luzia no había sujetado bien el pene de Rodrigo cuando el tonto se dio cuenta de su tarea y empezó a follar como es debido. Avala se salvó moviéndose hacia adelante para que no le metiera el pene del todo. Avala cogió un banco y se tumbó boca arriba; quería que la follaran por delante. María y Luzia se arrodillaron a cada lado de ella, Luzia frotando y preparando el pene. Avala puso una pierna sobre el hombro de Luzia y la otra sobre el de María. María guió el pene hacia el agujero de Avala, aproximadamente a la profundidad de una mano, y luego lo sujetó con firmeza. El semental Rodrigo, por supuesto, sabía exactamente qué hacer y empezó a follarla con fuerza. María lo sujetó con firmeza, y cuando sintió que la pierna de Avala empezaba a temblar, frotó el clítoris de Avala con la palma de la mano. Rodrigo eyaculó, y el temblor de Avala cesó. María y Avala intercambiaron una mirada, y Avala asintió; quería continuar. María guió su pene de nuevo, un poco más adentro. Mantuvo un ojo atento en la pierna de Avala y frotó su clítoris con la palma de su mano. Rodrigo eyaculó de nuevo, y Avala estiró sus piernas temblorosas; entonces terminó. Mientras las chicas llevaban al semental hacia la yegua, Avala permaneció sentada, aturdida. Las lágrimas corrían por sus mejillas, que se secó distraídamente. Estaba completamente exhausta y triste; María lo notó. María se sentó a su lado y, después de un rato, le preguntó cómo había estado.

Avala respondió en un susurro: “¿Conoces a Enrico, el portero, el hombre negro grande? A veces lo hago follarme con dos monedas de plata. Tiene una polla tan grande como la del semental, pero me folla durante mucho tiempo, tal vez un cuarto de hora, hasta que tengo un orgasmo, entonces dejo que se corra dentro de mí. ¡Es el mejor follador de todos, te lo aseguro! Y Rodrigo, me folla durante demasiado poco tiempo, se corre después de solo un minuto, eso es demasiado corto para tener un orgasmo. Si no me hubieras frotado con el talón de tu mano, no me habría corrido.” Avala guardó silencio, y después de un rato María preguntó si creía que era normal follar con el semental. Avala sonrió ampliamente: “¿Crees que soy la única?!” María

no hizo más preguntas, aunque le hubiera gustado saber quién más dejaba que el semental la follara. Esto continuó durante mucho tiempo; María se aseguraba de que Avala no se quedara atascada y de que alcanzara el orgasmo al segundo o tercer intento. Por la noche, le susurraba al oído a Pablo sus experiencias con Avala, lo que lo excitaba intensamente, y él llegaba al clímax con una eyaculación poderosa y maravillosa. No se lo contó a nadie más, ya que podría haber sido considerado muy indecente. Avala pronto aprendió a no quedarse atascada, y Rodrigo aprendió que ella podía marcar el ritmo de su coito con los talones contra sus flancos. María frotaba el clítoris de Avala con el dedo, provocando su orgasmo justo en el momento en que Rodrigo eyaculaba. Las chicas llevaban a Rodrigo por el establo, a lo largo de la hilera de yeguas, observando en cuál mostraba interés, y también se aseguraban de que montara una yegua diferente cada día. María, sin embargo, se quedaba con Avala y se arrodillaba a su lado. Avala también sabía besar al estilo francés, y se besaban apasionadamente como amantes. Después de follar con Rodrigo, a Avala le encantaba que María la masturbara, sus pantorrillas y muslos temblaban mientras se acercaba al orgasmo. Estiró las piernas en un orgasmo y besó a María con gratitud. Esto duró unos seis meses, hasta que Avala fue sorprendida siendo follada por Rodrigo. La mujer se persignó y corrió gritando hacia la madre de Avala, quien simplemente se encogió de hombros con indiferencia. Su hermano, sin embargo, quien follaba a Avala noche tras noche, la golpeó hasta dejarla inconsciente e incluso le dejó un ojo morado. Eso puso fin a la follada con Rodrigo. O eso parecía. Avala no pudo resistir la tentación de dejar que Rodrigo la follara cada pocas semanas, solo que ahora dos chicas hacían guardia fuera del establo. Nunca más la volvieron a pillar. Avala ya no necesitaba a una chica que le sujetara el pene a Rodrigo. Ella misma lo animaba con los talones y dejaba que el semental la follara bien, con mucha fuerza; ahora podía controlar muy bien hasta dónde le permitía penetrar. La mayor parte del tiempo ella era quien le follaba el pene, extremadamente activa, empujando al tonto de Rodrigo hasta que se excitaba y se entregaba por completo. Las amigas observaban sin aliento cómo Avala follaba al semental con furia hasta que él se excitaba por completo y la follaba a fondo. María comunicaba con miradas si debía estimularse el orgasmo con el dedo, pero a menudo era innecesario. Los amigos llevaron a Rodrigo a las yeguas, Avala y María se levantaron del banco y se tumbaron des-

nudas sobre las balas de paja. Se besaban sin cesar, y María solía masturbar a Avala, pero no muy a menudo al revés. Avala quería seducir a María para que le lamiera el clítoris, pero a María le repugnaba la idea. Rara vez podía impedir que Avala la lamiera a pesar de sus protestas. Por un lado, le repugnaba, pero por otro, tenía orgasmos maravillosos y potentes y, avergonzada, escondía su rostro enrojecido contra los pechos de Avala. Solo abandonaron esa sesión de amor vespertina cuando María entró en el convento.

Años después, se reencontró con Avala en un burdel. Se abrazaron, pero la pasión había desaparecido. Una era una esposa de Cristo y la otra se vendía por unas monedas de plata. Carmen cuidaba del hijo de Avala mientras esta, al fondo de la habitación, se dejaba seducir por un hombre tras otro. Naturalmente, estaba cautivada por la sensualidad de Avala. Felipe, el hijo de cinco años de Avala, fruto de su relación con su disoluto hermano, era un niño dulce e inteligente que ya se había aprendido de memoria cientos de oraciones en latín de la hermana Carmen, además de algo de latín eclesiástico, por lo que comprendía el significado de las oraciones. Carmen amaba profundamente a Felipe.

Estos primeros años estuvieron cada vez más marcados por la actividad sexual. Todos los días, María tenía sexo entre sus muslos junto al río. Dejaba que los chicos mejor portados eyacularan dentro de su vagina, donde se les permitía eyacular a través del agujero que Don Jaime seguía ensanchando. A los demás les hacía una paja para que terminaran. Se masturbaba todas las noches, y los gemelos la observaban. Crecieron y se les permitió introducir sus pequeños penes a través del agujero de su himen, pero no había sexo propiamente dicho, solo chillidos y risas estridentes. Cuando finalmente lograban eyacular, se sentaban sobre los muslos de María, uno a cada lado, y la observaban con avidez mientras se masturbaba, frotando sus penes en competencia. María siempre se reía cuando alguno de ellos conseguía eyacular sobre su vulva.

María le decía a su madre que solo les hacía felaciones a los chicos, ocultando que les permitía a muchos de ellos follarla y eyacular entre sus muslos. Mantenía los ojos cerrados, imaginándose siendo follada por Don Jaime. Solo les permitía tocar sus labios vaginales con el

glande durante el sexo y eyacular sobre ellos. Muy rara vez, cuando estaba completamente absorta en el sexo con el tío Jaime, uno u otro glande se deslizaba dentro de su abertura vaginal para eyacular a través de ella. Pero ella seguía siendo virgen, firme en su devoción.

A los 17 años, entregó a su madre al convento.

Una de las monjas la examinó y confirmó a la Madre Superiora que era *una *virgo intacta** , una verdadera virgen. La Madre Superiora entonces dejó que todos se fueran y mantuvo la conversación privada. La Madre Superiora había sido duquesa y había llevado una vida muy mundana, con muchos, muchísimos, amoríos, y había ingresado en el convento tras la muerte del duque. Ahora quería saberlo todo sobre María; tenía que contárselo todo. Sobre jugar junto al río, sobre las masturbaciones y los chicos a los que se les permitía eyacular entre sus muslos o a través de su orificio. No mencionó a Don Jaime ni a la Madre Superiora en absoluto, pero admitió, cuando la Madre Superiora la interrogó, que había estado tumbada en la paja con Avala durante un año, provocándole un orgasmo con el dedo y besándola como una pareja enamorada. Bajó la mirada al suelo, avergonzada. No, su amiga rara vez usaba el dedo; prefería usar la lengua. Y no, continuó, nunca había lamido a su amiga porque le daba asco. La Madre Superiora asintió y dijo que sabía exactamente de qué hablaba María. ¿Y con qué frecuencia lo hacía ella misma?, preguntó la anciana, riendo. “Todas las noches, Reverenda Madre”, dijo María con voz dócil, “todas las noches hasta que me canso y me duermo”. “¿Sola?”, preguntó la anciana con severidad, y María asintió. “Bueno, los gemelos a veces miran, pero no se les puede prohibir a los pequeños que hagan eso”. La anciana, cuya edad María no pudo adivinar y que debía tener entre 70 y 100 años, juntó las yemas de los dedos. “La masturbación, es decir, cuando uno se la practica a sí mismo, es un pecado, siempre debe confesarse. Pero yo también fui joven y sé lo intenso que puede llegar a ser el deseo de liberación”. “¡Entonces, hazlo en secreto y no hables de ello!”. La anciana duquesa esperó hasta que María asintió en señal de acuerdo. «Nuestros clérigos son hombres bajo sus sotanas, querida María, y puesto que deseas ser esposa de Cristo, te amonesto. Los hombres son hombres; querrán acostarse contigo, todos y cada uno de ellos. Lo llevan en la sangre, así que es perdonable. ¡Pero resístete, aléjate de ellos! Lo que

puedo permitirte, con la conciencia tranquila, es que los masturbes. Eso no es pecado, no hay vergüenza, y es suficiente para la gran mayoría. Te recomiendo que lo hagas; me parece perfectamente bien. Pero si alguno de ellos te exige demasiado, mándalo al diablo, o mejor aún, a mí. ¡Me temen más a mí que al diablo, je je!». La risa de la anciana arrugada y fea era tan venenosa y espantosa que le heló la sangre a María.

— ¡María, María! Todas las hermanas aquí se llaman María, algunas como primer nombre, la mayoría como segundo. Por lo tanto, te doy un nuevo nombre, el nombre que llevarás de ahora en adelante como hermana: ¡Carmen! María objetó que solo se convertiría en hermana después de dos años como novicia, pero la Madre Superiora desestimó la objeción como si fuera una mosca molesta. — Novicia Carmen, entonces, correcto, pero luego Hermana Carmen. — La audiencia había terminado. — Si tienes alguna pregunta que las demás no puedan o no deban responder, ¡ven a mí, Carmen! — Carmen hizo una profunda reverencia y besó la mano arrugada de la anciana.

La novicia Carmen era profundamente religiosa; aprendió cientos de oraciones en latín y algo de latín eclesiástico. Durante el día, trabajaba diligentemente en el huerto y en el jardín de verduras y hierbas. Al acostarse, cerraba los ojos para adorar a su esposo celestial y contemplar su cuerpo desnudo. Anhelaba con todo su corazón convertirse en su esposa y entregarse a él con todo amor, ser poseída por él y su pene con dulce devoción. Estas eran las fantasías más hermosas y fervientes a las que se entregaba mientras se masturbaba. Por las mañanas, se levantaba dos horas antes que los demás, se arrodillaba en la capilla y mantenía su comunión erótica con su amante celestial.

Dos años después, completando su formación, hizo sus votos solemnemente y se entregó a sus deberes. Como algunas de las otras hermanas, pasaba sus días en tabernas de mala reputación y numerosos burdeles, rezando con los pecadores. A menudo, tenía que sentarse en un taburete y esperar a que la prostituta y el hombre terminaran de tener relaciones sexuales. Dejaba que las cuentas de su rosario se deslizaran entre sus dedos y observaba el acto con interés. No se le permitía participar, pero nadie le había prohibido mirar. Por

lo general, lograba organizarse para poder ver el acto de principio a fin. Claro que sabía que al diablo le habría encantado tentarla para que se masturbara en secreto mientras miraba, pero se mantuvo firme y desafió al corruptor. Cada prostituta tenía relaciones sexuales a su manera, y cada hombre también. Era, en general, una forma muy humillante de ganar dinero, pero ningún hombre se atrevía a engañar a la chica cuando ella se sentaba a su lado con semblante severo. Estas imágenes excitantes le permitían fantasear maravillosamente mientras se masturbaba por la noche. Sabía que solo se entregaría al Señor del Cielo. Noche tras noche, soñaba con entregarse al Señor, de una manera más íntima y apasionada que cualquier prostituta que viera teniendo relaciones sexuales. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo era el pene del Señor celestial, porque había visto cientos de penes, y casi ninguno era igual a otro.

Una vez que el hombre salió de la habitación, ella comenzó sus oraciones mientras la muchacha se limpiaba la vulva con un trapo. Muy pocas de sus feligresas eran ancianas y desilusionadas a las que no les importaba la oración. La mayoría eran jóvenes y bonitas, esposas rechazadas o muchachas sin protección ni tutores. La mayoría se masturbaba después del sexo porque eran seres perfectamente normales y naturales, con sentimientos y sensaciones que naturalmente se excitaban un poco durante el sexo y necesitaban liberar esa excitación. A Carmen no le sorprendía en absoluto que algunas se masturbaran diez o quince veces al día, después de cada encuentro. Era amable con todas, como una hermana cariñosa, porque muchas necesitaban a alguien con quien hablar o que cuidara a su bebé mientras ella iba a ganar dinero. La hermana Carmen era muy popular entre las prostitutas, de eso no cabía duda.

Incluso siendo novicia, pronto la obsesionaron las predicciones de la Madre Superiora. Sin excepción, cada penitente que acudía al convento a confesarse, cada monje y cada diácono, le preguntaban en voz baja si les permitiría tener relaciones sexuales con ella. Ella sonreía y se negaba, diciendo amablemente que solo podía usar su mano, pero que era excelente en ello. Ningún hombre intentó forzarla ni se volvió tan insolente como para que tuviera que amenazarlo con la Madre Superiora. Iban en silencio a un rincón tranquilo, ella sacaba su pene de debajo de su hábito y le daba placer. Se levantaba el hábi-

to y guiaba su pene hacia la abertura vaginal, permitiéndole eyacular dentro; a todos les gustaba. Si una monja pasaba por allí, echaba un vistazo rápido a la escena y seguía su camino. No era nada fuera de lo común: una novicia que se había subido el hábito, se había frotado el pene entre los muslos desnudos y le había permitido eyacular dentro de ella. Carmen no era la única que les hacía una felación a los sacerdotes y hermanos; todos lo hacían.

Una o dos veces al mes, un obispo u otro dignatario de alto rango visitaba el convento y se alojaba durante algunas noches. La Madre Superiora solía asignar a Carmen para que lo atendiera; conocía bien a sus monjas. Carmen había aprendido buenos modales de su madre, y los caballeros de alto rango, en su mayoría miembros de la nobleza, la elogiaban por ello. Solían ir acompañados de varias mujeres, a quienes la sabia Madre Superiora asignaba a otras monjas. Monjas que no tenían inconveniente en un buen rato de juegos matutinos, si los caballeros así lo deseaban. Solo al obispo, cardenal o legado papal se le asignaba una virgen respetable. Esto dejaba en buen lugar al convento y a ella misma. Y sabía que podía confiar en Carmen. Durante el día, Carmen, junto con el personal del obispo, se encargaba de todo, pero por la noche, era la última en ayudarlo a desvestirse y lavar y engrasar suavemente su cuerpo. «Noble señor, ¿puedo también lavarle su pene erecto?», preguntaba si él no lo había dicho ya. Él asentía con cansancio y ella le lavaba el pene minuciosamente.

«Quítate la túnica y acuéstate conmigo», le dijeron todos. La primera vez, había consultado con la Reverenda Madre, quien le indicó lo que podía y no podía hacer. Carmen se quitó la túnica y se acostó desnuda junto al caballero. Si no se conocían, les dijo que era una esposa de Cristo y que no quería ser violada. Ellos lo entendieron, pues eran caballeros educados y sensibles. Algunos se dejaron abrazar y calentar suavemente; no deseaban nada más. La mayoría, sin embargo, le pidió que los masturbara, algunos incluso varias veces seguidas. Carmen se sentó con las piernas cruzadas junto al caballero para masturbarlo. Le permitió acariciar y tocar todo su cuerpo; eso era perfectamente aceptable. Muchos tocaron su vulva porque eso hacía que la eyaculación fuera más placentera. Después, se acostó junto a él, manteniéndolo caliente, y durmieron hasta la mañana.

La noticia de la bella doncella llegó, naturalmente, al gobernante moro, y la descripción de la joven de 24 años despertó el interés del lascivo gobernante de todos los creyentes (de esta provincia, aunque nadie se atrevió a mencionar este importante detalle). El viejo gobernante ya no se interesaba por las doncellas ni por las mujeres en general; se sentía más atraído por los jóvenes apuestos. Pero su hijo, que poco a poco se hacía cargo de los asuntos cotidianos, estaba lleno de un deseo intenso. Por lo tanto, ordenó que le trajeran a la muchacha. Los más sensatos intentaron en vano disuadirlo de semejante disparate. Existían tratados, reglamentos y acuerdos sobre cómo tratar con monasterios, monjas y sacerdotes. El joven, sin embargo, era terco, obstinado y despiadado. Podía tener a cualquier mujer que quisiera en *Taif,* es decir, en la provincia, pero solo la quería a ella.

La Madre Superiora recibió a los ministros, que habían dejado su escolta armada afuera, como era obligatorio. Negó con la cabeza en señal de desaprobación; aquello era simplemente inaceptable. Los ministros se marcharon. Regresaron dos veces más, pero el Príncipe Heredero los despidió de nuevo con los insultos más viles. Carmen permaneció en silencio, en segundo plano, pues la Madre Superiora no le permitía hablar, solo escuchar.

Uno de los ministros, sin embargo, era un traidor por excelencia. Llevó aparte al príncipe heredero; había visto a Carmen con sus propios ojos y había descrito su belleza con los más altos elogios. El príncipe heredero les gritó a los ministros que no habían tenido éxito y los jaló del cabello y la barba. Mandó ensillar a su mejor caballo y montó él mismo el segundo mejor. Entró al patio del convento con cincuenta guardaespaldas. Que esto ya fuera un sacrilegio no le importaba en absoluto. Con las espuelas tintineando y completamente armado, se dirigió a la Madre Superiora. Ella palideció.

Carmen lo había presenciado todo, se puso rápidamente su mejor hábito y se arregló el cabello, luego entró al salón de recepciones. El Príncipe Heredero se puso de pie de un salto y le ofreció el más alto respeto. Él y la Madre Superiora hablaron durante casi una hora, pero ella se mantuvo firme: contratos, acuerdos, arreglos. El Príncipe perdió la compostura. Amenazó con arrasar el convento, gritó. En el

terrible silencio, Carmen se levantó, ignorando la orden de hablar. «Si se le permitiera servir al joven caballero con humildad y todo el debido honor, como lo haría con un cardenal, un obispo o un legado papal, entonces iría con él. ¡No hay necesidad de amenazar a todos con la destrucción y aterrorizarlos de muerte!». El Príncipe volvió a hacer una profunda reverencia a pesar de la reprimenda, y Carmen miró a la Madre Superiora. La Duquesa se dio cuenta de la habilidad con la que Carmen había resuelto la situación. Al menos había ganado tiempo, lo que le permitió enviar mensajeros al ejército español. Hizo que el Príncipe Heredero declarara solemnemente que trataría a la doncella Carmen como a una dama noble y que la traería de vuelta sana y salva al día siguiente. Enseguida comprendió que sería beneficioso para todos si Carmen se casaba con él y no con Cristo. Al instante, se le ocurrieron muchas ideas sobre cómo abordar el cortejo y qué podría obtener del moro. La Madre Superiora estuvo de acuerdo, y Carmen salió como una reina entre la guardia personal. Nunca antes había montado a caballo, pero el astuto animal tomó la delantera y la llevó con suavidad y buen humor al palacio de Bahomet.

El príncipe Bahomet sabía cómo tratar a las damas; mandó traer comida y bebida, y los músicos y bailarines se entregaron por completo. Incluso su ilustre padre se acercó con paso cansado, examinó a Carmen de pies a cabeza con sus ojos miopes, la palpó como si estuviera en un mercado de caballos y luego alabó su belleza. El príncipe Bahomet se sonrojó de placer y agradeció a su padre. Despidió a todos; era hora de irse a dormir. Acompañó a Carmen a su habitación. El momento que decidió su destino y el de Carmen duró solo un instante.

Carmen pasó toda la noche reflexionando sobre si aceptar sus insinuaciones. Sería un gran paso adelante; incluso como concubina, podría controlar un poco al joven rebelde. El hecho de que ya no podría visitar a sus amigas, las jóvenes prostitutas, la afligía profundamente, pero no era un precio descabellado. Sin embargo, la carga más pesada era la traición a Jesucristo mismo. Había jurado y estaba a punto de romper su juramento. Sabía que era posible seguir siendo cristiana entre los moros; eso era de sobra conocido. Pero ya no podía seguir siendo virgen; también era consciente de ello. El príncipe la penetraría con su pene y la embarazaría, tal como Don Jaime penetraba

a su madre día tras día, embarazándola continuamente. ¿Era eso lo que quería? ¿O esperar castamente a que Cristo la penetrara? El mero hecho de que estuviera considerando todo esto en su mente iba en contra de Cristo. ¡Siendo princesa, eso era algo! Ella llamaría a Don Jaime, él tendría que sacar su polla y tendría que follársela toda la noche, ¡el dulce pequeñín!

Había llegado el momento.

El príncipe la besó cortésmente en ambas mejillas y le pidió que dejara caer su vestido. Carmen se había desnudado en presencia de tantos cardenales y obispos que le resultaba fácil. La Madre Superiora lo había permitido expresamente; de hecho, se tumbaría desnuda junto al príncipe y lo complacería con su mano. El príncipe retrocedió tres pasos y contempló a la hermosa mujer desnuda. Avanzó, retrocedió, admirando a la muchacha. Una antorcha comenzó a arder, y en las llamas vislumbró el rostro sufriente de Cristo. Él la miró con una tristeza indescriptible, pues el príncipe se había abierto la bragueta y, con una erección, se acercó a Carmen, presionando su pene entre sus muslos, directamente contra sus labios. Entonces Cristo pareció aún más triste. ¡Estaba a punto de traicionar a su Señor eterno!

¡Había llegado el momento!

¿Lo hizo ella misma o Cristo la guió? De repente, tomó la afilada daga del príncipe y le hizo un corte en la mejilla. Él gritó, los dos guardaespaldas la redujeron y le arrebataron la daga.

El momento había pasado.

La sangre goteaba entre los dedos del príncipe. Gritó que los guardias la encerraran en su habitación y corrió hacia el cirujano. Carmen, aún desnuda, se sentó en la cama y lloró hasta la mañana. Los dos ángeles en su corazón luchaban entre sí. Uno elogiaba su firmeza, con la que había cumplido su juramento, su amor por el Señor Jesucristo. El otro, sin embargo, solo sentía desprecio y maldiciones hacia ella. Ni una brillante carrera como princesa, ni un maravilloso encuentro amoroso con Don Jaime, ni hijos rubios con él, ni ayuda

para su pueblo oprimido. El príncipe se enfurecería y asesinaría a los españoles, pues llevaría la cicatriz desfigurante en su rostro por el resto de su vida, y esta se reabriría, sangraría y dolería cada vez que se acercara a una muchacha enamorada. Carmen lloraba amargamente, pues ambos ángeles tenían razón; había ganado y perdido al mismo tiempo. Los dos guardias que estaban frente a la puerta abierta no dejaban de mirarla, no para admirar su desnudez o belleza, sino porque nunca habían visto a una persona llorar y aullar con tanta amargura y desesperación.

Al amanecer, le trajeron comida y bebida, lo que la tranquilizó un poco. Estaba casi segura de que debía elegir a Cristo. El sol ya se acercaba al mediodía cuando le trajeron un sencillo vestido y la condujeron a la sala del trono. El príncipe Bahomet, con una venda en la mejilla, y su padre presidían; treinta cortesanos y doncellas se sentaban junto a ellos. El príncipe heredero dijo que cualquier ataque físico contra el gobernante solo podía castigarse con la muerte. El padre alzó la mano. ¿Qué tenía ella que decir al respecto?

Carmen sabía con absoluta certeza que ahora se trataba de una cuestión de vida o muerte. «Primero», comenzó su defensa, «primero, no ataqué al gobernante, sino solo a su deshonroso hijo». Hizo una pausa para observar los rostros de sus jueces. El padre asintió con aprobación; el príncipe estaba a punto de estallar de rabia. «Segundo», continuó rápidamente, «el príncipe Bahomet le juró a mi señora que me trataría como a una dama y me traería de vuelta sana y salva. Me trató como a una prostituta y amenazó con agredirme. ¡Rompió su juramento!». Carmen no sabía de dónde había salido ese pensamiento; era un milagro. El príncipe estaba furioso cuando el padre le preguntó si había jurado algo. El príncipe intentó calmarse. «No fue un juramento, sino solo una promesa. Es cierto. No quise agredir a Carmen; estaba enamorado y solo quería acostarme con ella. ¡De eso se trata estar enamorado, ¿no?!».

El gobernante, pues el padre era en efecto el gobernante, reflexionó durante largo rato. Quedó deslumbrado por la belleza de Carmen, que delataba su vestido, e impresionado por su inteligente defensa. «Un ataque físico contra Nosotros es verdaderamente castigado con la muerte. Pero tú no me has hecho daño a mí, solo a mi ama-

do hijo. Lo has herido, su sangre ha sido derramada. Por lo tanto, ordeno que te haga daño, que tu sangre también corra. Ordeno que te traiga aquí, ante Nuestro tribunal. Además, serás atada en la plaza del pueblo durante tres días y dos noches, donde cualquiera podrá violarte con impunidad. Solo entonces serás enviada a casa». El gobernante se recostó y acarició los muslos de las doncellas sentadas a su izquierda y derecha. Un profundo silencio siguió; solo se oía a los esclavos que traían la cabra. La cabra era para atar al condenado sobre ella y azotarlo. Era como un taburete alto con cuatro patas de madera y un asiento cubierto de cuero. Carmen fue acostada sobre ella y atada, de modo que sus nalgas quedaron en el aire.

Carmen apretó los dientes. Cerró los ojos y miró al Señor Jesucristo. «Ojalá lo hubieras hecho tú mismo, Señor Jesucristo, pero acato tu decisión de dejarlo en manos de esta pomposa. ¡Te amo con cada aliento y seré tu esposa para siempre!». Cristo sonrió y guardó silencio.

Entonces ocurrió el primer milagro, y solo Carmen lo supo. El príncipe Bahomet se colocó detrás de ella e introdujo su pene en la vagina de Carmen. Ella no sintió nada, ningún desgarro doloroso de su himen. Simplemente había desaparecido. Bahomet podía follarla, y lo hizo con gusto, pues los ángeles de Carmen se lo habían infundido. Los ángeles tuvieron que soplar polvo mágico que inducía la lujuria en los ojos de Bahomet y Carmen. Uno de los ángeles estornudó, y una pizca del polvo cayó en el ojo de una virgen sentada junto al viejo gobernante. Carmen reflexionó sobre este milagro del himen durante mucho tiempo. ¿Acaso no había prestado atención en la orilla del río? ¿O había permitido que un monje o fraile la penetrara demasiado profundamente durante una masturbación? ¿Quizás Don Jaime la había desflorado en algún momento? ¿O Pablo? No podía comprenderlo y no tuvo la oportunidad de pensarlo más. Porque su cuerpo, su vagina y su clítoris respondieron maravillosamente a la follada de Bahomet. La folló durante unos buenos 20 minutos, y un ángel la excitó aún más intensamente, de modo que pasó de orgasmo en orgasmo con suaves gemidos y arrullos. Bahomet, el gobernante de todos los creyentes (de esta provincia), y toda la corte escuchaban con extasiado deleite su placer. El anciano gobernante miró con asombro a la doncella a su lado, que aparentemente tenía un orgasmo tras otro co-

mo Carmen. La chica apretó su cuerpo contra su señor y amo, su parte inferior del cuerpo temblando y estremeciéndose al ritmo de la penetración de Bahomet. El anciano estrechó a la joven de 13 años contra sí, la acarició con ternura y murmuró: "¡Ven a mi habitación esta noche, y te haré una verdadera mujer hoy mismo!". La chica sonrió dulcemente y besó la mejilla barbuda del gobernante. Pero continuó teniendo orgasmos hasta que Bahomet dejó de follarla.

Entonces Bahomet ya no pudo contener su eyaculación y roció chorro tras chorro profundamente dentro de ella. Retiró su pene, pero el ángel no lo dejó ir. Después de solo segundos, se puso rígido de nuevo y, impulsado hacia adelante por la fuerza angelical, penetró la vagina de Carmen una vez más y la folló de nuevo. Carmen miró con los ojos cerrados al Señor Cristo, quien ahora le sonreía ampliamente. Una cálida alegría llenó su corazón, pues era Su voluntad, y estaba agradecida por ello. Bahomet, atlético y joven, bendecido con un pene fuerte, folló a la gimiente y extasiada Carmen durante más de media hora y luego eyaculó poderosamente en su vagina. Retrocedió tambaleándose tres pasos, habiendo agotado todas sus fuerzas, y se desplomó hacia atrás, donde el guardaespaldas lo sostuvo.

El segundo y el tercer milagro ocurrieron uno tras otro. Las ataduras de cuero de Carmen cayeron al suelo como si las hubiera cortado una hoja afilada. Carmen se puso de pie y exclamó en árabe: «¡Mi noble príncipe, me acabas de embarazar, lo siento! Si de verdad fueras de noble carácter, me tomarías por esposa y verías crecer a tu hijo. ¡Sé con certeza que será un hijo, tan alto y fuerte como tú! ¡Pero debo temer que no seas de tan noble carácter!». Carmen estaba tan asombrada como la corte, el gobernante de todos los fieles (de esta provincia) y el príncipe heredero Bahomet. Pues todos solo sabían español y un poco de latín eclesiástico. Pero nada de árabe. Definitivamente no.

Bahomet se sonrojó profundamente y se subió los pantalones; no pudo decir nada, de hecho, permaneció en silencio durante tres días. Ya no podía retractarse de sus órdenes, cuya maldad había caído repentinamente sobre su alma como piedras. En el silencio atónito, el único sonido era el de los esclavos llevando la cabra a la plaza. Carmen los siguió de buena gana, dispuesta a afrontar la segunda parte

de su castigo. Bahomet miró desesperadamente a su padre, suplicándole que lo dejara pasar, pero el ángel le tapó la boca. El padre jamás soñó con revocar su sentencia. ¡Eso era simplemente imposible! ¿Qué gobernante se atrevería a revocar su juicio?

Carmen estaba atada al caballete, con un brazo y una pierna a cada lado. Sus nalgas estaban elevadas en el aire, su hendidura expuesta a la vista de todos. Como era costumbre, le obligaron a tragar una jarra entera de vino, pues la mujer ebria no se desmayaba y sufría el castigo estando consciente. Los moros aplicaban este castigo con bastante frecuencia, ya que era la única oportunidad para muchos hombres de tener relaciones sexuales con una mujer. Maliciosos rumores españoles afirmaban que algunas mujeres moras se dejaban sorprender deliberadamente para ser violadas en grupo públicamente por los lugareños durante todo un día. El castigo solía durar solo un día.

Carmen estaba bastante borracha y permaneció así todo el tiempo, mientras el gobernante seguía enviando cántaros de vino. Carmen nunca se había emborrachado antes, pero ahora se sentía ligera como una pluma y extrañamente eufórica. Ni un solo español, ni un solo habitante de Toledo, se atrevió a acostarse con Carmen. ¡El gobernante rugió furioso, exigiendo que se obedeciera su orden! Pasaron muchos minutos más antes de que un moro se colocara detrás de Carmen. No estaba particularmente bien dotado, eyaculó rápida y apresuradamente, y el gobernante gritó a sus súbditos. Los moros agacharon la cabeza y obedecieron. Uno tras otro los siguió, y entonces Carmen se excitó. Todos oyeron su lujuria, sus orgasmos y su fuerte plegaria a Cristo, su Señor. Uno tras otro, se acostaron con Carmen hasta el mediodía, durante toda la tarde y hasta bien entrada la noche, hasta que el gobernante se fue a dormir.

Cada hora, una u otra mujer compasiva le traía un cuenco de vino fuerte para calmar su sed en el calor sofocante y para embriagarla. Carmen balbuceaba su agradecimiento, pues así soportaba la incesante follada. Disfrutaba de los orgasmos constantes, riendo y llorando, gritando sus oraciones en latín por toda la plaza hasta quedarse afónica. El sol se puso, la gente se había ido a casa, y por fin pudo orinar, todo el vino y el semen de los hombres. Orinó como un cabal-

lo en un amplio arroyo, riendo y tirándose pedos ruidosos. Estaba sola con la benevolente luna. Una amable mujer morisca, que no temía al gobernante, pasó junto a los guardias y le trajo pan plano, fruta y una jarra de vino. Alimentó a Carmen pacientemente y le habló en árabe. Carmen, por supuesto, no entendió ni una palabra. La mujer le explicó que el pene de su pobre marido había estado paralizado e incapacitado durante años. ¡Pero los vecinos se lo habían llevado, y de repente podía volver a tener sexo! Tuvo relaciones sexuales con Carmen por segunda vez, y ella regresó a casa con él, y tuvieron relaciones dos veces, como recién casados enamorados. Ella trajo la cena ahora porque estaba muy agradecida por la recuperación de su esposo. Carmen se bebió toda la jarra de vino; la luna duplicó su tamaño. Cuando la mujer se hubo marchado, uno de los guardias se inclinó hacia ella y tradujo lo que la árabe había dicho.

En la oscuridad, llegaron algunos hombres más, hombres que no querían ser vistos de día. Cuando el último se hubo ido, los guardias le sirvieron otra jarra del vino del gobernante, y ella miró a la luna, que compartía el cielo nocturno con una gemela. “La luna también tiene una gemela”, balbuceó la mujer borracha, y rompió a llorar. Sus gemelos rubios, pensó en ellos. Hizo los cálculos. A los 12, por orden de su madre, se le permitió frotar a Don Jaime por primera vez y dejar que eyaculara en sus labios. A los 14, le enseñó al señor Jaime cómo follarla sin que pudiera romper su himen endurecido. Desde los 16, dejó que uno de los gemelos, llamado Pablo, la follara como es debido. El otro, el... ¿cómo se llamaba? El otro era un rufián de corazón. Por supuesto, intentó follar a María primero, pero fracasó, como el tío Jaime, por culpa del himen. Volteó a María boca abajo y la folló por el culo. Ningún himen podía detenerlo, y realmente no le importaba qué agujero usara. Era conocido por sus ataques en la orilla del río; María lo había presenciado ella misma varias veces. Esperaba hasta que un chico estuviera montando a una chica. Entonces saltaba sobre el maldito chico por detrás y lo follaba por el culo. Esto solía hacer que el chico eyaculara inmediatamente. Luego apartaba al inútil chico y follaba a la sorprendida chica con una amplia sonrisa triunfal. Pero su hermano gemelo, Pablo, era completamente diferente. Se acostaba muy cerca de María y se masturbaba al mismo tiempo que ella. Cuando cumplió 16 años, dijo que podían intentar follar. Don Jaime ya había agrandado bastante la abertura de su himen, y el

pene de Pablo cabría si tenían cuidado. El pene de Pablo era tan delgado como un lápiz al principio; entró muy profundo, así que Pablo fue el primero en follar a María. Abrazó a María y la folló muy, muy cuidadosamente y lentamente. Su pene se hinchó, y María susurró: "¡Dame un hijo, mi amor!" Pablo asintió con entusiasmo; ¡Estaba feliz de hacerlo! Fue muy cuidadoso y apoyó su cabeza en los pequeños senos de María, lamiendo sus pezones y follándola muy despacio y con suavidad. Cuando sintió que estaba a punto de correrse, dejó de follarla y cerró los ojos, ardiendo de pasión. Ambos esperaron a que eyaculara dentro de ella. Escuchó a su cuerpo, se tensó poderosamente y eyaculó, una y otra vez se tensó y eyaculó dentro de ella. Esperó hasta que su pene se calmó y lo retiró con cuidado. María lo disfrutó como en trance, sintiendo su pene palpitante dentro de ella y cada chorro que él disparaba dentro de ella. Ella le permitía follarla todas las noches porque podía masturbarse al mismo tiempo. Una vez le había susurrado lo maravilloso que era sentir su orgasmo con su pene. Desafortunadamente, solo duró un año antes de que María entrara en un convento. Carmen miró las lunas gemelas una vez más y rió suavemente, luego se dejó caer en el taburete y durmió hasta la mañana.

Temprano en la mañana, los ministros salieron del castillo gritando que el castigo continuaría, ¡el gobernante lo había ordenado! Hombres y mujeres rodearon a Carmen, quien ahora era violada por uno tras otro desde el amanecer hasta el anochecer. Embriagada por el vino que calmaba la sed, Carmen se tambaleaba de orgasmo en orgasmo. Mantuvo los ojos cerrados y contempló a su eterno señor; pronto perdió la voz y susurró oraciones en latín sin cesar. Cuando salió la luna y todos se fueron a casa, un hombre apareció en la oscuridad, susurró con los guardias y se acercó a ella. Lo reconoció de inmediato: Messer Zacharias, un italiano.

— ¡Vamos, señor Zacarías, vamos, fóllame como a todos los demás! — gritó Carmen en voz baja. Pero Zacarías negó con la cabeza y desempacó su bulto — . No tengo el valor de desatarte, Donna. Temo la ira del árabe. Pero he traído vino, pan plano y jamón; tendré que darte de comer. Y así sucedió. Un hebreo italiano alimentando con compasión a una mujer española que había sido castigada y humillada por un árabe. Carmen comió con apetito, se bebió la jarra en-

tera de vino hasta la última gota y le dio las gracias al señor Zacarías. Él se marchó de nuevo y ella se sumió en un profundo sueño. Soñando con Don Jaime, imaginó que él la follaba, pero solo eran los dos guardias que, al amparo de la oscuridad, la follaban. Medio dormida, susurró: — Don Jaime, puedes follarme otra vez, ¡porque todavía no he tenido el tic! Los dos guardias, ninguno de los cuales se llamaba Jaime, se deleitaron con sus extraños murmullos y la incitaron a tener relaciones sexuales con ella una y otra vez. Finalmente, la soñadora ebria alcanzó el orgasmo. Solo al amanecer los guardias estaban tan exhaustos que apenas podían mantenerse en guardia.

Carmen saludó a los primeros hombres con una oración en voz alta; salió el sol y vio a su eterno esposo, quien la contemplaba con benevolencia durante sus orgasmos. Una calidez llenó su corazón; se entregó voluntariamente, aunque su sistema circulatorio casi colapsó por el agotamiento. Estaba realmente exhausta; oró pidiendo fuerzas, que poco a poco se le escapaban del cuerpo. ¡Antes del atardecer, Bahomet había dado órdenes a su Guardia Negra! Después de todo, Bahomet había negociado el castigo con el Padre antes del juicio y luego había dado la terrible orden a la guardia. Ahora Bahomet yacía en silencio, con el rostro hundido en las almohadas, incapaz de revocar la orden.

La Guardia Negra dispersó a la gente, pero algunos observaban desde detrás de las chozas lo que sucedía en la plaza del pueblo, incluyendo a los espías de la Madre Superiora. Los guardias violaban a Carmen, uno tras otro, y ella rezaba de orgasmo en orgasmo. Estaba completamente exhausta, pero los guardias la violaban sin cesar. Se desmayó varias veces, pero se recuperó y continuó teniendo orgasmos. Miró entre sus piernas y las piernas de los guardias la puesta de sol. Realmente lo vio, a su eterno esposo, ahora rodeado por un coro de ángeles. Su corazón rebosaba de amor; nunca había experimentado un orgasmo tan intenso. Gritó con todas sus fuerzas, su alma ahora elevándose hacia su esposo. Gritó y gritó en este último, maravilloso, último orgasmo hasta que su corazón cedió, pues entonces su esposo dejó caer su deslumbrante túnica, y ella lo vio, contempló su gloria. Él la recibió con los brazos abiertos.

El jefe de la Guardia Negra irrumpió en la cámara de Bahomet. Se puso firme y gritó: «¡Hemos follado a la mujer cristiana hasta la muerte, como se ordenó, señor!». Bahomet alzó la vista y miró a su guardia como si quisiera matarlo. En ese instante, recuperó la voz. Soltó un grito, un grito tan espeluznante que el intrépido guardia retrocedió tres pasos. El grito resonó por todo el castillo, hasta la plaza del pueblo, donde Carmen yacía en el suelo junto a la cabra. Carmen, que incluso en la muerte sonreía como si hubiera visto el paraíso.

El cuerpo de Carmen fue lavado en el convento, vestida con hermosas ropas y enterrada en el patio. La Madre Superiora escuchó atentamente a los tres espías, pues la habían interrumpido en medio de su masturbación, y lo que informaron fue invaluable. Se sentó desnuda en su cama mientras los espías relataban sus experiencias, incapaces de apartar la mirada de su desnudez. Estaba terriblemente delgada, sus pechos arrugados y feos colgaban tristemente, y su hendidura brillaba húmeda y roja por la fricción. Jugaba con su clítoris sin pudor, como si fuera lo más natural del mundo. Los espías informaron lo que habían averiguado de los guardaespaldas: a veces Carmen lo había apuñalado incluso antes de que el pene de Bahomet la tocara, a veces él ya la había penetrado cuando ella le cortó la cara. Quizás el corte fue tan profundo que Bahomet no pudo hablar durante tres días. Los tres estuvieron presentes en el juicio y presenciaron la violación de Bahomet, que duró varias horas. Por supuesto, entendían árabe y testificaron que Carmen había gritado en árabe. La Madre Superiora negó con la cabeza: ¡Increíble! ¡La niña definitivamente no hablaba árabe! Pero así fue, insistieron los tres, y entonces ataron a Carmen al caballete. Ningún español honrado le puso una mano encima, aunque cientos de habitantes de Toledo rodearon a la niña. Pero los moros obedecieron a su gobernante, al igual que la mayoría de los soldados. Los tres permanecieron cerca de Carmen día y noche para poder informar de cada palabra. Corrió el rumor de que Bahomet se puso una capa de mendigo y salió a ver a Carmen para tener sexo con ella de incógnito, y que Carmen rezó en árabe mientras él lo hacía, pero nada de eso era cierto. Uno de los espías se coló en el palacio hasta la habitación de Bahomet. Estuvo en su habitación toda la noche; su padre le había enviado a la niña de 13 años. Tuvo que obedecer la orden de su padre; desfloró a la niña que lloraba y la violó intermitentemente hasta el amanecer, y luego se durmió.

Los espías guardaron un silencio absoluto mientras informaban de cómo la Guardia Negra había violado a la pobre Carmen hasta la muerte. Contaban cómo su rostro resplandecía de felicidad, como si hubiera vislumbrado el paraíso en el instante de su muerte. Los espías permanecieron en silencio; lo habían contado todo.

La Madre Superiora había estado jugando con su clítoris durante toda la hora, frotándolo mientras hablaba. Ahora que la emocionante historia había terminado, se inclinó hacia adelante, frotándose el clítoris con tanta fuerza que sus delgadas pantorrillas temblaban. Se detuvo bruscamente y les preguntó con una mirada pícara si no querían follar. Aceptaron demasiado rápido y se arrepintieron, ¡porque la vieja duquesa había perdido todos sus encantos, maldita sea! Tuvieron que aguantar y follar a la anciana, uno tras otro. Debido a su edad, su vagina se había encogido considerablemente y estaba tan estrecha como la de una niña pequeña. Los hombres la penetraron rápidamente, y ella dejó escapar un fuerte grito de dolor porque su pequeño agujero estaba casi desgarrado. Entonces, como un cochero, incitó a los jóvenes con gritos obscenos, ¡diciéndoles que la follaran con fuerza! Ordenó al que esperaba que se frotara el pene hasta que estuviera duro para que pudieran continuar sin interrupción. Los incitó con el lenguaje más obsceno y sucio hasta que la follaron una docena de veces y finalmente tuvo un orgasmo alucinante. Su delgado cuerpo temblaba y se estremecía como una loca. Le hizo una paja al siguiente tipo, que ya estaba listo para follarla, mientras maldecía. Los tres tipos estaban de pie frente a su cama con sus pollas colgando, sus prepucios temblando porque simplemente no podían aguantar más. Murmuró que no la habían follado tan bien en meses y les dio a cada uno dos monedas de oro. Los tipos sabían que tenía muchos espías y que normalmente tenían que follar con la anciana, pero ella nunca les daba más que una moneda de oro por una buena follada o una de plata si no podía follar.

La Madre Superiora transcribió fielmente la Pasión de Carmen en 16 hojas de costoso papel chino y se las envió al obispo. Este, a su vez, envió el original al Cardenal de Salamanca, quien se lo presentó personalmente al Papa Benedicto IX. También le trajo relatos de milagros ocurridos en nombre de Carmen. El Papa quedó particularmente impresionado por el milagro que les había ocurrido a unos

pescadores y marineros españoles. Perseguidos por una flota de piratas árabes, turcos y norteafricanos, rezaban con temor. Una terrible tormenta se desató y arrastró a los barcos piratas hasta la costa libia, pero llevó a los españoles suavemente a sus costas. ¡El Papa quedó extasiado! Decretó una gran fiesta para Carmen el 16 de julio. En la solemne misa matutina, la incluyó en el Canon de los Mártires, la beatificó en la misa del mediodía y su canonización tuvo lugar en la misa vespertina. Posteriormente, el Papa Benedicto XVI declaró solemnemente a Santa Carmen patrona de los marineros. Sin embargo, su historia de martirio continuó transmitiéndose oralmente, y muchas prostitutas y vírgenes castas veneraban a Carmen como si fuera también su santa patrona.

Sin embargo, Benedicto XVI guardó bajo llave el documento de la Madre Superiora en los Archivos Papales, porque esta había relatado los últimos tres días de Carmen en más de 16 páginas manuscritas, y la expresión clara, mundana y, lamentablemente, también obscena de la Madre Superiora incitaba a la inmoralidad.

Sin embargo, Bahomet murió a los 97 años, un año antes que su más acérrimo rival, El Cid.

• • •

Una maldita judía casta

von Jack Faber © 2023

Magdalena, a quien llamaban Lena, conoció al pastor Dr. Neumann durante sus estudios y se enamoró de él. Era un excelente partido: daba clases en la universidad, dirigía una parroquia muy grande y solo era veinte años mayor que ella. Sentía que era el momento de formar una familia. Lena provenía de una familia protestante devota; ella misma era muy religiosa, así que sin duda era idónea para ser la esposa de un pastor. Había otra ventaja, una que intuía más de lo que era consciente en ese momento. Su familia era considerada judía, lo cual, en la sociedad alemana de la posguerra, no era en absoluto una ventaja y más tarde resultaría mortal. Si se casaba con el pastor "verdaderamente alemán", el estigma negativo de ser judía desaparecería. Se habría convertido en una verdadera alemana.

En su familia, el sexo era un tabú absoluto. Los padres nunca hablaban de ello; las dos hijas tuvieron que descubrirlo todo por sí mismas. Las dos hermanas tampoco hablaban de sexo; se escuchaban a escondidas mientras se masturbaban, los suspiros reprimidos, los jadeos o los gemidos suaves. Lena y su hermana mayor se masturbaban desde la infancia sin revelarlo jamás. Lena aprendió de sus amigas cómo practicar sexo oral a los chicos. El viejo profesor de latín sedujo a Lena, de 15 años, le quitó la virginidad y fue su amante secreta durante casi un año. Eso terminó cuando su esposa se enteró. Hasta su matrimonio, se acostó con muchos chicos y hombres; también tuvo una aventura lésbica, solo para descubrir que no era lo suyo. Excepto por el sexo oral, que le encantaba, tanto dar como recibir.

Rachel era la profesora de música, casi diez años mayor que Lena. No era una lesbiana estricta; era claramente bisexual. Entre ellas surgió una hermosa y duradera relación, que Lena mantuvo durante los primeros diez años de su matrimonio. Rachel le enseñó a besar con lengua, y a Lena le encantó. Después de su primer beso apasionado, Rachel rió y sonrió, diciendo: «Las mujeres judías tenemos que apoyarnos, porque solo nos desprecian hasta que los hacemos caer de rodillas con un sexo maravilloso». Lena nunca olvidó esa frase.

Una vez, Rachel dijo enfáticamente: «Nunca lo olvides, las mujeres judías somos las mejores en la cama. ¡Muchos hombres me han dicho que debe haber algo de cierto en ello! ¡Por eso nos prefieren a sus flacas alemanas!». Añadió que era racista, pero que encajaba perfectamente con la sociedad actual. Rachel no era religiosa ni tenía una opinión muy favorable de la gente. Decía que los hombres se habían apoderado del poder en todo el mundo y dictaban la vida de las mujeres con considerable arrogancia. Como mujer, tenías que asegurarte de conseguir lo que querías. Por lo tanto, andaba a la caza de un faisán dorado, un hombre rico y de buen carácter. Eran muy raros, pero estaba convencida de que encontraría uno. Lena escuchaba con mucha atención porque no solo aprendía sobre la vida fuera de la familia y la escuela, sino que también aprendía mucho sobre sexo, aunque ella misma no lo practicaba en ese momento. Rachel a veces traía a un hombre para tener sexo con ella; Lena se acostaba en la cama de matrimonio y fingía estar dormida. Los hombres miraban fijamente a la hermosa hermana pequeña desnuda y tenían sexo con la hermana mayor. Dormida, Lena prestaba mucha atención y aprendía mucho.

Desde el principio, solo se masturbaban mutuamente; ninguna se masturbaba delante de la otra. Rachel les enseñó a lamer el clítoris, y se convirtió en su actividad sexual favorita. Rachel era muy buena explicando las cosas. Lena aprendió a lamer y acariciar el clítoris de Rachel con la lengua, incluyéndolo gradualmente y lamiéndolo con tanta destreza que sobresalía, afilado y erecto, de la carne. El clítoris de Rachel era sorprendentemente pequeño y estaba bien escondido. El de Lena era significativamente más grande y claramente visible entre sus labios, incluso cuando estaba flácido. Lena aprendió en qué momento Rachel estaba tan excitada que necesitaba concentrarse únicamente en el clítoris y cómo aumentar gradualmente la intensidad lamiéndolo hasta que alcanzara el orgasmo. Rachel sostenía la cabeza de Lena durante el orgasmo y le indicaba cuándo parar. Los orgasmos de Rachel eran fuertes e intensos, y dejaba que Lena continuara lamiendo hasta que el orgasmo disminuyera. Pero le encantaba la forma en que Lena lamía. Rachel masturbaba a Lena con mucha más energía y firmeza de la que Lena se masturbaba a sí misma. Rachel también era mucho más intensa al practicarle sexo oral, pero a Lena le encantaba su estilo. Los orgasmos que Rachel le pro-

vocaba eran increíblemente intensos, y cuando Lena cerraba los ojos, estrellas fugaces danzaban tras sus párpados como fuegos artificiales. Le encantaban esos orgasmos; abrazaba, besaba y mimaba a Rachel con gratitud.

Rachel también fue quien le enseñó a Lena cómo practicar sexo oral. Lena le había preguntado, y Rachel se lo explicó tan bien que Lena lo logró al primer intento y pronto dominó la técnica, lo que le granjeó el respeto de los chicos. Rachel le dio consejos importantes. Nunca dejes que un hombre te folle si no le has lamido la polla primero. Tu boca no se infecta tan fácilmente como tu coño, ¡así que asegúrate de lamerla bien! Lamer y chasquear hará que cualquier polla se ponga dura. Y una vez que le hayas lamido la polla hasta que se ponga dura, ¡es tuya! Eso es importante; tienes que tener el control, tú le dices lo que pasa después. Las chicas tontas pierden el control y luego se quejan si no salió bien. Tienes que dividir la polla en dos. El glande pertenece a tu boca y tu lengua ahí; el tronco es para frotar. Intentar follar la polla con la boca es muy agotador y rara vez funciona. Así que ni lo intentes. Coge el glande en tu boca, solo el glande; pertenece a tus labios y a tu lengua. Frota el tronco como lo harías durante una paja y no te esfuerces; el trabajo principal lo hace tu lengua. Normalmente, empiezas besando y acariciando el glande con los labios. Poco a poco, dáselo a tu lengua; debería... Rodéalo y acaricia la punta donde está el pequeño orificio, porque ahí es donde es más sensible. Deja que tu lengua baile como una bailarina de danza del vientre turca, pero cuando llegue el momento de la eyaculación, concéntrate en el pequeño orificio. A algunas chicas no les gusta que eyaculen en su boca porque les da asco. Pero es mucho más excitante para él eyacular en tu boca, en tu garganta. El semen viene del interior del cuerpo y es puro. Puedes tragarlo sin dudarlo; verás, no sabe mal. Y el chico estará increíblemente agradecido porque, naturalmente, lo verá como una victoria. Pero puedes sonreír en silencio porque tú eres la verdadera ganadora. Finalmente, hazle un favor y lame su pene hasta dejarlo completamente limpio. A todos los hombres del mundo les gusta eso. Rachel sonrió y dijo: «Puede que suene a receta, ¡pero no hay nada de malo en cocinar algo rico!». Lena se rió porque Rachel explicaba muy bien. Pero se mantuvo fiel al plan y ascendió con paso firme. Rachel siempre sabía escuchar, y cuando hablaba, sus palabras estaban bien fundamentadas.

Lena escuchaba con curiosidad mientras Rachel hablaba de tener sexo con un faisán dorado, porque ella misma nunca había tenido relaciones sexuales. Rachel sabía lo que quería: un hombre rico y salir de Alemania. En opinión de Rachel, era bastante fácil acostarse con un hombre, pero los chicos dorados, al menos hasta ahora, o tenían muy poco sexo o una personalidad detestable. Rachel le preguntó a Lena si quería probar el sexo clítoris con clítoris. Lena asintió; quería probarlo todo. Rachel separó las piernas, presionó la piel alrededor de su clítoris para que sobresaliera un poco. Comenzó a frotarse el clítoris y le dijo a Lena que también tenía que lograr que el suyo se pusiera completamente erecto. Tras una breve vacilación, Lena obedeció. Rachel la observaba y no podía parar. Se corrió con un suave gemido, temblando y retorciéndose. "No, me dejé llevar cuando te vi masturbándote. ¡Solo ponlo erecto, no hasta que tengas un orgasmo!" Lena asintió y se pellizcó y apretó el clítoris, que ya estaba completamente erecto, del tamaño de la yema de un dedo. Rachel había vuelto a excitar su clítoris y ahora daba instrucciones. Se tumbaría encima de Lena, tendrían que presionar sus clítoris juntos, y ella follaría a Lena como un hombre. Era complicado; tenían que frotarse los clítoris con fuerza una y otra vez, pero al final, funcionó. Rachel folló el clítoris de Lena con tanta intensidad que perdió la noción del tiempo varias veces. Tuvo un orgasmo maravilloso y observó cómo Rachel se arrodillaba y terminaba de masturbarse; ¡fue muy excitante de ver! La siguiente vez, interpretó el papel del hombre, y funcionó mucho mejor. Tenía un clítoris inusualmente grande, mucho más grande que el de Rachel, y podía ponerse increíblemente duro y rígido. Podía follar a Rachel con él hasta que se volviera loca, y lo hacía con gran placer, casi reventando de lujuria, para follar a su novia mayor hasta el orgasmo. Ella se acostó con Rachel, quien primero suspiró, luego jadeó, gimió y dejó escapar suaves gemidos al llegar al orgasmo. Temblaba de excitación y vergüenza mientras se arrodillaba y se masturbaba. No podía mirar a Rachel a los ojos y tardó quince minutos en alcanzar el orgasmo. Estaba terriblemente avergonzada porque nunca antes se había masturbado delante de otra persona. Continuaron lamiéndose y follándose mutuamente; ¡era un invento verdaderamente maravilloso! Lena se acostumbró rápidamente a ponerse de rodillas después de follar y masturbarse delante de Rachel. Pronto lo hizo a su manera, como cada noche. Con una mano, le abrió bien los labios vaginales a Rachel y presionó la carne

alrededor de su clítoris para que sobresaliera un centímetro más. Con la otra mano, primero frotó suavemente el clítoris de Lena, aumentando gradualmente la velocidad y la presión hasta que no pudo soportarlo más y se estremeció y gritó en el orgasmo. La vergüenza seguía ahí, pero ya no la agobiaba tanto. Rachel también se masturbó delante de ella, lo que alivió la vergüenza de Lena. Mantuvieron su amistad durante más de 15 años y solo la terminaron cuando Rachel consiguió un buen pez dorado, se casó y se mudó a Inglaterra.

Lena dejó la universidad cuando se casó a los 18. Desde el principio, supo que había dos cosas que debía considerar. Primero, su pastor era prácticamente patológicamente alérgico a la masturbación femenina. Los hombres tenían que eyacular diariamente, ¡así que eso era completamente diferente! Pero las chicas no tenían que eyacular; se contaminaban a través de la masturbación pecaminosa, ¡punto! Segundo, era absolutamente esencial para su pastor que se casara virgen. Consultó frenéticamente con sus amigas, pero al final, se quedó con la sugerencia idiota de cortarse el dedo y dejar que la sangre goteara sobre la sábana. Por supuesto, se le permitió hacerle felaciones y sexo oral al pastor antes de la noche de bodas, pero él firmemente reservó el coito para la noche de bodas misma. Milagrosamente, ella logró vencerlo con su propio pensamiento ilusorio. En su noche de bodas, ella estaba tan tensa que, debido a sus músculos vaginales contraídos, él solo pudo penetrarla con dificultad y fuerza. Él estaba emocionado de haberla desflorado y alabó su castidad hasta el cielo; Ella no dijo ni una palabra al respecto ni lo contradijo. Él quería ser feliz así, así que ella lo dejó ser feliz.

Tenía un hijo, Heinzi, al que adoraba. Seguía enamorada del pastor cuando descubrió que la engañaba sin cesar. El profesor Neumann había sido una espina clavada en el costado de la oficina del decano durante años, ya que se acostaba con las esposas e hijas de sus colegas con regularidad, cuando no estaba ocupado con alguna estudiante joven e inexperta. Era muy astuto; su lujuria por la carne virgen alimentaba su energía criminal. Se rumoreaba que una vez había incapacitado a la niñera de un colega que estaba de viaje con su esposa, metiéndola en su vino tinto con somníferos, y luego desfloró y se acostó con sus dos hijas, de 12 y 13 años, esa misma noche. Al ser confrontado con los rumores, se rió arrogantemente y dijo que todo

era falso; no había sido vino tinto, sino blanco. Los presentes se rieron de su ingenio y se dispersaron.

Había permanecido inaccesible hasta que una estudiante lo acusó de violación. El decano sometió a la estudiante a un interrogatorio humillante y extremo, que reveló lo siguiente: La estudiante saltó de la cama una noche; ¡necesitaba urgentemente una respuesta del profesor, ahora mismo! Corrió a ciegas a su habitación en camisón de seda para hablar del asunto. Él, descaradamente, le preguntó por qué su vulva estaba tan roja por el roce, y ella, ingenuamente, respondió que probablemente era por haberse masturbado antes. Entonces tuvo que escuchar su diatriba sobre la masturbación, y él apartó las sábanas y le ordenó que se acostara a su lado. Ella se quitó el camisón y se acostó desnuda junto a él. Se acurrucó contra el profesor y le acarició el pene, luego no pudo soportar más el calor y susurró que tenía que terminar de masturbarse porque lo había interrumpido antes. Él resopló furioso hasta que ella terminó de masturbarse y luego la violó después de su orgasmo.

El decano le preguntó con severidad qué había estado pensando. Ella balbuceó que jamás había creído que él se aprovecharía de la situación. Pero lo hizo; la violó dos veces, porque la primera vez no había tenido un orgasmo, así que se lo había exigido, ya que el orgasmo era parte del acto, ¿no es así, decano? El decano decidió no involucrar a la policía porque el profesor había accedido a su inmediata expulsión.

Cuando el decano despidió a la testigo/fiscal, ella le lanzó una mirada de película muda y le dijo que si quería acostarse con ella esa noche, estaba en la tercera cama doble del dormitorio de chicas, durmiendo con la gorda hija del embajador británico, Gwendolyn. El decano fingió sorpresa, pero esa noche se acercó sigilosamente y se acostó junto a ella. Gwendolyn, que había fingido estar dormida, lo obligó entonces a acostarse también con la gorda. No fue nada gracioso. Durante dos semanas, la chica se coló en la habitación del decano por las noches, pero cuando Gwendolyn la siguió cada vez más y él tuvo que acostarse con la gorda le gustara o no, terminó la relación dos semanas después.

Durante meses, Lena soportó el dolor de su infidelidad, pero Heinzi solo tenía 11 años y ella ni siquiera podía pensar en el divorcio. Finalmente, lo confrontó. Él solo confesó después de varios días, con arrogancia y aires de superioridad moral. Discutieron durante mucho tiempo, con el resultado de que él se comportó aún más descontrolado y descarado. Él era el hombre, él era el jefe, y se acostaba fuera de casa cuando le daba la gana, ¡y punto! ¡Y ella ni se le ocurría mencionar la idea de un divorcio devastador! Una sola llamada suya y estaría arruinada, ¡ella, la judía! Para entonces, ya era un hecho consumado que los judíos eran enemigos del pueblo. Serían arrestados y deportados al Este. Así que mejor no rebelarse, ¡o atenerse a las consecuencias! Profundamente conmocionada, permaneció en silencio mientras él pasaba semanas durmiendo en camas ajenas. Durante esos once años, ella había disfrutado teniendo sexo con el pastor, y él era muy bueno en ello, aunque ella nunca había tenido un orgasmo con él. A pesar de su infidelidad, él encontraba tiempo casi todas las noches para tener sexo bueno y completo con ella, así que ella no se quejaba. Después de todo, cada noche, una vez que él se dormía, ella podía liberar placenteramente la tensión sexual que había acumulado durante el sexo masturbándose. Después de esta discusión, él volvía a casa mucho menos a menudo para tener sexo con ella como es debido, pero ella no extrañaba el sexo; tenía la masturbación, que había practicado obsesivamente noche tras noche incluso durante su matrimonio. Ella sabía, por supuesto, cuál era su actitud hacia la masturbación femenina y, como antes, se lo mantuvo completamente en secreto; siguió siendo su secreto. Nadie la vio masturbarse excepto Rachel, ni siquiera sus amigas más cercanas. Ahora vivía prácticamente sola con Heinzi, e iba a la iglesia todos los días a rezar, porque era verdaderamente devota. También estaba feliz de que todos en el pueblo apreciaran su fe y su vida casta e impecable; No tuvo aventuras amorosas ni escándalos. Era una persona desinteresada y servicial, un pilar de la comunidad, y era universalmente querida y respetada.

Se duchaba a diario con Heinzi, quien se había acostumbrado a su desnudez desde pequeño. Tenía doce años cuando, desconcertado, eyaculó por primera vez en la ducha. Lena se lo explicó con delicadeza, y a partir de entonces, él esperaba cada día bajo el chorro de agua tibia que ella le rociaba el pene hasta que se ponía erecto. Con una

sonrisa pícara, ella continuaba hasta que él eyaculaba. Tras varias decenas de días, dejó de funcionar. Lena tuvo que cambiar de táctica y empezó a acariciarle el pene con el dedo índice, deslizando el prepucio hacia adelante y hacia atrás.

— Bueno, ¿ya viene? — preguntó ella en voz baja, y él asintió. Ella continuó acariciándole el prepucio con el dedo.

«¡Qué excitante lo que haces con el dedo!», dijo, y al cabo de un rato, eyaculó. Ella le acariciaba el pene a diario hasta que eyaculaba. Poco a poco, empezó a deslizar con diligencia y firmeza el prepucio sobre el glande, y entonces ya no le llevaba tanto tiempo. En tan solo unas semanas, empezó a masturbar a Heinzi como es debido. A partir de entonces, lo masturbaba todos los días después de ducharse, cuando él quería, hasta que se fue de casa a los 18 años.

Debía tener unos 14 años cuando el sexo empezó a fascinarle. Lena le dio una breve explicación. Él asintió cuando ella le explicó que frotarse y eyacular se llamaba masturbación y que los chicos solían hacerlo solos. Negó con la cabeza; no, eso no era cierto, porque algunos de sus amigos, como él, eran masturbados por sus madres. A Lena le pareció asombroso. Pero dejó que Heinzi le contara exactamente lo que sabía al respecto. Se estremeció cuando él le dijo que a los chicos también se les permitía tener sexo con sus madres; eso era perfectamente normal. Bueno, Heinzi quería echarle un buen vistazo "allí abajo", así que ella se tumbó boca arriba en la bañera y abrió las piernas. Heinzi la miró y la manoseó durante un buen rato, luego dijo que tenía que sentir lo que se sentía, con su pene. Dentro. Antes de que Lena pudiera protestar o apartarse, el chico de 14 años ya la había penetrado. No empujó, se deslizó hasta el fondo. Se miraron a los ojos y ambos permanecieron inmóviles. Él sonrió mientras ella le acariciaba parte del pene y el escroto, excitándolo.

"¡Eso es maravilloso!", exclamó Heinzi en voz baja, "¡mucho más maravilloso de lo que había pensado!"

Permanecieron inmóviles y Heinzi susurró: "¡Creo que se acerca!"

Lena se preguntó qué quería decir, entonces sintió que él eyaculaba dentro de ella, una, dos, cinco veces. Furiosa, lo apartó, y él eyaculó el resto en la bañera. Ella lo hizo arrodillarse a su lado en el suelo, apoyó los brazos contra la bañera y juntó las manos. Recitó el Padrenuestro en voz alta, luego lo rodeó con un brazo por el hombro y dijo que madre e hijo no debían tener relaciones sexuales, que era incesto, ¡una vergüenza de sangre!

Él se opuso vehementemente. "¡Eso no fue follar!", exclamó apasionadamente, "¡y te hablé de los que tienen permitido follar con sus madres!".

Lena parecía desconcertada. "¡No te creí!", exclamó, "¿Quién, por ejemplo?!"

Heinzi pensó un momento y luego nombró a tres. — Lena tuvo que tragar saliva con dificultad, pues, por supuesto, había oído los rumores de que las madres habían cometido incesto. Siempre los había descartado como simples rumores.

— Puede que sea así — dijo en voz baja — , pero sigue siendo incesto. No hizo pausa. — Eres mi hijo, ¡no debemos tener relaciones sexuales! — Eso fue claro e inequívoco.

Pero claro, al día siguiente le exigió que se tumbara en la bañera.

— ¡Pero no debes follarme! — gritó, pero obedientemente se tumbó. Amaba a su Heinzi y jamás podría negarle nada. Él separó sus labios vaginales con los dedos y la penetró lentamente. Lena contuvo la respiración; ¡seguro que no lo haría! Pero sí, eso fue exactamente lo que hizo, y ella no se movió, abrumada por el miedo y la vergüenza. Él cometió el pecado mortal y la folló. Aún era bastante inexperto y torpe, pero terminó y eyaculó dentro de ella. Permanecieron entrelazados unos minutos, luego salieron de la bañera.

«Si quieres eyacular dentro de una mujer o una niña, ¡tienes que asegurarte de que no esté embarazada!», le explicó Lena con toda claridad. Le dijo que una mujer solo puede concebir tres o cuatro días al mes, así que debía tener cuidado y preguntarle a la chica an-

tes. Heinzi asintió, aliviado de que su madre no volviera a hablar de incesto.

"¡Te lo preguntaré mañana, lo prometo!", dijo con una sonrisa descarada.

— ¡Debes estar loco! No hay un mañana, no podemos tener sexo — reprendió Lena enfadada — . ¡Eso es incesto!

"¡Lo sabía, lo del incesto iba a pasar!", rió Heinzi alegremente.

Esto sucedía ahora a diario; Heinzi follaba a Lena cada vez que se duchaba, y ella no podía, no quería, negarse. Lena hacía tiempo que había trasladado el banco tapizado de la entrada al baño, porque follar en la bañera no era muy cómodo. El baño era la única habitación sin ventanas y, por lo tanto, mucho más segura que el dormitorio, donde un observador malintencionado podría espiar su encuentro incestuoso. Cuando ella le dijo que no podía eyacular dentro de ella ese día y le preguntó si prefería una masturbación o una felación, él preguntó qué era una felación. Ella se lo mostró.

— ¿Te lo tragaste? — preguntó con incredulidad.

— Por supuesto, no tiene nada de asqueroso. El semen viene del cuerpo y es completamente puro. ¡No me da asco en absoluto! — repitió Lena por centésima vez que no quería tener relaciones sexuales incestuosas, y él simplemente asintió con indiferencia. ¡Claro que sí quería, maldita sea!

Hacía tiempo que había dejado de pensar en el incesto; ella se acostaba con Heinzi, y él con ella. Lo amaba más que nunca, ya que su marido solo aparecía cada pocos meses y se quedaba unos días. A pesar de todo, seguía enamorada de él y se acostaban apasionadamente. Pero no era él, era Heinzi, quien la amaba de verdad y se acostaba con ella todos los días. Ya no pensaba en el incesto, porque era maravilloso acostarse con Heinzi. Heinzi sabía lo importante que era el secreto.

Sin importar cómo hubieran llegado al tema, él lo sacó a colación, mencionando que algunos de sus compañeros también se acostaban

con sus madres, igual que él. Pudo describir con gran detalle cómo a los hijos se les permitía tener relaciones sexuales con sus madres. Lo describió con tanta precisión, como si él mismo hubiera estado allí. Bajó la cabeza cuando Lena lo interrogó intensamente, y luego admitió que había estado allí y que también se le había permitido tener relaciones sexuales con las madres después de los hijos. Ahora tenía que contar toda la historia. La primera mujer, Jutta, estaba muy embarazada, y él sospechaba que su hijo Josef era el padre, ya que ella no estaba casada ni tenía amantes. La había interrogado cuidadosamente y estaba bastante seguro, especialmente porque la mujer de 31 años estaba a punto de llorar. "Joschi, ¿por qué siempre traes a tus amigos para que luego tenga que acostarme con ellos? ¡Sabes cuánto lo odio!" Joschi la desnudó sin piedad y la sujetó; ahora era el turno de Heinzi, y folló a la reacia mujer con fuerza. Ella no se resistió cuando Joschi la folló, y luego ambos follaron una segunda vez. Josef y él follaron a Jutta durante más de una semana, luego su interés disminuyó. Jutta no era precisamente un éxito de taquilla. A Heinzi también se le permitió follar a la madre de Ronald, Evelyn; ella también estaba embarazada de su segundo marido. Solo dejó que Ron la follara una vez que estuvo embarazada. A Heinzi le resultaba muy incómodo lo codiciosa que era Evelyn, a pesar de que era bastante fea y poco atractiva. Él y Ronny follaron a Evelyn juntos después de la escuela durante un buen mes, luego se esfumó. Freddy, a quien Lena conocería más tarde, lo llevó a la casa de su hermana mayor recién casada. Tuvieron que escabullirse allí en secreto porque ella tenía fama de perder a sus maridos. Esto resultó ser el mejor y más placentero follada; a la hermana le encantaba experimentar y siempre tenía grandes ideas. Esto continuó hasta el verano.

Fue durante su último año de escuela. Llevó a casa a un amigo, Alfi. Tomaron café y limonada en la cocina, y entonces Heinzi le hizo su gran pregunta. Alfi nunca había tenido relaciones sexuales con una mujer, solo había abrazado a chicas, las había besado y les había metido la mano en la ropa interior. Técnicamente, Alfi seguía siendo virgen y deseaba desesperadamente tener sexo como es debido. Lena se negó de inmediato, molesta por lo que se esperaba de ella. La discusión se prolongó, Alfi escuchaba en silencio, con ganas de huir. Heinzi se levantó y dijo que acompañaría a Alfi al baño. Lena permaneció sentada ostentosamente, hirviendo de rabia: ¿qué creía su hijo que

estaba haciendo? Después de unos minutos, Heinzi entró desnudo en la cocina, la tomó de la mano y la condujo al baño.

Se quedó inmóvil. Heinzi la desnudó lentamente, sonriendo amablemente. Colocó sus brazos sobre sus pechos, que eran demasiado pequeños para una mujer adulta, redondos, firmes y con pezones puntiagudos como los de una niña muy pequeña. Esto la avergonzaba mucho; encontraba su vulva bastante útil. Su clítoris era inmediatamente visible, rígido e insistente. Solo tenía un pequeño y delicado vello sobre su vulva, no una selva desagradable. Heinzi la recostó suavemente boca arriba en el banco.

Lena estaba terriblemente avergonzada. Claro que Alfi no era el primer hombre que la veía desnuda, ni el primero al que ella veía desnuda. Se sentía avergonzada y, de alguna manera, dolida de que Heinzi le estuviera haciendo esto. Entonces él empujó a Alfi hacia adelante, justo encima de Lena. Ella abrió automáticamente las piernas y puso ambas manos en su espalda. El silencio era palpable. Alfi estaba paralizado. Finalmente, bajó la mano y separó sus labios vaginales con los dedos.

— Tienes que entrar aquí, Alfi, ¡no tengas miedo! — dijo ella en voz baja, y colocó su pene con la mano. Él entró con cuidado y cerró los ojos.

— Ahora tienes que empujar, adentro y afuera, ¡y no tengas miedo! — dijo con voz ronca, pues le resultaba extraño tener que tomar la iniciativa. Alfi, obedientemente, empujó adentro y afuera y eyaculó al cabo de unos instantes. Gimiendo, sacó su pene.

— Mira, te voy a enseñar cómo se hace — dijo Heinzi, y se subió encima de Lena. Era la primera vez que la follaba delante de una desconocida; por supuesto, ya era un excelente follador. La folló durante mucho tiempo, hasta que estuvo a punto de llegar al orgasmo, pero en realidad no lo tuvo. Se puso caliente y furiosa, follándolo como una loca. Estuvo a un milímetro del orgasmo, pero no lo tuvo. Él se corrió con placer y se levantó, luego hizo una seña a Alfi. Los dos chicos la follaron dos veces cada uno, y luego quedaron exhaustos. Heinzi le pidió a Alfi que se vistiera rápido y lo llevó a la puerta prin-

cipal. Esperó en la cocina, fumando, hasta que Lena terminó de masturbarse en el baño, se vistió y vino con él.

Hablaron largo rato, Lena expresó sus sentimientos. Se sentía vendida y traicionada, y también algo asustada porque Alfi había presenciado su incesto. Heinzi refunfuñó que jugaba su reputación con Alfi; desde luego, no lo traicionaría. La conversación se fue apagando; Lena y él tenían opiniones diferentes sobre el asunto y no pudieron llegar a un acuerdo. Él expresó su opinión con franqueza: ella no debería ser tan desagradable; él, por supuesto, sabía que ella no era fértil ese día. Debería estarle agradecida; él le había dado un cambio de aires, y Alfi tenía un pene grande y bonito. Ella no podía negar que se había excitado bastante, ¡y sí, el pene de Alfi era genial! Lena lo acusó de ser demasiado superficial. Ella tenía sentimientos, ¿acaso él no los había visto? Miedo, humillación, vergüenza, y aún más vergüenza. Eso era lo más importante, no si se había excitado o si pensaba que el pene de Alfi era genial. Aquello fue puramente físico; emocionalmente, fue una catástrofe para ella. Él estaba tan molesto que ella tuvo que restarle importancia. Ella le agradeció mucho que se hubiera excitado, que hubiera sentido esa excitación, y también porque un nuevo pene la había follado de maravilla. Como dije, la conversación se fue apagando.

Durante tres semanas, todo volvió a la normalidad. Entonces Heinzi trajo a otro amigo, Freddy. Freddy se jactaba de haber estado acostándose con su hermana mayor “desde hacía siglos”, pero ella se acababa de casar. Heinzi no se lo creyó ni una palabra, y no necesitó explicarle nada a Lena; ella sabía lo que se esperaba de ella. Fue al baño y ya se había desvestido cuando entraron los dos héroes. Al principio, cedió con cierta reticencia, pero Freddy tenía un pene estupendo y follaba muy bien, así que pronto se excitó y jadeaba de placer. Esta vez también, los dos se turnaron para follarla dos veces, y luego Heinzi le mostró la puerta a Freddy con educación. Se sentaron en la cocina.

— Freddy sí que tiene una polla buenísima — dijo Lena — , ¡y la da todo! Heinzi le preguntó si creía que llevaba mucho tiempo acostándose con su hermana. Lena no lo pensó mucho: — ¡Claro que sí! Heinzi se quedó callado, molesto por su error.

— Me sorprende que no me hayas dicho lo que piensas — dijo él. Ella lo miró fijamente durante un buen rato y se preguntó si sería capaz de decirle eso a su hijo.

¿Por qué debería insultarte? Querías sorprenderme y emocionarme. ¡Y lo lograste con creces esta vez! Dudó un instante más.

— Así que lo disfrutaste — observó Heinzi — . ¡Uf, me alegro de oír eso! Lena seguía indecisa; una mujer decente no exigía sexo abiertamente, pero... ¿seguía siendo una mujer decente? Heinzi sonrió con picardía.

— ¿Debo traer a Freddy mañana? — preguntó. Lena suspiró aliviada; no hacía falta que preguntara.

— Sí, si tiene tiempo, ¡con mucho gusto! Ahora todo había salido a la luz, sin que ella tuviera que humillarse. Heinzi soltó una carcajada.

— ¡Claro que seguirá viniendo, ese chico, hasta que se le acabe la paga! — Se mordió el labio; se le había escapado. Lena ni se inmutó.

— No pasa nada si complementas tu paga, hijo mío. Algún día serás independiente, y entonces te vendrá bien tener algo de visión para los negocios. — Pensó un momento — . Pero compartimos, ¿no? Heinzi era muy consciente de que él mismo se había buscado este lío y de que su madre era astuta y tenía mucha visión para los negocios. Cambiaron de tema.

Freddy venía todos los días, pero después de dos semanas se acabó. Lena no preguntó si era por la paga. Negó con la cabeza sonriendo y se negó a aceptar dinero de Heinzi. Freddy era muy bueno en la cama, y ella tenía que irse directamente a dormir después porque estaba “muy cansada”. Después de masturbarse, volvía a la cocina para preparar la cena. Solía masturbarse en el baño, justo después de que los chicos se fueran y Heinzi cerrara la puerta. Todavía estaba muy excitada y caliente, así que solo le tomaba unos segundos llegar al orgasmo.

Lena fue a la zona de Dresde el fin de semana; Rachel estaba de visita con su familia y Lena se quedó a dormir. Cuando regresó, encon-

tró a Heinzi bastante angustiado. Le pidió que le contara todo con detalle. La viuda Weber, que vivía a pocas calles, apareció en su casa. Había venido para acostarse con Heinzi. Él tenía sus reservas; ella tenía unos 70 años y no era nada atractiva. Pero ella insistió y montó un espectáculo, como si él hubiera seducido a la casta viuda para llevarla al dormitorio. Él se armó de valor y se acostó con la anciana. Era bastante rellenita, sus pechos del tamaño de melones le llegaban hasta el ombligo. Casi no le quedaba vello púbico; su vulva y clítoris estaban arrugados, resecos y enrojecidos, su clítoris sobresalía como un dedo. Era obvio que tenía mucho sexo y se masturbaba mucho. Se quedó a dormir y no se fue hasta el domingo por la tarde. Era una mujer experimentada y le lamió el glande con sonidos de succión y chasquidos hasta que su pene volvió a estar erecto. Se dejó follar cien veces, pero solo tuvo un orgasmo masturbándose después del sexo. Heinzi estaba físicamente exhausto y muy perturbado; había visto la masturbación femenina por primera vez, y con una anciana que follaba y se masturbaba insaciablemente. Lena poco a poco lo hizo volver a la realidad, explicándole que no todas las mujeres eran tan desinhibidas, egoístas y desvergonzadas. Heinzi le preguntó si ella se masturbaba, y Lena respondió: «Sí, a veces, pero eso es algo privado. Jamás lo haría tan descaradamente delante de nadie». El tema quedó zanjado, aunque ella sabía que él aún tenía mil preguntas. Por suerte, Heinzi se olvidó rápidamente de la desvergonzada viuda.

Durante todo ese tiempo, Heinzi se acostó con un montón de chicos, sin duda más de cien, y todo iba bastante bien hasta que terminaron las últimas vacaciones de verano y se mudó a la capital para estudiar. Se mantuvo en contacto con Lena, escribiéndole una postal cada semana y una carta más larga una vez al mes. Era aplicado, tanto en sus estudios como con las chicas. Muchas chicas querían quedarse embarazadas, escribió Heinzi, y Lena se imaginaba su amplia sonrisa, porque entonces los padres se veían obligados a casarlas rápidamente.

El pastor estaba en casa otro fin de semana. Hacían el amor mañana, tarde y noche. Lena seguía queriendo a su vieja bruja, y él la respetaba más que a sus feligresas. Al fin y al cabo, ella le había dado un hijo, lo había criado bien y con devoción, ¡y el muchacho incluso estudiaba en la universidad! Hacían el amor apasionadamente, be-

bían mucho oporto y fumaban tranquilamente sentados en la cama. Lena disfrutaba de su potente sexo y le dejaba follarla con fuerza tan a menudo como podía. Era realmente muy diferente a follar con los muchos chicos, que también eran geniales en la cama, pero no tan posesivos como su marido. Ella lo conocía bastante bien; él tenía una imagen muy específica de ella: era su esposa casta y fiel que nunca le había sido infiel. Era muy devota, su hermanita de oración. Y le encantaba que la follaran con fuerza; realmente lo disfrutaba. Era un poco ingenua, pero eso le venía de maravilla. No se rebelaba. Así es más o menos como él la veía.

Quizás fue el vino lo que les desató la lengua, porque ahora, por primera vez en mucho tiempo, hablaban de asuntos personales.

— Debes sentirte muy sola ahora mismo — dijo suavemente mientras fumaban en la cama después del sexo — . Llevo meses pensando en esto. Ella se había dejado follar con placer y ahora jugaba con su clítoris bajo las sábanas, porque él nunca se daba cuenta cuando ella era cuidadosa y llegaba al orgasmo muy, muy silenciosamente. Cuando descansaba, deslizaba la mano bajo la sábana hasta su pene. Solo necesitaba jugar un poco con el glande, retraer el prepucio con firmeza un par de veces, y dejaba de hablar. Él la follaba bien, y entonces retomaban la conversación. Sabía que él había tomado dos pastillas de Pervitin y podía tener una erección fuerte en cualquier momento, así que dejaba de hablar una docena de veces y dejaba que su querido semental la follara con fuerza una docena de veces esa noche.

Ella escuchaba atentamente; tal vez su idea era buena. «Ahora que la guerra está en pleno apogeo, es difícil encontrar un hombre con las extremidades rectas en esta ciudad, solo enfermos y ancianos. Y yo estoy más fuera que nunca, pero no, como crees, solo persiguiendo faldas de mujeres: las solteras, las casadas cuyos maridos luchan por ese Führer idiota, y las viudas, por supuesto. ¡Eso no es ni la mitad de cierto, te lo aseguro! ¡Mira qué delgado me he puesto con la escasez de comida! No, las faldas solo me distraen de mis deberes; ¡ojalá no fuera tan potente!». El vino de Oporto debió de complacerle, porque como antiguo oficial de caballería, no tenía una opinión muy alta del mejor general de todos los tiempos, pero solía saber guardar silencio.

Lena lo interrumpió, diciendo que se alegraba de que aún fuera tan potente a su edad. Él asintió con aire de suficiencia y continuó. "En secreto me alegro, ¡pero no se lo digas a nuestro Señor! ¡Gracias a Dios que hay tantas mujeres, porque todos los hombres están en guerra, y humildemente acepto a todas las que el Señor me envía! No, no te preocupes, las menores de 12 años están, por supuesto, fuera de mi alcance, la decencia así lo dicta. Pero las mayores, a veces me llevan al límite del agotamiento. Necesito muchas oraciones fervientes entonces, solo para no caerme muerto. Pero luego tomo una Pervitin, me acaricia el pene como un ángel, ¡y estoy listo para otra vez! La Pervitin es un regalo de los dioses, en broma la llaman 'chocolate tanque'. ¡Necesito dormir mucho menos entonces y tengo una erección tras otra! Y cuando vengo a visitarte, tomo dos, parece que a ti también te gusta el resultado. — ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Sin embargo, las viudas viejas son las más duras, ¡se masturban día y noche, incluso mientras tenemos sexo!" Imagínense, ni siquiera durante el sexo muestran respeto por el hombre; se frotan y se profanan sin cesar. ¡Es muy, muy triste cómo la lujuria las consume! Si el obispo supiera lo cerca que estoy del diablo, ¡me compadecería! El pastor se sumió en una profunda melancolía, y Lena le acarició el pelo gris y erizado. Su visión de lo que hacía era completamente errónea, retorcida y deformada como la Torre Inclinada de Pisa. Quiso provocarlo un poco y le dijo lo horrible que debía ser ver a las viudas masturbarse. Ella misma ni siquiera sabía cómo se masturbaban las mujeres. Esa fue su señal; entonces describió durante un buen rato las diferentes formas en que las mujeres se masturbaban. Finalmente, descubrió a Lena y le mostró cómo se masturbaba. El pastor, como ella ya sabía antes de la boda, era increíblemente inepto en ello, pero Lena ni siquiera tuvo que fingir un orgasmo. Su clítoris estaba tan acostumbrado a la masturbación que alcanzó el orgasmo a pesar de su ineptitud. Lo reprimió lo mejor que pudo y le aseguró que ahora lo entendía. "¿Y qué fue eso al final?", fingió ignorancia Lena, y él proclamó largamente que era el orgasmo femenino con el que el diablo atraía a las mujeres y las arrastraba al abismo. Se alegró de que ella no tuviera que profanarse y arrojarse a los brazos del diablo.

— ¿Y qué idea tenías para mí? — preguntó Lena rápidamente, recuperando el aliento poco a poco — . Sí que tenías una idea para mí,

porque no tengo con quién acostarme — le recordó. Él tuvo que pensar un rato, pero al final lo recordó.

«Muchos jóvenes regresan de la guerra, algunos un poco traumatizados, habiendo perdido un brazo o una pierna, pero la vida continúa. ¿Y cuál crees que es su mayor problema? — ¿Sí? — No encuentran una mujer que, obedeciendo a la naturaleza, los lleve a la cama. Y entonces se me ocurrió que tú tampoco tienes a nadie que te caliente. Siendo tan decente y temeroso de Dios, no buscas a alguien con quien cometer adulterio. ¡Realmente lo admiro!». Lena fingió casta modestia y murmuró: «¿Quizás él, su queridísimo esposo, quería que te masturbaras de ahora en adelante? ¿Querías eso? ¿Debería hacerlo?», preguntó con tono burlón. Él negó con la cabeza indignado. «¡No, absolutamente no!».

«Lo que pensaba era enviarte a uno o dos pobres tipos para que tuvieras con quién acostarte, ¡con mi bendición, por supuesto!», dijo el pastor, su marido. Lena no estaba preparada para eso.

— Pero eso rompería nuestra promesa — susurró ella, completamente sorprendida — . ¡Prometí acostarme solo contigo! Él le sonrió, tan arrogante como siempre — . ¡Exacto! Y si lo permito, si doy mi bendición, ¡entonces está bien! ¡Eso es todo! Lena se quedó en silencio y se acurrucó contra él después de tomar una copa de vino. Él le enviaría hombres honestos y decentes, buenos alemanes en apuros. ¡Y ella no debía sucumbir al vicio bajo ningún concepto! Asintió agradecida, porque no había tenido relaciones sexuales en los meses transcurridos desde que Heinzi se fue a la universidad. Ni un solo hombre. — Mientras me envíes hombres jóvenes, no necesito masturbarme. Si no hay nadie con quien acostarme, tendré que masturbarme, ¿no crees? Él abrió los ojos de par en par; a pesar del alcohol, su responsabilidad se hizo patente. — ¡Te voy a enviar hombres, montones de ellos! ¡Y no te masturbes, maldita sea! Lena se acurrucó junto a él, como un gato. “Pero voy a intentar masturbarme en secreto una vez, ¡el orgasmo fue simplemente increíble!”, ronroneó la gatita, y el pobre pastor dio un respingo.

Sin duda, el vino le había afectado la cabeza. «¿Y sigues sacrificándote, acogiendo a ancianas viudas, a gente de clase media y a los

niños de doce años que el Señor te envía?». Él no entendía la ironía, el sarcasmo ni el ingenio. La abrazó con calidez. "Sí, las niñas de doce años son tan receptivas a la palabra de Dios y a su siervo enviado. Te miran con los ojos muy abiertos y asienten con entusiasmo, ¡porque por supuesto quieren experimentar la bendición del Señor a través del cuerpo de su siervo! Se desnudan con una timidez encantadora y femenina y se acuestan desnudas ante el siervo del Señor. Se ven absolutamente hermosas cuando les deshago las trenzas, que se ven obligadas a llevar según los gustos perversos del líder, ¡y su cabello largo y abundante enmarca sus rostros! Parecen pequeñas vírgenes, y las estrellas brillan en sus ojos bien abiertos cuando ahora se les permite ver, tocar y acariciar suavemente mi pene. Conteniendo la respiración, guían mi pene hacia su abertura vaginal con dedos delicados; algunas incluso lo empujan con firmeza. Me miran con los ojos muy abiertos y expectantes cuando las desfloro. Lágrimas de alegría corren por sus mejillas durante el sexo, y jadean bruscamente cuando eyaculo. Por supuesto, no quiero embarazarlas, así que saco mi pene y les muestro cómo frotar el semen. afuera. La mayoría de ellas ya saben cómo hacerlo por sus compañeras de clase, casi todas les hacen felaciones a los chicos. Así que me frotan el pene con entusiasmo y me hacen eyacular."

Guardó silencio por un instante. Sabía, por supuesto, que en realidad ya había embarazado a cientos de chicas y mujeres, pero no le importaba. Le daba igual si acudían a un abortista o daban a luz al bastardo. La decisión recaía únicamente en el Cielo. Despreciaba a los nuevos alemanes nacionalistas que seguían a un líder nefasto. Si podía escupir en la sopa del Führer o corromper a la prole de gente deshonrosa, entonces eso sería una buena acción. Continuó.

Casi ninguna se excita la primera vez, pero sí la segunda. Y me dejan follarlas tan a menudo como puedo, todas dulces y sonrientes. Les encanta. A la mayoría. — Hizo una pausa soñadora — . Lo que de verdad me duele es que casi todas ya han sucumbido al vicio femenino; algunas fueron seducidas a la masturbación desde los cinco años, ¡imagínense! Sin vergüenza alguna, se masturban delante de mí, ¡pobrecitas!

Lena no necesitó interrumpirlo. «A los 12 años, todavía no tienen vello púbico ni pechos, ¿verdad?», preguntó, reprimiendo el impulso de gritarle que era un asqueroso pedófilo. Él respondió con amabilidad: «Casi ninguna tiene más que un poco de vello infantil, rubio, rojizo o negro. Normalmente se les ven muy bien las vulvas y las vaginas, pero también se nota enseguida que están irritadas y rojas por la masturbación, ¡pobrecitas! Muy pocas tienen pechos, que siempre me recuerdan a tus pequeños y dulces pechos de niña». Lena tomó otra copa de oporto. Él continuó.

Lo que siempre me conmueve profundamente son las niñas judías. Vienen a mi clase de religión, aunque profesan una fe diferente, pero vienen porque están enamoradas de mí. A los doce años, parecen incluso más jóvenes que nuestros alumnos de esa edad, y desflorarlas y follarlas es uno de mis mayores placeres. Al principio, suelen estar un poco asustadas y confundidas, pero a medida que avanza la noche, se vuelven cada vez más confiadas y exigen que las folle una y otra vez. Lo llevan en la sangre. Le pido perdón al Señor por sentir tal lujuria carnal por ellas y, al mismo tiempo, le pido que me envíe más. Él es un Dios misericordioso y a veces me concede su gracia.

Les explico a todas las chicas las necesidades de las chicas castas, que son completamente diferentes a las de los chicos que las masturban a escondidas en la escuela. Los chicos lo necesitan a diario; tienen que eyacular todos los días. Parecía estar reflexionando sobre algo. “¿Cómo era con Heinzi? ¿Eyaculaba a menudo?” Lena no estaba preparada para el giro de los acontecimientos, pero el vino la hizo balbucear y mentir.

«Oh, Heinzi, no pudo eyacular hasta los 12 años. Lo descubrimos en la ducha cuando usaba el chorro caliente para ponerle el pene duro, moviendo el chorro rápidamente de arriba abajo como siempre; le encantaba desde los 4 años. Siempre tenía que ponerle el pene duro y seguir hasta que palpitara con fuerza; solo entonces era suficiente. Ahora no solo palpitaba, sino que eyaculó por primera vez». Lena se bebió el vino de un trago y se preguntó cómo le explicaría toda esa red de mentiras. “Durante unas semanas, rociarlo en el chorro de agua tibia fue suficiente; su eyaculación se volvió fuerte y firme con el tiempo. Pero un día ya no funcionó. Así que usé mi dedo índice pa-

ra deslizar su prepucio hacia adelante y hacia atrás hasta que eyaculó. Al principio, eso fue suficiente, y le gustó mucho. Sin embargo, tenía que frotar más fuerte cada vez, lo cual no me resultaba del todo cómodo, pero recordé lo que dijiste sobre que un chico de su edad necesita eyacular a diario. Así que me armé de valor, y después de unos días, lo masturbé como es debido." Lena lo miró; tenía una pregunta.

— ¿Así que lo masturbabas todos los días hasta que se iba de casa? — Lena ya se esperaba la pregunta, pero continuó su relato.

«Al principio, sí. Un día quiso aprender sobre sexo y le expliqué lo que necesitaba saber. Le dejé mirar y tocar mi vulva y respondí a todas sus preguntas, excepto a la de la masturbación femenina, ya que yo misma no sabía nada al respecto. Jugué con su pene sin ningún pudor, ¡porque tiene un pene magnífico!». Lena no tenía motivos para comparar tamaños.

Quería introducir su pene, pero ya sabía que madre e hijo no tenían permitido tener relaciones sexuales. «Que así sea», pensé, y dejé que me penetrara. Le encantó, y yo seguí jugando con su pene y escroto, lo que lo excitó mucho. De repente, susurró que estaba a punto de correrse, y entonces eyaculó dentro de mí. Le recordé de nuevo que no teníamos permitido tener relaciones sexuales, y entonces rezamos un Ave María juntos.

El pastor maldijo en voz baja: "¿Y simplemente dejaste que eyaculara dentro?" Lena sonrió tontamente: "¿Qué podía haber hecho?"

Continuó: «Después, fue así: lo masturbé, y cuando dijo que estaba a punto de correrse, lo dejé que me la metiera y eyaculara dentro de mí. Al principio fue muy bueno; se portó muy bien y cumplió su palabra de no follarme». Lena hizo una pausa y bebió vino de Oporto. Qué astutamente había insinuado lo que sucedería después con la palabra «inicialmente», cómo sus pensamientos se aceleraron y se desordenaron cuando ella dijo «inicialmente».

— ¿Entendí bien? ¿Le hiciste una paja y luego dejaste que se corriera dentro de ti? — preguntó, rascándose la cabeza — . Pero claro,

no hay nada de malo en dejar que se corra dentro de mí, no creo que eso sea follar, ¡en mi opinión está perfectamente bien! — Ella, muy animada, siguió charlando.

Cuando eyaculaba dentro, hacía pequeños movimientos de empuje. Hablamos de ello y dijo que ocurría inconscientemente. Sin embargo, las fases de empuje empezaban cada vez más temprano. Por supuesto, lo reprendí y recé en silencio una o dos Ave Marías. Me dolía la espalda en el duro banco, así que fuimos a mi cama; allí era más cómodo. Solía rezar las Ave Marías conmigo, normalmente seis o siete, a veces incluso doce, hasta que finalmente eyaculaba. El pastor levantó la vista, sobresaltado. «Doce Ave Marías... ¿no fue demasiado tiempo?», preguntó con incertidumbre. Lena solo dudó un instante. “Por supuesto, le dije exactamente eso, que le tomó bastante tiempo, pero él solo se encogió de hombros. Dijo que cuando empiezo a masturbarlo, siente que se acerca muy pronto. Lo dice cada vez, que está a punto de correrse, y entonces se le permite meterla y empujar hasta que eyacula. Cree que es correcto que yo, o ambos, recemos el Ave María y mantengamos nuestros corazones puros. Siempre hemos acordado que nosotros, madre e hijo, no tenemos permitido tener relaciones sexuales entre nosotros, eso está claro. Siempre lo masturbé con mi mano y dejé que me penetrara hasta que eyaculara cuando él lo decía. Nuestros corazones se mantuvieron puros porque nosotros, o solo yo, recitábamos el Ave María hasta que él hubiera empujado lo suficiente y pudiera eyacular.” Lena había terminado; su esposo no necesitaba saber nada más. Se aclaró la garganta y maldijo sin cesar: “¡Maldita sea, maldita sea!”

Lena había traído otra botella de oporto y les sirvió una copa a cada una. Se la bebió de un trago, encendió un cigarrillo y tramó su estrategia. Estaba borracha, lo sabía, pero quería asestarle un último golpe a su abusador de menores. Sonrió con picardía y continuó su relato.

Cuanto más tiempo tenía que empujar después de la masturbación, más me excitaba. Después de que eyaculaba, me quedaba insatisfecha y mi coño ardía de deseo, igual que tú. Me pones cachonda, pero el calor tarda horas en desaparecer. Hizo una pausa porque él tenía algo en la lengua.

— ¡Ustedes dos andaban como conejos! — gruñó con mal humor, sacudiendo su cabeza canosa con reproche. Lena se enderezó, fingiendo indignación — . No sé cómo se aparean los conejos, pero te aseguro que Heinzi y yo ni nos apareamos ni tuvimos sexo, ¡desde luego nunca tuvimos coito ni orgías, por Dios! La indignación pareció calar en su marido — . Yo solo le hacía una paja, y cuando estaba listo, le dejaba que me la metiera. ¡No hay nada de malo en eso! ¡Nunca tuvimos coito, maldita sea! La palabrota dio peso a sus palabras, y notó con diversión que él retiraba la cabeza. Ahora podía apretar aún más los tornillos.

Cuando tuvo que embestir durante tanto tiempo, me excité cada vez más, algo que al principio me avergonzaba. Intenté superar esa excitación con oraciones piadosas. Ella le dio la oportunidad de intervenir. «¡Eso me demuestra una vez más lo honesta, recta y casta que eres, mi Lena!», exclamó, besándole la mejilla. Lena tuvo que contenerse, porque el alcohol quería hacerla reír a carcajadas, burlonamente.

“Pero un día, después de que le hice una buena paja y él me acarició y mimó todo el cuerpo con tanto cariño que el calor en mi útero se convirtió en un torbellino, me soltó de sus caricias y dijo que tenía que irse. Estaba tan excitada que incluso ansiaba su penetración. ‘¡Vamos, chico, ven y correte!’, grité, y entonces me penetró durante un buen rato. En mi útero, el torbellino se convirtió en una tormenta, la tormenta en un huracán, y tuve que aferrarme a él mientras mi coño explotaba en el huracán. Me estremecí y me estremecí como loca, y luego se acabó. Tuvo que penetrarme durante un buen rato más antes de poder correrse. No me atreví a preguntarle, pero desde que me lo contaste hoy, ha sido un orgasmo.” Lena hizo una pausa para beber una copa de vino. Él movió la cabeza de un lado a otro. “Nunca has tenido un orgasmo conmigo”, afirmó con tono interrogativo.

— No, jamás — confirmó Lena, sabiendo perfectamente que le molestaba — . Claro que en aquel entonces no sabía que era un orgasmo, pero seguía ocurriendo casi a diario. Después, siempre rezaba con gratitud y examinaba mi conciencia, pero estaba claro. Fue un regalo del cielo, del Señor, que el calor se transformara en una tormenta y

un huracán redentor. Le estaba agradecida al cielo. — Dio un buen trago de vino, lo que solo alimentó su red de mentiras.

— ¿Y cuánto duró eso? — preguntó con desánimo, pues el hecho de que ella hubiera tenido un orgasmo con Heinzi le molestaba mucho. Lena lo pensó: ¿estaba presumiendo o no? Respondió vagamente: — No lo recuerdo con exactitud, tal vez un año y medio o dos. Encendió un cigarrillo y reflexionó sobre sus próximas palabras.

«Claro que siempre tuve dudas y me pregunté si había perdido mi decencia y castidad cuando, mientras la tormenta rugía dentro de mí, lo animaba. Nuestro hijo tiene una virilidad admirable; casi siempre lograba seguir adelante y desatar el huracán. Pero cuando no podía más, se sumergía con una sonrisa y me lamía el coño con la lengua hasta convertirlo en un huracán». Así que ahora tenía algo que mordisquear, y lo hizo, con los ojos muy abiertos por el asombro.

— ¿Heinzi te lamió el clítoris? — exclamó involuntariamente. Lena no pudo evitar reírse para sus adentros de lo predecibles que eran sus reacciones.

— ¡No sé si tengo clítoris! — exclamó con fingida inocencia — . Me lamió ahí abajo, dentro de la vagina, de alguna manera. No la mordió; no quería revelar su secreto, porque eso la llevaría directamente a la masturbación y a las garras del diablo. Lena esperó en vano; él apretó los labios.

“Pero por suerte no tuvo que lamerme ahí abajo muy a menudo, porque la primera vez me sentí increíblemente avergonzada. Una vergüenza terrible, como nunca antes. ¡Me invadía la vergüenza cada vez que me lamía, te lo aseguro! Pero Heinzi quedó muy satisfecho y me abrazó hasta que el huracán, el orgasmo, amainó. A pesar de mi vergüenza, le estuve muy agradecida porque me tomó en serio a mí y a mi excitación.”

Su marido permaneció en silencio, con la mirada perdida. Lena sirvió más vino y bebieron en silencio. Lena encendió un cigarrillo y fumó en silencio. Él se aclaró la garganta; el silencio lo estaba agobiando.

— Bueno, al menos Heinzi probó de verdad lo que es follar de verdad — dijo con voz ronca — . Siempre tuve razón, eres una mujer de lo más decente. No cometiste incesto con él, eso creo — añadió, aún ronco — . Ya no estoy tan seguro de si debería enviar a los soldados que regresan a follarte; tal vez ofenda tu carácter decente y casto. Se sumió en una profunda melancolía. Lena se preguntaba cómo soportaba el hecho de que su esposa y su hijo llevaran follando al menos dos años. Que sin duda se trataba de incesto real debía de ser evidente para él, aunque lo desestimara con palabras hipócritas. Parecía estar dándole vueltas precisamente a eso.

Nunca hablaba de su labor pastoral, así que Lena se sorprendió mucho cuando empezó a hablar. Hablé con todas las chicas y mujeres de mi parroquia, la mayoría en privado. Me formé una imagen bastante espantosa de ellas. Durante mucho tiempo, no me di cuenta de lo profundamente que estaban sumidas en el fango del diablo. No conocí a unas pocas que no estuvieran sucumbiendo al vicio. Casi todas se masturban sin el menor remordimiento, y la mayoría estaban dispuestas, sin la más mínima vacilación, a mostrarme directamente sus actos depravados. Sin dudarlo. Las observé; parecía que realmente las hacía felices. Muchas notaron que eso despertaba mi masculinidad; me guiñaban el ojo con lujuria y se dejaban follar con evidente placer. Incluso las recién casadas, que nunca habían engañado a sus maridos, no se resistieron en medio de su lujuria más intensa y se dejaron follar tímidamente y llenas de vergüenza mientras se acercaban al orgasmo. Después, estaban muy abatidas, lo cual, de alguna manera, podía comprender. ¿Te imaginas hasta dónde se ha extendido ya esta plaga?

Lena, cuyo dedo estaba ocupado estimulando su clítoris bajo la sábana, asintió con la cabeza. “Eso es realmente extremadamente perturbador, mi amor”, susurró en voz alta, interrumpiendo brevemente su estimulación clitoriana. Él asintió y continuó: “Debo admitir que no parecen experimentar nada negativo al respecto. Se sumergen en un estado meditativo, su dedo frota su clítoris casi automáticamente y tienen las fantasías sexuales más hermosas y excitantes. Sus orgasmos suelen variar mucho. Las que siempre tuvieron que ocultarlo no lo demostraron en absoluto. Otras, en cambio, hacían temblar las piernas o su pelvis se balanceaba como si estuvieran bailando rumba.

Podía observarlo fácilmente en su respiración. Contenían la respiración y la exhalaban ruidosamente durante el orgasmo; algunas dejaban escapar un grito reprimido o un suspiro. Pensarías que es hermoso si no supieras perfectamente que es un regalo del diablo". Suspiró profunda y amargamente. A Lena siempre le asombraba lo profundamente que le afectaba.

"Descubrí el segundo mayor vicio durante mi labor pastoral, porque nunca antes había oído hablar de él, ni lo había visto con mis propios ojos. Hay mujeres, imagínense, que lamen el clítoris de otra mujer con la lengua hasta que ella tiene un orgasmo."

— Oh, sí, lo sé — murmuró Lena, pero él no pareció oírla y continuó hablando — . Siempre ocurre en secreto; sus maridos nunca se enteran. Algunas me han contado que a veces se tumban en la cama una frente a la otra, cabeza con pies, por así decirlo. Se lamen simultáneamente, casi en una carrera para ver quién termina primero. Varias mujeres me lo han contado. Todas estas mujeres estaban obsesionadas con el sexo oral; preferían practicar sexo oral con sus maridos y no les gustaba el coito. ¡Solo podía tener sexo con la mayoría de ellas por la fuerza, imagínate! — Lena lo miró de reojo — . ¿Las violaste? — preguntó con asco. Pero él hizo un gesto con la mano para restarle importancia — . ¡Violadas, qué palabra tan fea! No, solo las agarré con fuerza o les sujeté los brazos, ¿pero violarlas? ¡No, no y no otra vez! — Lena permaneció en silencio, pues realmente no estaba de acuerdo.

"He conocido a unas dos docenas de madres que tuvieron incesto con sus hijos. Lo admitieron a regañadientes; sabían que era un crimen incluso bajo la ley secular. El Antiguo Testamento incluso prescribía la pena de muerte para ello. Casi todas tenían la misma excusa: sentían lástima por su hijo. El pobre chico sufría tanto al masturbarse, así que ¿por qué no, si ella podía ayudarlo? Una mujer me contó que su hijo había estado durmiendo en su casa desde que su padre se fue. Ella lo observó mientras aprendía gradualmente a masturbarse. Durante años no dijo nada al respecto; era perfectamente normal. Pero cuando él tuvo que trabajar cada vez más, ella le permitió tener relaciones sexuales con ella; era mucho más fácil así." Se sirvió una copa de oporto y bebió. Lena dijo: "¡Gracias, una para mí

también!”. Él se sirvió, completamente ajeno a su sarcasmo. Reflexionó, reflexionó y fumó, y finalmente se obligó a hacerlo.

¿Y ustedes dos definitivamente no tuvieron sexo? ¿Tú y Heinzi? — preguntó, lleno de sospecha. Lena ocultó su sorpresa, dejó que su dedo se deslizara de su clítoris y se incorporó con una mirada indignada — . ¡Claro que no, ¿qué crees?! ¡Jamás! ¡Lo juro! — exclamó Lena teatralmente — . Sabía que solo tenía permitido tener sexo contigo y nunca se lo permití a él. Solo quería eyacular dentro, y a mí me parecía bien. Siempre le hacía una masturbación manual primero, tal vez durante un minuto, y luego él decía que quería eyacular dentro. Eso me parecía bien, le decía, y lo dejaba penetrar hasta que se corriera. Rezaba en silencio las Ave Marías y me sentía profundamente avergonzada porque me excitaba y me ponía tan impúdica si tenía que penetrar durante más de doce Ave Marías.

El pastor murmuró una maldición baja y maldita, frunciendo el ceño. Lena, sonriendo y completamente impasible, continuó su red de mentiras. “Cuántas veces he examinado mi conciencia, preguntándome si realmente me estaba follando como es debido, pero siempre tuve muy claro que solo penetraba con absoluta inocencia, solo para poder eyacular. Eso no es follar, creo, al menos no follar de verdad. ¡La inocencia ha demostrado que nuestros corazones son puros y castos! — ¡Y siempre se ha mantenido decente, después de todo es nuestro hijo!” Lena permaneció completamente impasible mientras su marido murmuraba una maldición inaudible y maldita. Fumaron en silencio, y Lena murmuró que no necesitaba enviarle ningún hombre que regresara; ahora podía masturbarse, finalmente se lo había enseñado. Entonces el pastor protestó vehementemente; ¡eso estaba fuera de discusión, le prohibía masturbarse! ¡Le enviaría muchos hombres, eso era seguro!

Una semana después, sonó el timbre. Un hombre uniformado le entregó una carta de su marido. Ella lo invitó a pasar y tomaron café mientras ella leía la breve carta. Levantó la vista. “Mi querido Werner, estoy lista cuando tú lo estés”. Lo llevó al dormitorio y no se arrepintió. El hombro fracturado de Werner había sanado bien, tenía un pene magnífico y sabía cómo usarlo. Se quedó dos noches y luego se marchó. Ella le puso unos billetes en la mano para el billete de

tren y afirmó que eso era lo que su marido había escrito. Se quedó después de que él se fuera y dejó que las lágrimas fluyeran libremente. Había experimentado un orgasmo durante el sexo por primera vez en su vida. Fue maravilloso, casi tan bueno como los orgasmos que se daba a sí misma cada noche antes de dormirse.

El pastor cumplió su palabra; le enviaba al menos tres guerreros a la semana "para su uso personal" y le advertía cada vez que no se masturbara, que no profanara su casto cáliz. Ella le agradecía los sementales, pues eso era lo que todos eran, pero no pudo evitar reírse a carcajadas porque se negaba rotundamente a que le prohibieran masturbarse. Pronto aprendió que tener un orgasmo dependía de su propia participación. Tenía que asegurarse de que ella también disfrutara del acto sexual. Esto continuó así todo el año, y ella lo disfrutaba. No había problema si dos guerreros estaban allí al mismo tiempo; se acostaba con uno tras otro, y los tres se divertían. Sí, incluso cuando Heinzi volvió a casa por dos días, ella lo sorprendió. Lo arrastró al dormitorio y lo dejó follarla de principio a fin, tantas veces como pudo. Y ahora tenía orgasmos durante el sexo que lo complacían y le llenaban el pecho de orgullo. Follaron sin parar ese fin de semana, una y otra vez.

Un día recibió un telegrama. "Pereo, venite celeriter. Georg." Solo conocía a un Georg, que le escribió en latín: ¡Me estoy muriendo, ven rápido! Diez minutos después estaba en la estación de tren, dos paradas, y allí estaba. Prácticamente corrió y entró en la casa. Allí yacía, su viejo profesor de latín, dormido. Podía ver claramente que el final estaba cerca. Fue en silencio a la cocina y habló con Rosa, la ama de llaves de toda la vida, a quien reconoció inmediatamente como la amante del profesor. La anciana ingenua le confió que después de la muerte de su esposa hacía más de 25 años, había dormido en su cama y disfrutaba de que el profesor la follara. El profesor ya tenía casi ochenta años, pero aún la follaba todas las noches. Ella misma tenía ya 79, pero aún lograba disfrutar de que la follaran con amor. Nunca había tenido sexo, ni se había masturbado, pero follar con el profesor era maravilloso, y a veces sentía que iba a estallar de placer y por la tormenta que él podía desatar en su inexperta vagina. A menudo, la tormenta terminaba incluso durante el sexo; sus muslos temblaban y su corazón volvía a calmarse y a sentirse ligero. Pero si, al final del

sexo, la tormenta seguía rugiendo en su vagina, el profesor le frotaba un poco la vulva, de modo que casi perecía en el huracán. Amaba esa tormenta que la arrastraba cada noche y le hacía temblar los muslos. ¡Le estaba tan agradecida por ello! Pero desde hacía tres semanas, él no había querido tener sexo y se había quedado en la cama todo el día. El médico de cabecera había venido y le había dejado unas inyecciones de morfina; podría tener otros 10 o 14 días. El profesor estaba muy sereno y le pidió que enviara el telegrama.

— ¿Y dónde están sus hijos? — preguntó Lena. Rosa se persignó — . ¡Dios mío! Su hijo falleció en Francia hace dos años y su hija vive en Suiza. Lena tomó papel y lápiz y escribió un telegrama a su hija. Rosa se dirigió a la oficina de correos para enviarlo.

Lena entró en silencio en la habitación de Georg, el hombre al que le había entregado su virginidad. Su primer marido. Su primer amante. Él estaba despierto. Hablaron en voz baja; él estaba sereno y no temía a la muerte. Solo tenía un deseo: que ella se acostara con él una última vez. Nunca había podido olvidarla y lamentaba profundamente la forma tan cruel en que su esposa la había echado de casa. Su mayor anhelo era morir en sus brazos. Pero comprendería si ella se negaba. Después de todo, era la esposa, notoriamente casta y respetable, del pastor Neumann. No tenía una buena opinión del pastor, dijo con pesar. En la reunión de profesores se discutía entonces la expulsión del alumno Neumann del colegio, ya que se relacionaba constantemente con las alumnas más jóvenes, y presumiblemente con otras, pero no había pruebas ni testigos dispuestos a declarar.

Lena soltó una carcajada. No se habría casado con Neumann si hubiera sabido de sus actividades pedófilas. «Solo puedo estar de acuerdo contigo, querido Georg», dijo, con un tono más serio. «Sigue siendo un pedófilo y disfruta teniendo sexo con niñas de doce años. Un cerdo, si me preguntas». Lena no lo pensó dos veces. «Con mucho gusto me acostaré a tu lado y me quedaré contigo todo el tiempo que quieras. Nadie me echará de menos. Y en cuanto a esa supuesta casta esposa del pastor, nada de eso es cierto. Solo tengo que hablar con Rosa, y luego iré contigo». Georg le dio las gracias y se durmió segundos después.

Lena habló con Rosa, quien, naturalmente, accedió a dormir en la antigua habitación de los niños y a cocinar para ambos. Rosa recordaba a Lena, por supuesto, pero los amoríos del profesor no eran asunto suyo. Sin embargo, como era su deseo, accedió. Ahora que sabía que Lena estaba con él por las noches, por fin podía dormir toda la noche con la ayuda de una pastilla para dormir. Durante tres semanas, solo había cabeceado en el sillón junto a su cama. Una vez todo resuelto, Lena se desnudó y se acostó junto a Georg.

Ella velaba por su sueño, cabeceando apenas. Cuando él despertaba, hablaban largo rato sobre tiempos pasados. Ella estaba siempre dispuesta a tener relaciones sexuales cuando él quería. Él era demasiado débil para tener sexo con ella, pero ella le ponía el pene erecto con la mano y la boca y se subía encima. Nunca antes lo había hecho, pero ahora era su método preferido. No llevaba la cuenta de cuántas veces se subía encima y no le molestaba que Rosa trajera bebidas y comida. A Rosa le costaba apartar la vista, pero Lena supo la razón más tarde. El profesor era la primera y única persona con la que se había acostado. Él la había desflorado cuando tenía 55 años y habían tenido sexo todos los días desde entonces. Nunca había visto a nadie más teniendo sexo y solo conocía una posición, la católica: ella de espaldas, él entre sus piernas. Lena sonrió amablemente; todo estaba bien y nunca se había sentido avergonzada cuando Rosa la veía montarlo.

Era el tercer día. Ella le había dado de comer a Georg y había tirado el té; él quería un coñac. Ambos bebieron, él quería eyacular de nuevo, y ella le lamió el pene hasta que se puso rígido. Se montó sobre él y se marchó, tumbada encima, donde él eyaculó unas gotas como de costumbre. La abrazó con fuerza, luego sus brazos cayeron flácidos y sin vida. Ella le tomó el pulso.

Georg había muerto.

Junto con Rosa, Lena preparó el funeral, que se celebraría en diez días, y al que también asistiría su hija de Suiza. Hasta el funeral, Lena lloró a su primer amante, el que la había desflorado. El funeral fue silencioso y emotivo; aparte de su hija, Rosa, y Lena, asistieron todos los estudiantes supervivientes. Ahora podía volver a casa; le había

dado sepultura con la mayor dignidad y honor que permitía la guerra.

Su esposo continuó enviándoles uno o dos héroes de guerra cada semana, exhortándolos a no sucumbir a los vicios. Pronto pudo volver a sonreír, y su sonrisa quedó grabada en el corazón de muchos guerreros. Comenzó el nuevo año, y todos susurraban sobre el fin que se acercaba. Una extraña postal de Heinzi.

"Querida Lena, me han reclutado y me trasladarán al este en dos horas. Somos 30 chicos, y con 19 años soy el mayor. Pienso mucho en ti y te mando un fuerte abrazo. Para cuando llegue la tarjeta, ya estaré de camino. Te contactaré en cuanto pueda. Besos, Heinzi."

Lena no había vuelto a saber nada de Heinzi desde entonces. Le había enviado un breve mensaje a su marido, pero no recibió respuesta. Toda la infraestructura parecía derrumbarse; la gente estaba pegada a la radio, escuchando los apasionados discursos de los que estaban en el poder, mientras que las emisoras enemigas presentaban una imagen completamente distinta. Todas las mañanas, Lena corría a la oficina de correos; el cartero ya no era de fiar. No recibió más mensajes, ni de Heinzi ni del pastor. Los héroes de guerra, que habían sido puntuales todas las semanas, tampoco venían ya. La gente se reunía en la tienda de comestibles durante el día para ponerse al día de las últimas noticias.

El Führer se había atrincherado en un búnker; una vez al día, anunciaba con voz ronca la inminente victoria final por el micrófono de la radio. «El Führer ha hecho su testamento», susurraban en la tienda. «El Führer se ha suicidado», susurraban los aldeanos. Era increíble; ¡hacía un momento estaba hablando de la victoria final!

El fuego de artillería se acercaba cada día más. Uno de los antiguos héroes de guerra, Wolf, llegó. Ya había estado en casa de Lena tres veces; a ella le gustaba, y era realmente excelente en la cama. Ella solía ir con él. Él le preguntó si no le preocupaba su único brazo, pero ella se rió alegremente. "¡Tienes un brazo, no necesitas dos para follar!". A veces estaba muy triste porque había oído que su esposa, que era judía, y sus hijos pequeños habían sido deportados al Este. Había

oído rumores de que ningún judío había llegado al Este, sino que los estaban matando a todos en el camino. Estaba desesperado porque no le quedaba familia, y si todos morían, él tampoco querría vivir. Ella lo acogió con gusto; el sexo le hacía bien, una distracción de la incertidumbre, y Wolf era realmente excelente en la cama, incluso con un solo brazo. Mantenían la ventana cerrada porque los cristales vibraban con el fuego de artillería. Follaban día y noche; no había nada más que hacer. Luego llegó la noche del 4 de mayo, una noche oscura y lluviosa.

La puerta principal se hizo añicos bajo las botas de los soldados. Wolf estaba a punto de eyacular y no había oído nada; estaba concentrado en follar. Lena oyó el sordo golpe de las botas, la puerta se abrió de golpe y alguien disparó su rifle. Wolf eyaculó; se había desplomado sobre Lena y seguía eyaculando, más tiempo que nunca. Lena se despertó sobresaltada; docenas de botas pisotearon su habitación. Sacudió a Wolf, pero él no se movió. Encendió la lámpara de la mesita de noche. A Wolf solo le quedaba media cabeza; estaba muerto, muerto de piedra. Lo giró hacia un lado. Cuatro pares de ojos fijos en su vulva. Agarró su bata y se cubrió. Sabía perfectamente lo que había pasado, pero su cerebro se negaba a procesarlo, a comprenderlo. Los soldados arrastraron al muerto Wolf y lo arrojaron al jardín. Uno la agarró de la muñeca y la condujo al baño. Vio en el espejo que estaba cubierta de sangre. Se quedó bajo la ducha durante varios minutos, lavándose la sangre de Wolf. El soldado pronunció unas palabras en alemán. «Dame comida, dame aguardiente». Ella lo condujo a la despensa, detrás de la cocina, e hizo un gesto pidiendo comida y vino. Él descorchó la botella con el cañón de su pistola. Se llevó el oporto a los labios y bebió; tenía mucha sed. «¡Bien!», exclamó, y llamó a sus compañeros también en ruso. Había comida y bebida en abundancia.

Poco a poco, recuperó la consciencia. Había cuatro rusos, armados y sucios; su vehículo se había averiado justo delante de su casa. Habían metido el equipo de radio dentro y se turnaban para usarlo; al parecer, estaban en contacto con un centro de mando. Lena entró en el dormitorio y se vistió. Alexei, que hablaba unas pocas palabras en alemán, la condujo al jardín donde yacía el cuerpo de Wolf boca abajo. Al ver sus piernas y nalgas, se quedó paralizada y apartó la mi-

rada. Alexei dijo algo; sonó como «Mne zhal», «Lo siento», pero ella negó con la cabeza. «No entiendo». Se dio la vuelta y Alexei entró trotando en la casa tras ella.

Los hombres habían comido y bebido. Lena llenó una olla con agua y tomó un trapo. Llevó a Alexei al inodoro mugriento y señaló la suciedad con el trapo y el agua. "¡Limpia!", le dijo con tono autoritario a Alexei, quien balbuceó "Limpia" con la cabeza gacha. No debo perder el control el mayor tiempo posible, pensó Lena, y repitió: "¡Limpia!". Alexei gritó algo, y uno de los hombres se acercó refunfuñando. Lena le puso el trapo y el agua en la mano, señaló el inodoro sucio con la barbilla y dijo: "¡Limpia!", y Alexei tradujo con tono autoritario. Por lo visto, él era el jefe, gracias a Dios, pensó Lena. Se sentó tímidamente en el suelo con los hombres, con Alexei a su lado. Él explicó laboriosamente que todos eran de Rusia, cerca de Ekaterimburgo. Lena no tenía ni idea de dónde estaba eso, pero asintió. "¿Es bonito Ekaterimburgo?" Ella preguntó, y Alexei asintió de inmediato, "¡Hermosa, muy hermosa! Es una gran ciudad, muy hermosa. ¡Muchas casas hermosas, muchas familias hermosas, muchas mujeres hermosas!" Chasqueó la lengua, "¡Hermosa mujer, muy hermosa!" Lena hizo un gesto para indicar que entendía. El hombre de la radio hizo callar a todos. Escuchó y parloteó, volvió a escuchar y volvió a parlotear. Luego se dio la vuelta y soltó algo en ruso. Los hombres gritaron y aplaudieron. Finalmente, Alexei se volvió hacia ella y dijo, "La guerra termina mañana. ¡Hitler acabado, Hitler destruido!" Se llevó el dedo índice a la sien y gritó, "¡Boom!" Sonrió de oreja a oreja, "¡La guerra ha terminado, Hitler ha terminado, Fiira destruida!" Lena asintió; lo entendió. Así que el Führer, Hitler, se había suicidado después de todo. Gracias a Dios, la guerra podía terminar. Le explicó a Alexei con gestos que casi a nadie en la ciudad le gustaba Hitler. Tomó una foto de la pared. — Ese soy yo, ese es mi marido. Ahora es pastor — dijo, haciendo un gesto, rezando y bendiciendo — . ¡Sí, Papa, mi marido es Papa! Los ojos de Alexei se abrieron de par en par. Lena le dejó claro que ella y su marido despreciaban a Hitler y se alegraban de que la guerra hubiera terminado. Le mostró una foto de Heinzi y lloró. Sí, su hijo había estado en la guerra, en el Este, en algún lugar. Uno de los hombres trajo varias botellas de vino, pero Alexei se negó, explicando que tenían que racionarlo con cuidado, y luego continuaron celebrando el fin de la guerra.

Alexei, con olor a vino de Oporto, le susurró al oído: “¡Hazlo, te amo, hazlo!”. Lena lo entendió de inmediato, pues él colocó su mano inequívocamente sobre su muslo. Ella asintió: “¡De acuerdo, hazlo!”. Se levantó y lo condujo al baño. Dejó caer su vestido y entró en la ducha. “¡Primero límpiate, luego hazlo!”. Se sorprendió al verlo parado con la boca abierta bajo la puerta, como si nunca antes hubiera visto a una mujer desnuda. Se duchó, enjabonando su vulva de manera muy visible, y se secó. “¡Ahora Alexei, límpiate!”, dijo, señalando hacia la ducha. Él asintió con desánimo y se quitó a duras penas su uniforme sucio. Entró en la ducha; todavía había agua caliente. Ella tomó un trapo y jabón y le lavó el pene, solo el pene. Luego le presionó el trapo y el jabón en la mano: “¡Límpiate!”. Los soldados estaban bastante sucios y, al parecer, no habían podido lavarse durante mucho tiempo. Ella solo quería acostarse con hombres limpios y aseados, le dijo a Alexei, tus hombres también tienen que ducharse. Él no entendió. Ella señaló con su dedo índice de un hombre a otro y a la ducha, “¡Limpio, limpio, limpio!” Ahora entendió y llamó algo a sus hombres. Habían estado observando la ducha con diversión y los tres sonreían. Lena estaba desnuda en el baño, igual que Alexei, y ahora señaló sus pechos. “Soy Lena, Lena. Tengo 34 años.” Alexei asintió y repitió con una sonrisa, “¡Lena, Lena, hermosa mujer!” No había entendido el resto, así que ella levantó diez dedos tres veces y luego cuatro. Estaba mintiendo un poco, como cuántos usas cuando te haces unos años más joven. Lo entendió, asintió. Se señaló a sí mismo, “Alexei”, y mostró diez dedos y luego nueve. Lena asintió; ya lo había adivinado. Alexei señaló a sus hombres: “Mikhail”, 17 dedos; “Ivan”, 17 dedos; y el de la radio, “Andro”, 15 dedos. Lena se sorprendió; eran todos tan jóvenes y, sin embargo, ya tan terriblemente viejos. Le preguntó a Alexei: “Andro, ¿únete también?”. Mostró 15 dedos. “Andro, ¿únete también al amor?”. Levantó sus 15 dedos una y otra vez. Alexei se encogió de hombros. “Andro, soldado, Andro, únete también”. Guiñó un ojo. “Andro, únete, no mucho”. Oh, pensó Lena, todavía es virgen, pero ya es un soldado, así que también se le permitió unirse. Señaló la ducha de nuevo: “¡Mikhail, Ivan, Andro, límpiense!”. Alexei asintió con la cabeza y Lena lo llevó de la mano al dormitorio.

Alexei no era precisamente un experto en el arte de follar. Pero hizo lo suyo y se recostó. Llamó a Ivan; habían dejado la puerta abierta.

Ivan estaba mejor dotado que Alexei, follaba con destreza y bastante bien, llevó a Lena al orgasmo antes de correrse él. Él también se recostó junto a Alexei, quien ahora llamó a Mikhail. Ivan se levantó, tomó los auriculares de Andro y lo mandó a la ducha. Mikhail también tenía una polla grande, y él también sabía cómo usarla. Lena se corrió con jadeos y gemidos de satisfacción, y él siguió follando durante un buen rato hasta que se corrió a chorros. Se sentó junto a Alexei, y Alexei llamó a Andro.

Tímidamente, Andro entró, dudó un momento y se tumbó entre los muslos de Lena. Empezó a follarla rápidamente, como un conejo, y Lena lo sujetó con fuerza, deteniendo su embestida. Dijo suavemente: "Andro, tienes que empezar despacio. Imagina que eres un camello, caminando por el desierto. ¡Así que, despacio, como un camello orgulloso!". Hizo un gesto con el brazo para mostrar lo que significaba caminar despacio. Alexei entendió y le transmitió la instrucción a Andro. Alexei repitió: "Camello", y negó con la cabeza. Andro pareció haberlo captado; balanceó las caderas como un camello, y Lena asintió con firmeza: "¡Sí, sí!". Andro lo estaba haciendo bastante bien y aun así se corrió muy pronto. Su pene permaneció duro incluso después de correrse, y no pensó en sacarlo. Miró directamente a los ojos de Lena y levantó dos dedos. Ella asintió en señal de acuerdo y también levantó dos dedos. Andro demostró que aprendía rápido. "Más despacio, camello", dijo, sonriéndole. — ¡Lena, preciosa! — añadió, dándole un rápido beso en la boca. Y, en efecto, se movía como un camello, orgulloso y lento. Ahora la follaba durante mucho más tiempo, y Lena se excitó. Aumentó el ritmo y se corrió. Exhausto, se desplomó junto a sus compañeros. Lena lo acarició suavemente y murmuró que lo había hecho bien la primera vez.

Se turnaban en la radio cada hora, charlando con la central y teniendo sexo con Lena. Ella le había enseñado a Alexei que "hacer" significaba "follar". Había logrado quedarse dormida de vez en cuando, pero los chicos la despertaban para tener sexo. Los chicos siempre la follaban de la misma manera, y Andro era el único que la follaba dos veces seguidas. Gracias a Dios que había aprendido a hacerla llegar al orgasmo. A veces pensaba que iba a morir de agotamiento, pero no fue así. Lena estaba algo orgullosa de haber mantenido el control. Los hombres no la habían violado, comían y bebían como perso-

nas normales, se duchaban todos los días y ya no ensuciaban el baño. Aparte de su llegada, no tenía miedo, no estaba en pánico. Estaba agradecida al destino porque todo podría haber sido mucho peor.

Temprano por la mañana, Mikhail estaba en la radio cuando de repente ocurrió algo emocionante; todos hablaban a la vez. Alexei levantó un dedo e hizo un gesto a Lena indicándole que un coche llegaría en un día. Sí, un coche. Luego pensó un momento y levantó dos dedos. “Hoy, mañana, mañana”, hizo el gesto, “hoy, luego esta noche, luego mañana, coche”. Y así fue; follaron día y noche. La mañana del segundo día, se volvieron a poner sus uniformes sucios y esperaron impacientemente. Siguieron hablando por la radio, y entonces llegó una camioneta.

Alexei le indicó a Lena que se pusiera el abrigo. Ella lo miró con curiosidad; llevaba días sin dormir bien, sus pensamientos estaban confusos y parecía completamente desorientada. Él tomó el abrigo y se lo puso. Tomó un segundo abrigo y también se lo puso. «Rusia es muy fría», dijo, y la animó a subir a la camioneta con sus amigos. Aún aturdida, vio cómo su casa se perdía en la distancia por última vez. ¿Iba a Rusia? ¿A Polonia? ¿O a un burdel de soldados?

El pastor Neumann nunca volvió a tener noticias de su esposa ni de su hijo.

• • •

Princesa Lou

von Jack Faber © 2023

Lou estaba sentada en su oficina a bordo del *Elisée,* el yate de su marido, frente a su portátil. El yate medía unos 72 metros de eslora y era de última generación. Lou, que se había casado hacía solo unos meses, había decidido llevar un diario, o mejor dicho, una especie de registro diario. Michel le había conseguido el portátil y lo había equipado con las medidas de seguridad más avanzadas. «De la NSA», sonrió Michel, «e incluso ellos tienen muy pocos capaces de descifrarlo». Lou había hecho instalar una pequeña caja fuerte en su habitación, un camarote amplio, una caja fuerte que muy pocos conocían. Cambiaba la combinación cada semana, porque allí guardaba su portátil, un objeto muy personal. La oficina era una sección separada de la habitación, con vistas despejadas al mar; el extremo de la enorme pared panorámica de la habitación terminaba en la pequeña oficina. Lou repasó rápidamente todos los capítulos que había escrito hasta el momento.

Nació como Maria Louise von Hohenlahnstein en Alemania; su padre dirigía la bodega y los viñedos familiares, con dificultades económicas. Noble, sí, pero no rico. Su padre seguía arraigado en el patriarcado, pero se esforzaba por llevar una vida progresista. Lou, como la llamaban, era la hija menor, pero nunca heredaría ni dirigiría la bodega. Sus dos hermanos mayores estudiaban con ahínco y algún día se harían cargo de la finca. Por eso, su padre la envió a los mejores colegios, a pesar de su escasez económica. Su madre había fallecido cuando ella tenía 15 años. Una noche, su padre entró en su habitación de la infancia y lloró; la había querido muchísimo. La abrazó y sollozó hasta quedarse dormido de agotamiento. Al día siguiente, le preguntó si dormiría en su cama grande; no quería estar solo. Lou aceptó.

Ella nunca tuvo pijama; siempre dormía desnuda. Se dejaba las bragas puestas cuando se acostaba junto a él en la cama por la noche. Se abrazaban y ella lo dejaba llorar. Se había quedado con su madre hasta el final, había estado con ella cuando murió y estuvo allí cuan-

do falleció. Lou, por supuesto, estaba terriblemente triste porque la persona más importante de su vida había muerto, pero no tan terriblemente triste como su padre. Su dolor tal vez provenía de su conciencia culpable, pues solo le había confesado en su lecho de muerte que la había engañado descaradamente una y otra vez. Nunca fue nada grave; simplemente era un cazador con un fuerte instinto de caza, quería acostarse con todas las mujeres, viejas o jóvenes. Eso puso fin a la caza. Su madre sonrió suavemente y murmuró con dificultad: "¡Lo sé, lo sé, mi amor!". Lou recordó lo afectado que se veía su padre; estaba visiblemente sorprendido y avergonzado al mismo tiempo. "¡No, nunca!". La madre logró decir con dificultad: "¡Jamás! Fuiste mi primero y mi único". Lou nunca había visto a su padre tan disgustado.

Lou levantó la vista de su portátil. Las linternas parpadeaban inquietas en la playa donde estaba anclado el yate. Continuó leyendo. Era obvio que a su padre le hacía bien no estar solo. Se abrazaban a menudo, y ella le susurraba palabras tranquilizadoras al oído cuando lloraba. Le acariciaba el cuerpo desnudo, evitando tocarle el pene. Siempre esperaba a que estuviera profundamente dormido antes de masturbarse. Se había masturbado todas las noches para conciliar el sueño desde el jardín de infancia. Quizás habían pasado dos semanas desde la última vez que había aguantado tanto; lo había acariciado con cariño y mucha delicadeza. Entonces él le tomó la mano y la colocó sobre su pene erecto. Se preguntó frenéticamente si debía hacerle una paja. No era nada especial; era perfectamente normal a su edad. Apenas lo había frotado durante un minuto antes de que él se dejara llevar por el deseo y se tumbara entre sus muslos. Ella ya había tenido relaciones sexuales varias veces y no se sorprendió cuando él entró suavemente en su vagina. Dejó que la follara y se contuvo; habría sido perverso corresponderle. No tuvo que empujar mucho tiempo antes de gemir y eyacular. Ella encendió la lámpara de la mesilla y prendió un cigarrillo. Su padre murmuró: «¡Gracias, princesa, gracias!». Ella también le encendió el cigarrillo y fumaron en silencio.

— Es incesto — comenzó Lou. Asintió con desánimo.

“Sí, lo sé. Pero no pude contenerme más, princesa, ¡lo siento mucho! ¿Te desfloré?”, preguntó preocupado, pero Lou soltó una risita.

“Ya tengo 15 años, papá, ¡y estamos en el siglo XXI! ¡Hoy en día ninguna chica de 15 años es virgen!” Ella le sonrió, y en lugar de parecer consternado, él sonrió también.

Él mandó hacer mapas; ella había desenterrado todo lo que pudo sobre las familias Sayn y Battenfeld para él. Se sumergió en la historia de la noble familia y viajó a Hannover para visitar al barón Battenfeld. El anciano caballero era un erudito excepcionalmente simpático de ochenta y tantos años, conocido principalmente por sus precisas traducciones de textos griegos antiguos. Los trámites se resolvieron rápidamente y el barón se dedicó a su proyecto actual. Oleg escuchó con genuino interés, a pesar de no tener ni formación clásica ni conocimientos de griego antiguo. Battenfeld explicó que los eruditos neoclásicos de los siglos XVIII, XIX e incluso XX habían mutilado y abreviado gravemente la Ilíada de Homero. Homero había escrito con un estilo mucho más picante, liberal y obsceno del que se consideraba aceptable en la época. Pero fueron precisamente estos pasajes omitidos los que hicieron que mucho de lo que de otro modo habría sido difícil de entender resultara claro y comprensible. Probablemente tendría dificultades para encontrar editor, dijo el anciano, pero quería que la traducción íntegra estuviera disponible en línea, al menos para la comunidad académica. Oleg se ofreció a hablar con algunos editores en su nombre. En una pequeña ceremonia en el ayuntamiento, Oleg fue nombrado barón.

Se tumbaba a tomar el sol en la playa de arena y le lanzaba bolitas de arena a Oleg. “¡Ay, me da muchísima pena que mis hijos vayan a crecer sin padre!”, exclamó con fingida desesperación.

Oleg estaba desconcertado. “¿De qué estás hablando, de mi corazón?”, preguntó sorprendido.

— Vale — dijo con seriedad — , ¿cuándo estuviste aquí los últimos tres fines de semana?

Oleg se retorcía de desesperación. “¡Tengo muchísimo que hacer, trabajo 18 o 20 horas al día, 7 días a la semana!”, exclamó desesperado.

Lou ignoró su explicación. «Estuviste aquí hace cuatro semanas, cinco semanas antes y tres semanas antes de eso. No me quejo, sé lo mucho que trabajas, sin duda. Pero míralo desde la perspectiva de tu hijo. Le leíste un cuento antes de dormir hace cuatro, cinco y tres semanas. Estabas a 5000 y 12000 kilómetros de distancia cuando se raspó la rodilla jugando. Un suboficial o un oficial le puso la venda. Un desconocido». Lou guardó silencio; tenía que darle tiempo.

— Sé a qué te refieres — dijo Oleg — . Todavía no he nombrado, capacitado ni designado a un sucesor o adjunto. Pero esta noche me sentaré frente a la pantalla y elaboraré un plan.

Lou asintió con satisfacción. “Tienes que agrupar tus 700 empresas…” “¡Eso son casi mil!”, interrumpió, “así que, tus mil empresas en grupos, por geografía o por producto. Luego, crea una jerarquía estricta, para que al final un puñado de ejecutivos informen sobre cómo dirigen los negocios. Solo entonces podrás ser padre. ¡No me sirve un simple donante de esperma, mi querido Barón von!” Siempre se reían cuando ella lo molestaba así. Pero notó que era tan rápido como cuando conseguía nuevos clientes. En su mente, veía los grupos a grandes rasgos; ya existían. Claro que también tenía directores generales, jefes de grupo y pequeños tiranos. Pero ella tenía razón, él estaba involucrado en todo, día y noche. “De acuerdo”, dijo, “¡Voy a nadar otra vez!”

Ella lo detuvo brevemente. «Si pasas todos los fines de semana conmigo durante dos meses, entonces podrías darme un hijo. Estoy lista ahora, aunque aún no tengo 35, sino unos dulces 33. Pero ya estoy deseando tener mi primer hijo. ¡Así que haz un esfuerzo!». Él asintió e hizo una reverencia cortés. «Su mosquetero partirá esta misma noche, Su Majestad; ¡necesita pensarlo todo con más detenimiento!». Sonriendo, resopló como un caballo y se zambulló en el agua poco profunda.

Iba en serio. Estableció una administración estricta, nombrando tenientes, capitanes y algunos generales. Estructuró los salarios, las bonificaciones y la participación en las ganancias para que los diligentes se enriquecieran y los holgazanes fueran inmediatamente señalados. Observó su organigrama con satisfacción. Hasta ahora, lo había hecho y dirigido todo él mismo; era como una persecución constante, emocionante hasta la médula. Ahora tenía buenas razones para delegar la mayor parte de la gestión. Le encargó a su secretaria que reservara dos días en París e invitara a las personas de la lista. Voló de Santo Domingo a París, y después de dos días todo estaba listo. Iba a ver a su princesa todos los fines de semana durante tres días y dos noches.

Una mañana, un domingo, tuvieron relaciones sexuales bajo el sol matutino en su terraza y él le dio su primer hijo.

Lou estaba tan emocionada que quería llamar a Oleg, pero su teléfono estaba apagado. Llamó a su oficina y Ludmilla le dijo que estaba en Singapur o Bangkok. ¿Era urgente? Podría avisarle en caso de emergencia. Lou dijo que no era urgente, pero que la llamara cuando tuviera un momento de tranquilidad. Ludmilla dudó. “¿Puedo felicitarlo ya?” Lou rió suavemente; de verdad que era la mejor. “Sí”, dijo Lou, “¡muchísimas gracias! Pero por favor, no le digas nada; quiero hacerlo yo misma”.

Dos horas después, Oleg llamó y ella le dijo que estaba embarazada. Él se sintió abrumado, y luego charlaron durante otra media hora. Estaba en plena negociación para vender todo su negocio en Asia, unas 125 pequeñas empresas. Quería venderlas al menos sin pérdidas, no regalarlas. Los asiáticos eran buenos hombres de negocios, y él disfrutaba mucho negociando con ellos. También hablaron de las reformas del yate, y ella le recordó que podría necesitar la ayuda de Tanja dentro de ocho meses como máximo.

Oleg se puso manos a la obra de inmediato. Tanja llevaba más de seis meses trabajando como matrona en un hospital de San Petersburgo; estaba bajo estrecha vigilancia del Kremlin. Sus comunicaciones cifradas con Occidente habían sido detectadas, lo que también llamó la atención de Oleg, quien se estaba deshaciendo, lenta pero

inexorablemente, de sus empresas y participaciones rusas. Al amparo de la oscuridad, hizo que Tanja se marchara en su jet privado. Obtuvo la ciudadanía luxemburguesa y un pasaporte. No dejó nada de valor en San Petersburgo.

Lou hizo convertir dos camarotes dobles contiguos a su dormitorio en una habitación infantil, con un camarote doble detrás para Tanja. Mandó instalar puertas en los camarotes, así como en el de Michel. Esto le permitía entrar en su dormitorio sin ser visto, y a Oleg entrar en el camarote de Tanja sin ser visto. Sacrificó cuatro camarotes de invitados y mandó construir una oficina espaciosa con una sala de conferencias para Oleg. Solo quedaron el camarote del capitán y los camarotes de los dos oficiales en la cubierta A. La cubierta A era ahora completamente privada, pero aún había camarotes para entre 12 y 16 invitados en la cubierta B. La tripulación estaba haciendo un buen trabajo, observó con satisfacción. Le enviaba fotos cada dos días para mantenerlo al tanto y discutió con él los detalles de su nueva oficina. Él permaneció en Singapur durante casi tres semanas, pero logró sus objetivos con éxito. Voló de regreso vía Luxemburgo, donde discutió personalmente con sus asesores fiscales el cierre adecuado del negocio en Asia.

Oleg se sorprendió al ver que ella tenía dos cunas preparadas en la habitación de los bebés. Ella sonrió y dijo: «Sí, para Peter y Paul». No pudo evitar reírse, pues aún no lo comprendía del todo. Se abrazaron con alegría y esperaban con ilusión la llegada de los gemelos. Oleg había hecho trasladar el yate más cerca de Santo Domingo; el antiguo palacio estaba casi terminado. Instalar un generador de emergencia de gran capacidad y los tanques de hidrógeno correspondientes resultó complicado. Aun así, tenía la intención de usarlo como su casa de retiro.

Celebraron el 42 cumpleaños de Tanja con un banquete para los cuatro: Oleg y Lou, Tanja y Michel. Lou brindó con zumo de naranja; se tomaba el embarazo muy en serio. Ya no participaba en misiones de campo ni buceaba. Hablaron abiertamente de que Oleg pasaría ahora más tiempo con Tanja y Michel con Lou. «Es una solución maravillosa; creceremos juntos como una verdadera familia. ¡Tengo muchísimas ganas!», resumió Lou a la perfección.

Lou estaba agradecido a Oleg por haber reestructurado su imperio y por pasar ahora al menos cuatro días a la semana con ella. Había planeado cuidadosamente su oficina y podía gestionar el negocio desde allí, a veces quedándose toda la semana. La jerarquía aún estaba al límite, así que tenía que ir allí y solucionar los problemas. Había dado vacaciones a la mitad de la tripulación; se turnarían con la otra mitad. Probablemente permanecerían allí, frente a Santo Domingo, unos meses más. A menudo se sentaba con el capitán Smith o los dos oficiales, porque el *Elisée* ya tenía sus años y Oleg quería un barco más nuevo en un plazo máximo de tres años. La economía mundial iba mal y los yates se vendían con frecuencia; no era necesario construir uno nuevo.

Lou fue hipersexualizada durante su embarazo. Tanja también, porque su amante estaba a solo unos pasos. Las dos mujeres tramaron su plan erótico, exigiendo todo de ambos hombres durante este tiempo. Cuando Oleg tenía sexo con Lou después de la cena, él dormía durante aproximadamente una hora, y Lou relajaba su clítoris intensamente exigente. Oleg iba en silencio a ver a Tanja, y Lou le hacía la señal a Michel. Lo hacían como siempre lo habían hecho: se besaban, se abrazaban y se acariciaban durante una hora antes de que ella tuviera sexo con él. Si Oleg regresaba de casa de Tanja antes, se quedaba debajo de la puerta y los observaba. Michel siempre se acostaba boca arriba, y Lou lo montaba. Ella lo montaba con velocidad creciente hasta que su poderoso orgasmo casi la desgarraba. Michel sostenía su vientre y a los gemelos suave y delicadamente en sus manos, como si fueran huevos crudos. Lou, que había estado acariciando sus pechos todo el tiempo, tiraba de sus pezones en su orgasmo, casi arrancándoselos. Por lo general, eyaculaba con un gemido durante sus intensos orgasmos; De lo contrario, ella lo montaba hasta que él eyaculaba, o él la penetraba por debajo cuando ella estaba demasiado exhausta. Oleg observaba con cariño y solo entraba cuando Michel se marchaba, para evitar una situación incómoda. Tras el parto, su voraz deseo había disminuido y las mujeres ya no exigían sexo maratoniano a los hombres.

Lou se sentó frente a su computadora portátil, acariciándose repetidamente el vientre y leyendo todo. Se lo daría a los niños en el momento adecuado; lo había documentado todo meticulosamente. Los

niños debían saber cómo había vivido su madre. Había descrito los experimentos de su infancia hasta que descubrió la masturbación. Describió con sinceridad el incesto con su padre y también lo que Charlotte le había contado. Escribió con franqueza sobre sus relaciones con Michel, Oleg y Mischa. También describió cómo se medía la temperatura vaginal antes de levantarse y la comparaba con su calendario menstrual. Antes del desayuno, nadó unos largos desnuda en la piscina y permitió que los dos o tres marineros que estaban allí nadaran desnudos con ella también. Miró sus penes y le hizo un gesto de aprobación a uno antes de nadar hacia un rincón oculto. Se agarró al borde de la piscina y sacó el trasero. El marinero pudo penetrarla por detrás bajo el agua y follarla con fuerza. Siempre se preparaba para un orgasmo y lo conseguía rápidamente, a veces solo con el segundo o tercer marinero. Tras su orgasmo, lo dejó terminar y eyacular, luego subió a su terraza y desayunó. El orgasmo matutino durante su ejercicio temprano le había alegrado el día. Se lo mantuvo en secreto a Oleg y Michel; estaba segura de que solo los confundiría. Era algo puramente físico, y prohibió cualquier tipo de interacción inapropiada. Contempló el mar desde su portátil.

¡Maldita sea! ¡Qué emocionada estaba con los gemelos!

• • •

El bribón descarado

von Jack Faber © 2023

Reni, cuyo verdadero nombre era Renate, bañaba a su hijo René todas las noches desde que era un bebé. A él le encantaba cuando ella le mojaba el pene con agua caliente, especialmente el glande. Ella acariciaba suavemente el tronco con la punta del dedo índice. Solo cuando él decía: “¡Está a punto de palpitar!”, ella detenía el dedo y concentraba el agua en el glande, dejándola rodearlo y estimularlo. “¡Está palpitando, está palpitando!”, exclamaba él con entusiasmo, y ella continuaba rociando con avidez el agua sobre el glande palpitante. Le había permitido este orgasmo infantil desde que era muy pequeño.

Pero hoy fue diferente. No hubo advertencia del palpitar; ella acarició su prepucio con su dedo índice y mantuvo el chorro de agua sobre su glande. Como siempre, se había puesto en cuclillas, separado las rodillas y le había dejado mirar dentro de su vagina; a él realmente le gustaba eso. René gimió y eyaculó por primera vez. Ella mantuvo el chorro de agua sobre él hasta que su eyaculación entrecortada cesó. Él tenía mil preguntas, y ella las respondió todas. Parecía interesado en cómo los chicos se masturbaban para eyacular. Ella agarró su pene e imitó la masturbación durante unos minutos. René entendió al instante. Su pene se puso duro como una roca de inmediato, y quería que ella continuara hasta que eyaculara. Ella negó con la cabeza; solo quería mostrarle cómo se hacía. Soltó su pene, y él miró fijamente su vagina durante minutos hasta que su pene eyaculó por sí solo. Ella lo frotó hasta que todo salió. ¡Cuánto había cambiado su pene! Lo que antes había sido un pene de niño, hermoso y suave, ahora había crecido considerablemente y parecía estar volviéndose tan fuerte y poderoso como el de su padre.

¿Las chicas eyaculan todos los días? Reni le explicó que las chicas no eyaculan y que no necesitan frotarse a diario. “¿Y con qué frecuencia lo hacen?”, continuó con curiosidad. Reni dijo que variaba de una chica a otra. “¿Y tú?”, insistió. Reni afirmó que solo rara vez, tal vez tres o cuatro veces al año. Era mentira; probablemente lo hacía

cinco veces por semana, pero eso era asunto suyo y realmente no le incumbía.

La siguiente vez, intentó masturbarse bajo el chorro de agua, pero era demasiado torpe incluso para eso. Ella se molestó un poco cuando él le pidió que lo hiciera por él. Durante los siguientes días y semanas, ella le hizo una paja bajo el chorro de agua; no le dio mayor importancia. Se arrodilló frente a él en la bañera, y él tenía que ponerse de pie y dirigir el chorro de agua. Ella le masturbó el pene, que había perdido toda su juventud y se había convertido en un monstruo como el de Simon, justo delante de su cara. Él eyaculó sobre sus labios cerrados, su cuello y sus hermosos y firmes pechos. Después de unos días, ella dejó la boca abierta, pero eso no lo impresionó. Solo cuando ella le acarició la cabeza del pene con los labios antes de que eyaculara, y él se corrió dentro de su boca, se excitó. Ella no quería hacerle una felación como es debido todavía; eso vendría después. Él estaba encantado. “¡Cuando acaricias mi polla con tus labios, eso es lo mejor!” exclamó con entusiasmo, y ella sonrió con gran satisfacción. Se duchó después de que él se fue y se masturbó en la ducha si estaba muy excitada; de lo contrario, se fue a la cama, se masturbó y fantaseó con tener sexo con René. Hablaron mucho sobre sexo; en su opinión, era una buena manera de educar a su hijo. Se metió en la bañera con él, se tumbó boca arriba y le dejó admirar sus genitales. Él inspeccionó todo minuciosamente, separando sus labios con los dedos, tal como ella lo había hecho antes, y admirando la pequeña abertura.

«¿Y por ahí salí, verdad?» Ella asintió y le explicó que era un agujero muy elástico, lo suficientemente grande como para que salieran tanto el grueso pene de papá como un bebé. Todos los días, René tenía que mirar y explorar su vagina. Ella le mostró el clítoris bien escondido, que las chicas usaban para frotarse. Sí, confirmó su pregunta, algunas chicas lo hacen a diario como los chicos, algunas incluso mucho más a menudo. Reni le enseñó cómo masturbarse durante 20 segundos; ¡él lo entendió, por supuesto!

Él seguía preguntando cómo tener relaciones sexuales, y ella se lo explicaba con paciencia y detalle. Él parecía satisfecho; le separaba los labios vaginales a diario, con la mirada fija en su abertura. Su in-

terés se había despertado, y ahora deseaba con todas sus fuerzas saber qué se sentía por dentro.

La respuesta no le resultó fácil. “Es cálida y húmeda, y a todos los hombres les gusta”. Él se quedó atónito: ¿acaso varios hombres podían acostarse con ella? Ella se rió. “¡Claro que no, tonta! ¡Solo me he acostado con papá y nunca con nadie más! Pero lo que quise decir es que un hombre se siente muy cómodo en el agujero de su esposa; de lo contrario, ¡la humanidad se habría extinguido hace mucho tiempo!”.

René asintió; ahora lo entendía. Pero le suplicaba todos los días durante sus inspecciones de su vagina; quería sentirla, sentirla de verdad, cómo se sentía para su pene. Reni negó con la cabeza enérgicamente; ¡no podía permitirlo! Día tras día, la misma vieja historia.

Un día lo deseó, ¡lo deseó de verdad! Le separó los labios vaginales como todos los días, pero esta vez la penetró. Se retrajo el prepucio con fuerza e introdujo la punta del pene en su vagina. Un centímetro, tal vez; no se atrevió a ir más allá. Reni estaba harta de contradecirlo siempre.

— Tienes que meter la polla hasta el fondo, ¡no tengas miedo! — dijo ella en voz baja. Él penetró con mucho cuidado, su preciado pene desapareciendo en un agujero que no conocía y al que, de alguna manera, le daba miedo. Pero penetró hasta que su polla estuvo completamente dentro.

Reni lo agarró de las caderas con fuerza. “Recuerda, no puedes follarme como tu padre, te lo expliqué muy claramente. Cálmate y dime qué se siente.”

“Suave, cálido y húmedo, mamá, tal como dijiste. ¡Es increíblemente placentero ahí dentro, absolutamente maravilloso!” Reni se estremeció; ¡¿seguro que no iba a eyacular?! Pero René cerró los ojos con deseo y suspiró después de un rato: “Ya está palpitando, mamá, ¡está palpitando!” Se concentró un momento y susurró: “Ya viene, mamá, ya viene, ¡lo siento con tanta claridad!”

Reni lo agarró de las caderas con fuerza y murmuró: «No te corras dentro, cariño, ¡por favor, no!». Pero él apretó los glúteos rítmicamente y eyaculó una, dos, cinco veces. Ella lo sostuvo hasta que su pene volvió a estar flácido, luego lo sacó. Él se defendió diciendo que no la había follado como su papi. Y la eyaculación fue maravillosa; ya no necesitaba masturbarlo. Reni asintió con incertidumbre. Bueno, está bien entonces.

Cada noche él insertaba su pene en su vagina, esperaba inmóvil, y entonces ella llegaba a él. Cerró los ojos y eyaculó dentro de ella. Preguntó: "¿Por qué mueves el culo?" y ella respondió: "¡Porque si no, no podrías eyacular!". Él estaba asombrado y pensativo. Finalmente, dijo: "¡Pensé que eyacularía solo!". Reni rió suavemente. "Muevo el culo en cuanto mi coño siente que estás a punto de correrte. Es mi coño el que empuja suavemente hacia ti y desencadena tu eyaculación. ¡Presta mucha atención!". Al día siguiente, mientras eyaculaba, exclamó: "¡Sí, ahora puedo sentir exactamente cómo tu coño empuja dentro de mí!". Reni sonrió con placer y dijo que era importante para ella que él eyaculara todos los días y no sintiera ninguna presión sexual. Esto funcionó bastante bien durante unas semanas, pero luego la eyaculación inmóvil simplemente dejó de funcionar. Al final, ella masturbó al desafortunado hombre con su mano, pero eso no estaba del todo bien. Él penetró profundamente en ella para eyacular, comenzó a eyacular, y ahora penetraba con fuerza con cada chorro. Estaba infeliz y triste. Ella lo abrazó con cariño y lo consoló. "Sé cómo son los hombres", dijo comprensivamente, "tienes que penetrar cuando eyaculas, creo que es perfectamente normal. Desde luego, no estoy enfadada contigo por eso, es simplemente así". Él no tenía por qué sentirse culpable; ella lo había aceptado y permitido explícitamente. Le llevó unos días calmarse, y ahora penetraba con fuerza cuando eyaculaba. Por supuesto, él no sabía que ese era el comienzo del coito. Ella notó, por supuesto, que él penetraba cada vez con más entusiasmo y sospechó cómo continuaría. Él notó que las yemas de sus dedos giraban suavemente sobre su clítoris. "¿Prefieres masturbarte ahora?", preguntó con recelo, porque quería seguir entrando y saliendo lentamente. — No — dijo Reni con desdén — , solo me masturbo cuando estoy sola. ¡La masturbación es un asunto estrictamente privado! Él se tranquilizó y continuó. Después de un rato, sus dedos volvieron a rozar su clítoris. Continuaron hasta que

ella se estremeció en un orgasmo. Cuando el orgasmo terminó, susurró con voz ronca: — Vamos, ahora puedes eyacular o empujar si aún no te has corrido. Giró la cabeza con cansancio hacia un lado. Esa fue su señal para empujar muy rápido y eyacular en fuertes chorros. Él observó cada vez que sus dedos rozaban su clítoris y preguntó: — ¡Te estás masturbando, puedo verlo! Ella asintió al principio, luego dijo que solo se masturbaba sola, por la noche. — ¿Todas las noches? — insistió él. Ella asintió y giró la cabeza con cansancio hacia un lado. — ¿Varias veces seguidas? — preguntó él, sin ceder más. Ella lo miró fijamente, casi con enojo. Ella asintió con la cabeza, pero después de un rato dijo: "¡Eso es asunto mío, no te incumbe!". Él no se dio por vencido. "¡Dijiste dos o tres veces al año!". Ella seguía visiblemente molesta, pero luego su rostro se iluminó. "Lo dije hace meses, ¡y muchas cosas han cambiado entre nosotros desde entonces! ¿Puedes aceptarlo?". René no sabía a qué se refería, pero no buscaba una discusión; era mejor dejar el tema. A partir de entonces, entró y salió lentamente, observando cómo sus dedos se deslizaban sobre su clítoris, llevándola gradualmente al orgasmo. Ella siempre lo miraba con timidez y vergüenza, pero él no se atrevía a tranquilizarla con palabras de consuelo. Su majestuoso deslizamiento, lento y profundo, entrando y saliendo por completo, la excitaba cada día. Su clítoris clamaba por un orgasmo; ella giró sus dedos sobre él durante un cuarto de hora, aunque era plenamente consciente de que René la observaba con intenso deseo. Dejó que el orgasmo estallara, y cuando terminó, ladeó la cabeza y se cubrió los ojos, atormentada por una profunda vergüenza. Sus ojos se llenaron de lágrimas y susurró: "¡Continúa!" o "¡Ya puedes!". Algunos días, la disforia postcoital era tan intensa que las lágrimas fluían durante minutos. Ella permanecía completamente pasiva mientras René la penetraba, y solo cuando él eyaculaba su vagina, sus músculos vaginales, apretaban su pene con fuerza. Después, lo abrazaba con amor y era completamente feliz. Esto continuó durante muchas semanas, y cuando no quería que él eyaculara dentro de ella, le hacía una masturbación manual. "Para no quedar embarazada", explicó, y él lo entendió.

Ahora, cada noche, se acostaba directamente a masturbarse. De niña, se masturbaba todas las noches para conciliar el sueño, pero cuando terminó la escuela a los 16 años y empezó a trabajar, solía estar demasiado cansada y agotada para hacerlo. Se masturbaba qui-

zás una vez al mes, e incluso durante su matrimonio, solo una vez por semana. Pero ahora se excitaba a diario cuando René eyaculaba dentro de ella; tenía que masturbarse mucho todos los días, igual que en su juventud.

La historia de Renate

Se masturbaba suavemente el clítoris, dejando que su vida pasara ante sus ojos. Como sus compañeras, les había hecho felaciones a los chicos como algo natural y más tarde aprendió a dejar que eyacularan en su boca. Desde que tenía 12 años, su padre la llamaba al dormitorio cada vez que su madre tenía la regla o no se sentía bien. Su madre armaba un gran escándalo, pero quería que Reni le hiciera una felación. Para Reni, no era ningún problema; solo su madre se quejaba. A su padre le gustaba especialmente que, antes de eyacular, Reni le metiera el pene en la boca lo más profundo que pudiera y le dejara eyacular dentro. Estaba encantada de dejar que su adorado padre eyaculara de forma tan hermosa. Reni ya se había acostado con algunos chicos; nadie tuvo que desvirgarla, ya que nunca había nacido con himen. Se acurrucaba con su padre y le susurraba al oído siempre que tenía algo que contarle, como sexo o una felación. Por supuesto, esto fue intencional, porque su padre tenía un pene magnífico, y ella deseaba desesperadamente tener sexo con él. ¡Después de todo, ya tenía 13 años y era una mujer de verdad! Claro que él quería, pero su madre inicialmente actuó horrorizada. Tal vez no sabía, o había olvidado, que Reni no tenía himen y despotricó diciendo que solo podía tener sexo, si acaso, justo en la entrada de su vagina. Como una gaviota envidiosa, agarró su pene y, graznando, controló la situación. “¡Solo puedes tener sexo con la pequeña justo en la entrada!”, gritó, “¡es tan jovencita, probablemente le tiene miedo al sexo y a perder la virginidad! ¿Verdad, pequeña?”. Reni negó con la cabeza, “¡Pero no, mamá, ya sé cómo funciona el sexo y ya no soy virgen!”. Sin embargo, durante los primeros días, su madre sujetó su pene con firmeza y no le permitió penetrarla. Ella lo vigiló durante unos días y luego asumió que todos eran obedientes, honestos y bienintencionados. Papá y Reni tenían rienda suelta y tenían relaciones sexuales tan a menudo como podían. La madre no dejaba de regañar, pero estaba

bastante contenta de que él durmiera con Reni y no tuviera una aventura. Por supuesto, había notado las miradas lujuriosas y seductoras de sus rivales y sabía que muchos la envidiaban, a ella, ahora un cisne marchito, al apuesto joven. Lo que no sabía, por supuesto, era que él estaba recogiendo todas las flores que encontraba a su paso. Reni disfrutó durmiendo con su apuesto papá durante unos seis años. Su madre pronto se calmó y aceptó que él solo durmiera con ella una vez al mes, e inmediatamente se fue con Reni. La madre rápidamente superó sus inhibiciones y se masturbaba abiertamente frente a ambos cuando se excitaba. Reni durmió con su amado papá hasta su boda y a diario durante su embarazo, lo que la ponía tan cachonda como una adolescente de 15 años. Dejó de acostarse a escondidas con su padre cuando este envejeció rápidamente, su libido disminuyó y su deseo sexual se desvaneció. Por supuesto, durante el embarazo solo podía acostarse con él a diario, pero siempre que podía, y al menos todos los domingos, salía sigilosamente de la casa antes del amanecer sin despertar a su marido. Corría dos casas más allá, se acostaba junto a su padre y lo despertaba acariciándole la erección matutina. Él murmuraba adormilado: "¡Buenos días, cariño!" y se tumbaba boca arriba. Ella se subía encima de él y guiaba su pene hacia su vagina como lo había hecho mil veces antes. Se recostaba suavemente sobre su pecho y movía las nalgas hacia adelante y hacia atrás. Cuando sentía que estaba a punto de correrse, golpeaba su vagina y sus nalgas contra su pene hasta que él eyaculaba. Al principio, ella lo había montado, pero a medida que él envejecía, ella había cambiado a esta técnica; no lo cansaba tanto. Al principio, solo le tomaba dos minutos llevarlo al orgasmo, pero con esta técnica más suave, le tomaba al menos 15 minutos o más. "¿Estuvo bien, papá?", le preguntaba ella cada vez, y él asentía cansado. "Es tan dulce de tu parte acostarte con un viejo como yo. Desde que mamá se fue, ni siquiera he mirado a una mujer. ¿Vendrás mañana o pasado mañana?" Ella siempre decía "¡pasado mañana!", aunque a veces venía al día siguiente. Estaba convencida de que esto no era sexo de verdad; era un servicio para aliviar su tensión sexual. Lo arropaba con cariño y lo dejaba volver a dormirse. Luego se escabullía a casa, preparaba café y se lo llevaba a su esposo a la cama. Estaba bastante segura de que él nunca notaba nada.

Empezó a trabajar a los 16; era un trabajo bastante duro. Una noche, mientras volvía a casa tarde después del trabajo, vio a un hombre resbalar en la acera helada y caerse. Miró a su alrededor, pero no había nadie. Se apresuró a acercarse al hombre. Olía a cerveza, pero respiraba. ¡Menos mal! Lo sacudió suavemente y le preguntó si estaba herido, si se había roto algo. Él refunfuñó; no, no se había roto nada. Reni lo ayudó a levantarse, pero le dolía bastante la pierna. Ella lo sostuvo y, a pesar del frío, se sentaron en un banco. Él dijo que se llamaba Simon; había recibido su certificado de maestro artesano ese día y tenía que invitar a una ronda a algunos de sus compañeros. "Nunca bebo", dijo, "pero hoy tuve que tomarme dos cervezas y no pude aguantar. ¡Zas! Ahí estaba yo, tirado en la acera, de mal humor, ¡y una chica guapa como tú tuvo que rescatarme!". Reni sonrió como él; Simon parecía un buen tipo.

— Soy Reni, Renate. ¿Qué tipo de certificado de maestro artesano tienes, Maestro Simon? — Él rió — . ¡Eres la primera persona que me llama Maestro, Renate! Espero que no pienses que soy un bicho raro o un borracho. Se me pasó la borrachera enseguida al caer al suelo. Para responder a tu pregunta, soy cantero. Lápidas, estatuas para jardines y cualquier cosa hecha de piedra. Trabajo para Fürner, el cantero, ¡un buen maestro!

Hablaron durante quince minutos más y luego se fueron. Él podía cojear y luego caminar; él fue a la izquierda y ella a la derecha después de escribir su número de teléfono en su celular. Así conoció a su esposo, y se casaron un año y medio después. Ella siguió viviendo con sus padres hasta unos meses más tarde, cuando se entregó a él. Él tenía un pene grueso y robusto y la penetró con mucha suavidad y cuidado. Ambos se amaban con todo su corazón; él era un hombre trabajador y solo cuatro años mayor que ella. A ella le encantaba el sexo; casi siempre tenía un orgasmo, y Simon estaba orgulloso de eso.

En una de sus primeras citas, él le regaló una escultura del tamaño de la palma de la mano. Originalmente era un encargo; el cliente le había dado una fotografía de una estatuilla sudamericana de varios siglos de antigüedad. Él la había recreado fielmente, pero el cliente

no quedó satisfecho y pagó de todos modos. Le preguntó a Reni qué le parecía. Ella examinó la estatuilla con mucha atención.

"Un tipo musculoso con un tocado está follando con un chico", dijo Reni, sonrojándose ligeramente.

— ¡Eso no es un niño, es una niña o una mujer! — exclamó Simon indignado.

Reni negó con la cabeza con firmeza. «¡No tiene labios vaginales ni clítoris, ni pechos!», exclamó. «No quiero criticarte», dijo tímidamente, «pero parece más bien un hombre joven. Nunca antes había visto a dos hombres teniendo relaciones sexuales, pero esa es solo mi primera impresión». Simon guardó la estatuilla y cambiaron de tema.

Unas semanas después, él le dio una nueva estatuilla. Había hecho una completamente nueva, representando un magnífico pene del hombre penetrando la magnífica vulva de la mujer. Ella tenía labios mayores grandes y un clítoris realmente impresionante, además de pechos como los de una bomba sexual. Reni sonrió radiante: "¡Es una mujer, maldita sea! Y sospecho que están follando con la cara sonriendo, ¿o me equivoco?". Elogió lo maravillosamente excitante y excitante que él había hecho el acto, y durante la siguiente hora solo hablaron de la estatuilla y de follar. Él la acompañó a casa, ella lo condujo a su habitación y le mostró dónde escondía la estatuilla. Sus padres se horrorizarían si la descubrieran. ¡Y se llevarían las manos a la cabeza horrorizados si supieran que su pequeña hija se había entregado al artista! Simon levantó la cabeza de golpe. En esa hora, ella le había entregado su virginidad, porque lo que había hecho con su padre no contaba, en su opinión.

A Reni le encantaba tener sexo con Simon, ser penetrada por ese hombre increíblemente fuerte. Ya tenía tres meses de embarazo cuando se casaron. La pandemia estaba en pleno apogeo y cada vez había menos trabajo para los canteros. Simon colocaba adoquines en la capital del estado y solo volvía a casa los fines de semana. La penetraba con toda su lujuria contenida, ya que él no la engañaba, al igual que ella. Como ella ocultaba su masturbación a todos, incluido Si-

mon, eso lo motivaba a penetrar a Reni tan a menudo como podía y hacerla llegar al orgasmo. Reni no dijo ni una palabra sobre el extraño juego que jugaba con René.

Esperaba a su mejor amiga, Veronika. Durante más de seis años, Veronika había venido cada dos miércoles, cuando René se iba a judo o a entrenar fútbol justo después de clase, dejando a las dos mujeres solas hasta la noche. No eran lesbianas; Veronika a veces decía que eran bisexuales. Pero Reni nunca lo creyó. En su opinión, Veronika era genuinamente lesbiana, aunque a veces se acostara con niños pequeños. Reni estaba convencida de que Veronika se acostaba con niñas y mujeres jóvenes mucho más a menudo. Sabía que ella misma no era lesbiana en absoluto. Veronika la había seducido un día, y ella le siguió el juego porque era sexualmente muy placentero para ambas. A veces tomaban un café, luego iban al dormitorio y se tumbaban desnudas una al lado de la otra en la cama matrimonial. Se besaban, se abrazaban y se acariciaban durante un buen rato hasta que ambas estaban completamente excitadas. Se masturbaban mutuamente, lamiéndose el clítoris hasta el orgasmo o practicando sexo clítoris-clítoris. Esto era especialmente placentero porque Veronika tenía un clítoris más grande que Reni; le encantaba jugar a ser la dominante y volver loca de placer a Reni. Cuando Reni se retorcía en el orgasmo, jadeando, gimiendo y sollozando con un suave gemido, Veronika se arrodillaba y se masturbaba hasta el orgasmo de rodillas, con la mirada triunfante fija en Reni. A Reni le encantaba ver a Veronika masturbarse. Veronika presionaba la piel junto al clítoris con los dedos de una mano, de modo que el ya grande clítoris sobresalía dos o tres centímetros. Con el dedo índice de la otra mano, frotaba el clítoris de abajo hacia arriba, como si acariciara la parte inferior de una barbilla. Cuando aceleraba, su dedo índice se concentraba en la cabeza del clítoris, y durante el orgasmo lo presionaba con firmeza y vibración contra él.

Finalmente, Reni se armó de valor y le contó todo a Veronika, desde el principio. Veronika escuchaba con curiosidad y expectación, pues desde la muerte de su marido y desde que Hansi, su hijo, se había ido a estudiar a la capital del estado y solo volvía a casa un fin de semana al mes para acostarse con ella, sus objetivos habían sido

chicos de la edad de Hansi o más jóvenes. Nunca antes se le había ocurrido seducir al hijo de Reni, pero la idea despertó su imaginación.

"¿Y cuánto tiempo lleva ocurriendo esto? ¿Lo sabe Simon?", preguntó Veronika.

¡Por Dios, no, Simon no tiene ni idea! Y lo de René lleva pasando un año, desde que aprendió a eyacular. Reni estaba muy callada, pero también algo aliviada porque por fin podía hablar con alguien de ello. Recordó que Veronika había mencionado una vez que se acostaba con su propio hijo, Hansi. Le preguntó a Veronika con mucho cuidado porque no estaba segura. Veronika confirmó entre risas que era cierto; llevaba años acostándose con Hansi, pero ahora que él estudiaba, solo un fin de semana al mes, por desgracia. El sexo diario habría sido genial, pero así eran las cosas ahora.

La historia de Verónica

Veronika dormía en la habitación de los niños con su hermano mayor. Lo observaba asombrada mientras se masturbaba y eyaculaba todas las noches. Él le enseñó a masturbarlo y luego a practicarle sexo oral, aunque ella casi se atragantó durante el primer acto. Le mostró cómo se masturbaban las chicas, y desde entonces ella se masturbaba todas las noches antes de dormirse. Él tenía 17 años y ella 12 y medio cuando él le quitó la virginidad. Ella estaba preparada para que le doliera un poco la primera vez y para que siempre fuera difícil para él porque tenía una vagina muy estrecha. Pero tuvieron relaciones sexuales todas las noches hasta que él se mudó a la capital del estado para estudiar.

Por esa época, cuando tenía más de 14 años, su madre perdió todo interés en el sexo. Antes de que naciera Veronika, vivía como lesbiana; el embarazo fue el resultado de un accidente de orgía mixta y promiscua, y tuvieron que casarse. Incluso en su juventud, tuvo principalmente relaciones lésbicas y asistió a las orgías semanales desde el principio. Las chicas la rodearon y manosearon su coño virgen.

¡Finalmente, hubo una para desflorarla de nuevo! Un tipo musculoso y guapo con un pene como el de un caballo se tumbó a su lado con una sonrisa amigable. La penetró con cuidado y consideración y la desfloró. La folló durante mucho tiempo y se corrió dentro de ella. A partir de entonces, se dejó llevar; agarró a una chica tras otra y lamió una docena de clítoris hasta el orgasmo. Mientras lamía, tenía que sacar bastante el culo para que los chicos pudieran montarla y follarla por detrás. Había bastantes que querían follarla hasta el final de la orgía. El chico que la había desflorado se había enamorado perdidamente de ella y la seguía de cerca. En la orgía, él fue el primero y el último en follarla con su enorme polla. Ella, sin embargo, permaneció pasiva; solo había ido para que le lamieran el clítoris, y había muchas chicas a las que les encantaba que se lo lamieran. Finalmente, se hizo evidente: estaba embarazada. No habría podido decir por nada del mundo cuál de los cientos de hombres era el padre. El chico de la coleta, que se aferraba a ella como una sombra, se ofreció a ser el padre, y se casaron cuando ella tenía ocho meses de embarazo. Su marido quería follarla varias veces al día; ella le estaba muy agradecida por haberse casado con ella y haberla salvado de la vergüenza. Le dejaba follarla con una sonrisa, aunque prefería mucho más el lesbianismo. Poco después del nacimiento de Veronika, volvió a las orgías con su marido. Ella lamía clítoris con total devoción, y él follaba a una chica tras otra. Participaron en orgías hasta que Veronika cumplió 12 o 13 años. Su madre mantuvo varias relaciones lésbicas y dejaba que su marido tuviera relaciones sexuales con ella sin mucho entusiasmo, porque él quería tenerlas al menos una vez al día. Después del sexo, se masturbaba hasta quedarse dormida, y lo hacía con mucha pasión y gran placer. Él estaba bastante contento, porque veía cuánto lo disfrutaba. Pero después de 12 o 13 años de sexo apático, simplemente ya no lo deseaba. Bebía mucho todas las noches y se masturbaba abiertamente y sin pudor; no lo ocultaba. Su padre estaba muy disgustado y solo toleró la nueva situación durante unas semanas. Luego le dijo a Veronika que podía dormir en su cama. Tenía que hacerlo, le dejó claro, porque su madre ya no quería tener relaciones sexuales con ella. Veronika obedeció porque, de todos modos, amaba a su padre y solo le tenía miedo a su madre. Se acostó entre sus padres y se asombró de que su madre jugara con su vagina y clítoris sin ninguna inhibición. Miró a su padre, quien sonrió con malicia y malicia. Dejó que la manta se deslizara al suelo y colocó la

mano de Veronika sobre su pene erecto. “¿Sabes cómo se hace?”, preguntó, y ella miró con temor a los ojos de su madre. Su madre se encogió de hombros, y Veronika miró a su padre. Asintió, “¡Sí, por supuesto que sé cómo se hace!”, confirmó. Le dio la espalda a su madre y se incorporó, luego le hizo una gran paja a su padre. Amaba mucho a su padre y había admirado su enorme pene incluso cuando era una niña pequeña. Se paraba junto a él en el baño con el pulgar en la boca cuando él frotaba la cosa enorme y eyaculaba en el lavabo. Y ahora le hacía una buena paja y una felación todos los días. Ese era el nuevo orden. Cuando terminó, se sentó con la espalda en el hueco del brazo de su padre, y él dejó que su mano descansara sobre su vulva mientras ambos observaban con curiosidad cómo su madre se masturbaba. Ya no podía masturbarse por la noche; Lo hizo antes de levantarse, después de que su padre se hubiera ido y su madre estuviera preparando el desayuno. Después de unas semanas, le preguntó a su padre si preferiría una felación, mirando ansiosamente a su madre. Su madre jugó casualmente con su vulva y se encogió de hombros con indiferencia. Veronika le hizo una felación magnífica y se tragó su semen. Él estaba en el séptimo cielo; a ella le permitieron acurrucarse en el hueco de su brazo, sus dedos acariciando su vulva, y ambos observaron a su madre masturbarse apasionadamente. Su madre siempre se emborrachaba sin sentido antes de masturbarse; se masturbaba con tanta avidez y estaba tan distraída que no se daba cuenta de lo que la rodeaba. Veronika descubrió esto; podía deslizar un dedo en su coño, incluso acariciarla, sin que ella notara nada. “Ni siquiera se daría cuenta si la follaras con fuerza ahora”, le dijo a su padre. Pero él lo desestimó; no lo disfrutaría. Incluso cuando la niña la folló con el grueso mango de un cepillo de pelo en su coño, hasta el final de su orgasmo, la niña que se masturbaba no notó nada y se corrió salvajemente mientras la follaban con el mango. Esto puso a papá muy excitado y cachondo, y a menudo la observaba follándose a sí misma con el mango hasta que se corría. Para Veronika, tenía un efecto de venganza y dominación sobre el dragón borracho. Finalmente, se volvió demasiado para papá, y le dijo que parara y dejara a la anciana en paz. Esa fue la nueva orden durante los siguientes meses. Una noche, la madre provocó descuidadamente al padre; él se abalanzó sobre ella, maldiciendo blasfemamente, y la folló con fuerza a pesar de todas sus protestas. Después, la madre gritó y chilló sobre lo brutal que era su cerdo. “¡Podría follar a Veronika, pronto cum-

plirá 15 años y seguro que ya puede follar, la pequeña zorra!" El padre estaba completamente atónito y miró a Veronika. Ella pensó frenéticamente, luego asintió con miedo. Quería saberlo inmediatamente con quién. Veronika no quería decirlo en voz alta; su madre la trataba como a una enemiga y jamás se lo diría. Le susurró al oído a su padre: «¡Con Franz, desde hace dos años!». El padre se quedó boquiabierto, pero apretó los dientes. «¡Pues te voy a follar ahora mismo!», exclamó, y Veronika lanzó una mirada triunfal a su madre, que seguía llorando y sollozando un poco.

Veronika se tumbó debajo de su padre, abrió las piernas y lo abrazó. "¡Tienes que tener cuidado, solo tengo un agujero pequeño y muy estrecho!" Él, en efecto, tuvo mucho cuidado y empezaron a follar. La madre maldijo blasfemamente mientras él follaba a Veronika. "¿No tienes vergüenza alguna, follando a tu hija, follando a tu propia hija? ¡Dios mío, con esa polla enorme le vas a desgarrar el agujero, maldito bárbaro! ¡Le vas a dar otro hijo si te lo echas todo dentro, cerdo asqueroso! ¡Al menos sácalo, idiota, y no te lo eyacules dentro!" Los dos ignoraron sus gritos salvajes y follaron con lujuria. Gradualmente, Veronika logró introducir su enorme polla por completo, ¡y casi estalló de orgullo! Un año y medio después, enterraron a la madre de Veronika. Murió de cirrosis hepática; se había emborrachado hasta morir, dijo Veronika. Tenía solo 37 años. Veronika pronto descubrió cómo hacer que su amado padre alcanzara el orgasmo, y él se sintió inmensamente orgulloso. Mantuvieron relaciones sexuales a diario durante años hasta que, a los 19, ella se enamoró de Heiko y se casó rápidamente con él. Su padre se casó y se mudó a Suecia; Veronika nunca volvió a verlo.

Heiko era un buen hombre, gentil pero enérgico. Era mucho mejor en la cama que su padre y mejor que su hermano. Ganaba buen dinero como piloto de helicóptero. Ella casi siempre tenía un orgasmo, y a él no le importaba que se masturbara antes de dormirse. Eso le parecía perfectamente bien. Ella tenía un hijo, Hansi. Su amor era fuerte e inquebrantable; querían otro hijo, pero ella se había vuelto infértil. Su mundo se derrumbó. Él fue la roca que la salvó de la desesperación. Heiko estaba contento con un hijo y no le importaba mucho. Se tomaba tiempo libre del trabajo tan a menudo como podía, jugaba mucho con Hansi y era un padre entregado. Tenía sexo con Veronika

tan a menudo como podía y decía con una sonrisa que estaban ahuyentando su depresión con sexo, ¡maldita sea! Hansi tenía 12 años cuando el helicóptero de su padre se estrelló. Heiko quería rescatar a unos escaladores perdidos en la tormenta, pero los servicios de emergencia intentaron disuadirlo, ¡ya que las tormentas en las montañas sobre Garmisch podían ser traicioneras! Él subió con un ayudante, lograron rescatar a todos los escaladores, pero en el descenso, trágicamente cayeron y murieron. Ninguno sobrevivió.

Se quedó de pie junto a Hansi frente al ataúd, sin sentir nada y deseando simplemente morir; la vida había perdido todo sentido. Heiko la había salvado de su horrible madre, había logrado, de hecho, ahuyentar su depresión con su amor, y ahora jamás volvería a cruzar la puerta del jardín con esa anticipación lujuriosa. Muerta. Solo quería morir y no extrañarlo. Pero ahí estaba Hansi, el querido muchacho; no podía abandonarlo. El orfanato lo destruiría. Enderezó la espalda; después de todo, no quería morir, estaba viva por Hansi y estaba allí para él. Esa era su tarea ahora, oyó decir al muerto Heiko.

Dejó que Hansi durmiera en su cama matrimonial; allí estaban juntos, y ninguno estaba solo en su dolor y sufrimiento. Dejó la lámpara de noche encendida y apoyó la barbilla en las manos para verlo masturbarse. Sonrió con indulgencia porque el niño de doce años se masturbaba dos veces seguidas cada noche, eyaculando con fuerza, lo que los hacía reír a ambos. Ella le sujetaba el pene con firmeza cuando él eyaculaba con fuerza; a él le encantaba y cada vez con más frecuencia le permitía hacerlo por segunda vez. Chillaba de placer cuando ella le permitía eyacular con fuerza. Ella seguía sin tener ganas de masturbarse, pero después de unas semanas, antes de que él se masturbara, le preguntó si no preferiría tener sexo. Él dijo: «Nunca había tenido sexo; las chicas del colegio eran unas gansas estúpidas que hacían felaciones y dejaban que les manosearan la vagina, pero ninguna quería tener sexo de verdad. Tampoco tenía con quién tener sexo, como Schorsch, a quien sí le permitían tener sexo con el tutor».

Veronika se desnudó y abrió las piernas. “¡Vamos, Hansi, vamos, sé mi amante!”. Él respondió de inmediato; aprendió a follar bien y vivieron juntos siete años. A los 19, se fue a la capital a estudiar, pero

volvía a casa un fin de semana al mes y follaban durante horas. Tuvo algunas aventuras en la universidad, pero su corazón pertenecía a Veronika.

Se había acostado con muchos de sus amigos del colegio; había desarrollado una predilección por los chicos y chicas jóvenes. A Hansi no le importaba, porque ella le pertenecía solo a él; ni los niños ni las chicas tímidas amenazaban su posición. Sonreía con picardía cuando, durante sus fines de semana juntos, ella le contaba a qué chicos inocentes había instruido en el amor, a qué chicas tímidas había seducido y a algunas a las que había desflorado con el dedo. Se reían juntos porque Veronika podía imitar tan maravillosamente el lenguaje vulgar y las expresiones obscenas de las prostitutas y las rameras.

Veronika escuchó lo que Reni tenía que decir. En su opinión, todo estaba bien. Mientras Reni no se quedara embarazada, sin duda era correcto no confesarle nada a Simon. No conocía a Simon personalmente, pero basándose en las descripciones de Reni, podía formarse una buena impresión de él. A veces cerraba los ojos y dejaba que Reni describiera cómo eran el cuerpo y el pene de Simon; mientras Reni hablaba de tener relaciones sexuales con él, jugaba distraídamente con su clítoris.

— No, es perfectamente normal y está bien que dejes que René eyacule dentro de ti — dijo Veronika — . ¿No quieres dejar que tenga sexo como es debido? Hansi tenía edad suficiente a los doce años y medio, y nos hizo mucho bien a los dos; ninguno de los dos sufrió ninguna desventaja ni daño. Reni miró a su amiga con desesperación. — ¡No, nunca! No puedo dejar que René tenga sexo conmigo; me pone los pelos de punta. ¡Nunca me lo perdonaría si engañara a Simon! Simplemente no sé si debería dejar que René siga eyaculando dentro de mí, o si debería detenerlo rápidamente. Veronika la miró durante un buen rato. Luego le pidió a Renate que se lo describiera con detalle, para que pudiera imaginárselo bien. Veronika cerró los ojos y se tocó el clítoris, y Reni comenzó a contarlo.

En los días peligrosos, le hago una paja; René lo entiende. Si no, me acuesto en su cama porque no puedo profanar nuestra cama ma-

trimonial. Él separa mis labios con los dedos y me penetra lenta y suavemente, permaneciendo inmóvil en lo profundo. A veces se arrodilla entre mis muslos, nos miramos y, después de unos minutos, empieza a eyacular. Le masajeo el pene con los músculos vaginales para que eyacule todo. A veces se acuesta encima de mí, me besa, me abraza y me acaricia con mucha pasión mientras eyacula. Solo tengo que recordarle que no debe follarme en su exuberancia, y él lo acepta. Muy rara vez, saca el pene tanto que solo queda la punta dentro, y entonces se masturba el tronco y eyacula dentro. Cuando lo frota, a veces pienso que su glande me está follando, pero probablemente solo me lo estoy imaginando. El informe de Reni había terminado, y le dio un codazo con el dedo del pie a su amiga, que distraídamente le hacía cosquillas. "¿Y bien, qué te parece?"

Veronika abrió lentamente los ojos y se incorporó. "Creo que estás completamente loca. De eyacular dentro a follar solo hay medio paso. Es solo que en tu cabeza no le dejas follarte. Ya tiene edad suficiente; casi le has dejado follarte ya. Claro que su glande te excita, no te engañes, aunque sea solo un polvo secreto y a medias. Pero lo más importante es que solo permitas lo que tú quieras permitir. Mi opinión no importa. Si solo quieres que eyacule dentro de ti sin follarte, hazlo; puedes jugar a ese juego durante años. Y si él quiere follarte sí o sí, mándamelo. Puede follar con la tía Veronika tantas veces como quiera. ¡Soy tu mejor amiga, y me encantan los chicos de su edad, por Dios!"

Discutieron acaloradamente. A Reni le repugnaba un poco que Veronika prefiriera acostarse con niños muy pequeños. Veronika le explicó lo maravilloso que era colocar a un niño entre sus piernas y desvestir al muchacho tímido. Ver cómo su pequeño pene se endurecía, pasando de ser un gusano arrugado a una erección completa. Mientras se desvestía lentamente, la rigidez aumentaba con cada prenda. Un salto en el desarrollo cuando el sujetador se caía, otro salto cuando las bragas revoloteaban hasta el suelo. La tensión del pequeño cuando ella le tomaba suavemente el pene con la mano. Jadeaba cuando ella retiraba el prepucio por completo, dejando al descubierto el glande.

Ella interrogó a los niños con una intensidad hipnótica, y estos perdieron toda inhibición. La mayoría se masturbaba y eyaculaba con la mayor frecuencia posible, cinco o diez veces al día. A uno se le permitía tener relaciones sexuales con su abuela demente cuando quisiera, a otro con su hermana mayor porque su pene cabía en el himen de ella. Uno admitió haber tenido relaciones sexuales con su hermana menor una vez, pero la niña corrió llorando hacia su madre, y él fue humillado y castigado.

A veces empezaba con una masturbación manual, observando la cara del chico mientras lo hacía, y eso la excitaba como las drogas excitan a un adicto. Una vez excitada, les enseñaba a follar. La mayoría aún eran inocentes, es decir, vírgenes. Todos aprendieron rápido; follar no era ciencia espacial. Los dejaba follar y correrse varias veces seguidas, y solo los dejaba ir cuando estaban completamente exhaustos. Lo disfrutaba al máximo.

Las amigas se separaron, pero nada cambió. Veronika hizo lo suyo, Reni lo suyo. A René todavía se le permitía eyacular dentro de ella; a ella no le importaba y abrazaba a su hijo con cariño. A él le gustaba; lo prefería a una paja, y nunca tenía que masturbarse. Gradualmente, su comportamiento cambió. Se movía un poco, un centímetro hacia adelante y hacia atrás. Reni lo reprendió severamente; él asintió gravemente y continuó. “No es follar”, refunfuñó. Solo le ayudaba a eyacular, y eso era lo que ella quería, ¿no? ¡Le había dado permiso! Reni guardó silencio mientras el centímetro se convertía en dos, tres y cinco. Entonces lo detuvo, ¡ni un milímetro más! Durante algunas semanas, se movió con cautela hacia adelante y hacia atrás, acelerando solo para eyacular, pero ella lo entendió.

René introdujo su pene profundamente y lo sacó lentamente varias veces.

— ¿Te parece bien? — preguntó él, y ella respondió: — Sí, pero no debes follar, no debes empujar rápido, ¡eso sería follar!

Y así continuó todo el tiempo. Él metía y sacaba lentamente su pene, muy profundamente, y ella le sonreía porque también la excitaba, sobre todo porque a menudo duraba más de media hora. Para eyacu-

lar, sin embargo, tenía que empujar muy rápido y fuerte, quizás durante uno o dos minutos. Esto provocaba discusiones, pero él insistía con un guiño engañoso en que solo podía eyacular empujando. Ella asentía, porque había visto que no funcionaba sin eso. Finalmente cedió; empujar fuerte para eyacular estaba bien. Se le permitía follarla muy fuerte durante el último minuto, los últimos dos minutos, los últimos cinco minutos. Ella no lo toleraría más, absolutamente. René lo entendía y seguía complacido, ¡porque de esta manera podía follar a Reni maravillosamente durante cinco minutos todos los días! Reni le dejaba penetrarla como un animal; tenía orgasmos cada vez más a menudo. Se aseguraba muy estrictamente de que él la penetrara muy lentamente, durante quizás media hora, y profundamente, hasta el fondo de su vagina. No, embestidas rápidas, eso no estaba permitido, ¡absolutamente no! Ella se excitó maravillosamente, la lujuria se coló lentamente en su coño y se volvió abrumadora. ¡Su coño gritaba por un orgasmo! "Está bien, mi grandote, ahora puedes", susurró, avergonzada de su propia excitación. Él asintió en silencio y comenzó a follar, a follar de verdad. Sabía lo que ella le había dicho sobre follar y contuvo su eyaculación hasta que ella se corrió. A veces después de dos minutos, generalmente solo después de 10 o 15. En el final, embistió rápida y firmemente y se corrió. Estaba exhausto y sonrió feliz; ella siempre estaba muy triste en la disforia postcoital, y la idea de que realmente habían follado la atormentaba. Pero rápidamente apartó ese pensamiento porque quería permitirlo de nuevo al día siguiente. Ya no era posible cancelar el juego.

Entonces, por pura coincidencia, el comisario Zufall apareció doblando la esquina con una amplia sonrisa.

Una tarde de miércoles, Reni y Veronika yacían abrazadas en la cama grande cuando se abrió la puerta. Era René. Las dos mujeres levantaron la vista, sobresaltadas.

Las clases de la tarde se cancelaron; ambos profesores tienen Covid. El entrenamiento de fútbol también se canceló. Llegué temprano, los vi a todos y esperé hasta que terminaron. La explicación de René era plausible.

Reni preguntó con recelo: "¿Qué fue todo lo que viste?"

Pero antes de que pudiera responder, Veronika aprovechó la oportunidad. “¡Por favor, cierra la puerta y acuéstate con nosotras! ¡Acuéstate con la tía Veronika!” Reni estaba atónito y profundamente preocupado. ¿Se suponía que debía acostarse con ellas? Veronika le dijo a René que se quitara la ropa. Se acostó desnudo junto a Veronika, quien lo rodeó con el brazo por los hombros y así tomó posesión de él. Reni los miró a los dos y pensó en lo mucho que había crecido René. ¿Dónde habían estado sus ojos? Su pequeño tesoro había crecido tanto, y su pene era casi tan grande como el poderoso miembro de Simon. Se sentó muy lejos; tenía la garganta oprimida.

— ¿Quieres follar con la tía Veronika, pequeño René? — preguntó Veronika, con los ojos brillantes. Él asintió, con la garganta anudada — . ¿Primero por delante, luego por detrás? — continuó Veronika, sin importarle lo más mínimo si René respondía o no. Abrió los brazos y lo giró hasta que quedó entre sus muslos — . ¡No tengo que hacer que se te ponga dura, polla! — declaró, guiando su pene hacia su vagina. Reni contuvo la respiración; sabía, por supuesto, que él se había follado a un montón de zorras en el colegio, pero verlo ahora le daba celos. Se arrastró hacia ellos dos y le agarró la polla, sin siquiera saber lo que quería.

René entró despacio y con cuidado. Reni soltó su pene y se acurrucó contra Veronika. Empezó a embestir despacio y con suavidad, aumentando gradualmente el ritmo. Reni vio que la estaba follando igual que durante el último año, pero ahora podía hacerlo mucho más rápido y con más fuerza. Ella nunca se lo había permitido antes, salvo en los últimos minutos, porque quería tener un orgasmo ella misma una vez excitada. Reni observó el rostro de Veronika; la conocía bastante bien, y Veronika estaba a punto de llegar al orgasmo.

— Tengo que venirme, no puedo contenerlo más, tía Veronika — jadeó René, y Veronika murmuró, un poco decepcionada — : ¡Déjalo fluir, mi pequeño, está bien! Y René rugió al venirse. Esperó unos segundos. — Mamá, ¿puedo meterla rápido para que se ponga bien duro otra vez? — susurró, y Reni asintió al instante. Se giró sobre ella y la penetró. Aparentemente no había salido del todo con Veronika, y cuando la penetró ahora, continuó eyaculando después de un momento. Reni le dio una bofetada mientras él hacía movimientos de

empuje. Se puso duro como una roca al instante, porque eso era lo que ella siempre hacía para impedir que tuviera sexo.

Veronika se acurrucó junto a Reni. Era evidente que René seguía eyaculando durante un buen rato. Pero permanecía completamente rígido y susurraba de vez en cuando que pronto se pondría erecto, pero permaneció rígido dentro de Reni durante otros 10 minutos antes de volver a estar completamente erecto. Susurró: «¡Tía Veronika, ya está bien!».

Veronika se puso a cuatro patas. Reni estaba realmente asombrado de que René supiera qué hacer. La penetró por detrás y se puso manos a la obra. Veronika chilló de placer; él la folló durante un buen rato, y Reni no pudo evitar notar que estaba a punto de tener otro orgasmo. Dos minutos después, Veronika dejó escapar un suave gemido; el orgasmo casi la destrozó, y ese orgasmo pasaría a la historia.

El pene de René había salido disparado y él gimió: "¡Todavía no he terminado, todavía no he eyaculado!"

Veronika, que ahora se había desplomado exhausta, susurró sin tono: "¡Mételo en el agujero de Renate para que se quede rígido, y luego continuaremos!"

Reni lo dejó penetrarla de nuevo, extrañamente sorprendida por lo grande que se había vuelto su pene durante el sexo; la llenaba por completo. Hizo pequeños movimientos y recibió una leve bofetada, pero continuó moviéndose con precisión micrométrica. Veronika recuperó el aliento; se acurrucó junto a Reni y la sorprendió con un beso francés potente y voraz. Su dedo se deslizó sobre el clítoris de Reni, enloqueciendo a su amiga de deseo. Después de dos minutos, susurró con una sonrisa: "¿Todavía está bien? ¿Todavía está dura?". René susurró de vuelta: "¡Por supuesto!", y Veronika susurró casi inaudiblemente: "¡Puedes follártela ahora mismo!".

Reni no lo habría querido si hubiera estado en sus cabales. Pero Veronika la había llevado casi al orgasmo, y ahora la hundía en besos profundos y apasionados, con la lengua moviéndose como una serpi-

ente maldita en el paraíso. Sintió el grueso y maravilloso pene en lo profundo de su coño, y se relajó y se abrió de par en par; ¡quería ser follada!

Reni apenas se percató de que René la estaba follando con fuerza; estaba hipnotizada por la lengua de Veronika y la estimulación de su clítoris. René la follaba y la follaba como un berserker, mientras Veronika soltaba su clítoris y su lengua. De repente, Reni se dio cuenta de que René la estaba follando con fuerza, con fuerza y potencia. Sintió que su orgasmo estaba a solo segundos de distancia, y folló con todas sus fuerzas; ¡tenía que tener ese orgasmo! El orgasmo estalló como un huracán, casi desgarrándola, su vagina apretando su pene con avidez, ordeñándolo por completo. Salió de un trance y solo entonces se dio cuenta de que René estaba eyaculando con todas sus fuerzas, las venas de su cuello abultadas.

Reni se calmó poco a poco; René se apartó de ella y cayó directamente en los brazos de Veronika, quien inmediatamente introdujo su pene semierecto en ella. Él permaneció inmóvil, jadeando en busca de aire.

Reni lloró. Él la había follado de verdad por primera vez. Fue como romper una represa, incesto. Lloró porque había engañado a Simon, se había acostado con otro. Lloró porque el juego inocente había terminado, follar ya no era un juego, y sabía que de ahora en adelante follaría a René como Veronika lo hizo con Hansi. Era inevitable, era definitivo. Se había convertido en una de esas mujeres que follaban con avidez y lujuria a sus hijos. Dejó de llorar.

René folló a Veronika por delante, Reni se vengó de su traicionera mejor amiga y le frotó el clítoris hasta el orgasmo, lo frotó tan bien y tan fuerte que Veronika se estremeció salvajemente por el orgasmo.

«¡Dios mío, ¿cuántas veces más puedes hacerlo?!», exclamó Reni mientras René volvía a montarla. Se dejó follar; no fue tan increíble como la primera vez, y probablemente no habría tenido un orgasmo si Veronika no le hubiera frotado el clítoris con tanta destreza. Hicieron una pausa, bebieron vino tinto con limonada y fumaron. Ni siquiera sabía que René fumaba.

René se acostó con ambos dos veces más antes del anochecer. Al irse, él le preguntó: «Tía Veronika, volverás mañana, ¿verdad?». Ella asintió: «¡Claro que sí, mi amor!». Y venía, casi todas las tardes, y los tres se acostaban hasta la cena. Reni ya no lloraba a menudo; había aceptado que se había convertido en una ninfómana, acostándose con René a diario y con Simon los fines de semana. Esto a veces la deprimía.

René ya conocía la historia de Reni; ahora Veronika le contaba la suya. René le preguntó tres veces cómo era follar a su madre con el mango de un cepillo. «En aquel entonces, no sabía nada de vibradores, pero ya había descubierto que se podía tener un orgasmo más intenso masturbándose con el mango durante el orgasmo. Sentí solo desprecio, sed de venganza y dominio cuando la follé con el mango durante muchas semanas. Ella sí que tenía orgasmos mucho más fuertes, pero dominar y humillar a la vieja serpiente era más importante para mí. Papá le puso fin a eso después de unos meses».

Veronika tenía noticias que compartir. Como de costumbre, había estado merodeando frente a la escuela, con la esperanza de ligar con algún chico guapo. Una chica se le acercó y, tras un saludo y una breve charla, fue directa al grano, pues conocía la reputación de Veronika. Estaba locamente enamorada de su novio y se masturbaba todas las noches pensando en él hasta que se le entumecía la muñeca. Quería acostarse con él, ser desflorada por él, pero su pene era diminuto y demasiado débil para penetrar su himen firme y duro; lo habían intentado durante horas. No quería cortarlo con un cuchillo; ese sería su último recurso. Veronika los llevó a casa. Se sentaron desnudos en la enorme cama matrimonial y Veronika colocó a Lisa, la chica, sobre su regazo. El himen era, en efecto, duro y firme como el cuero. El clítoris grande de Lisa estaba rojo oscuro e irritado; la pobre chica estaba realmente atormentada por su lujuria. Veronika lo intentó varias veces con el pulgar, pero solo después de perforar y marcar firmemente el himen con la uña logró penetrarlo correctamente con el pulgar. Masturbó a Lisa con el pulgar, extendiendo el índice para que rozara automáticamente el clítoris de Lisa. Veronika observó el rostro de Lisa, muy excitada, percibiendo su creciente excitación y cómo cambiaban sus expresiones faciales durante el orgas-

mo. Lisa se aferró a su brazo con ambas manos, pues su orgasmo fue intenso, casi brutal.

Veronika le hizo señas a Teddy para que se acercara. No era mudo, pero nunca hablaba. Veronika miró su cola y exclamó: «¡Igual que el David de Miguel Ángel!». Pero los niños no entendieron y negaron con la cabeza con pesar; no conocían a ningún David. Veronika maldijo en silencio: «¿Qué están aprendiendo en la escuela secundaria?».

Dejó que el joven de 17 años y la vivaz de 15 tuvieran sexo allí mismo en su cama matrimonial, solo por diversión. Tomó el pene de Teddy en su mano; el apuesto joven realmente tenía el pene de un niño de ocho años, lo vio de inmediato. También notó que tenía fimosis. Quiso saber cómo eyaculaba cuando se masturbaba, y él respondió que salía a chorros por el prepucio. Con un tirón brutal y enérgico, Veronika le retrajo el prepucio sobre el glande, que nunca había visto la luz del día. “Deberías ir al médico lo antes posible; él puede abrirlo con mucha delicadeza”, le dijo a Teddy, y luego lo acostó encima de Lisa. Su pene se deslizó dentro, y Veronika los observó con excitación mientras tenían su primera vez. Teddy folló bastante bien, y Lisa se excitó mucho y se corrió. Él eyaculó un momento después. Veronika inmediatamente se acostó junto a Lisa e insistió en el pago. Lisa estaba muy avergonzada porque no se lo había contado a Teddy. Teddy sonrió descaradamente; ¡estaba encantado de pagar! Se acostó con Veronika mucho más tiempo que Lisa, quien observaba con celos. Eyaculó después de un buen rato y se dio la vuelta, exhausto. Veronika seguía excitada por su pequeño pene juvenil y se masturbó. Los dos observaban sin aliento.

Reni, Veronika y René tenían sexo una o dos veces por semana como trío; Reni y René lo hacían los demás días. Si era un día peligroso, Reni le hacía una paja y al final le dejaba eyacular en su boca o garganta. A él le encantaban sus labios y su lengua. Él tenía ahora 18 años y ella 37; quería estudiar en la capital del estado después de graduarse de la secundaria, y la ingeniería aeronáutica era su campo de estudio. No tenían ni idea de la envidia que sentían las Parcas y las Nornas por su tranquila y plena vida amorosa. Las diosas del destino tenían todo el tiempo del mundo y luego atacaban con dureza y sin

piedad. Como siempre, ocultaban su envidia y su mala acción tras un gesto positivo y generoso. Le dieron a Simon el resto del día libre para un fin de semana largo. ¡Qué dulce, ¿verdad?!

¡Simon se encontró con una escena espantosa! La lesbiana Veronika yacía desnuda junto a su esposa, su hijo entre los muslos de su esposa, ¡y él embestía y eyaculaba, embestía y eyaculaba!

Simon rugió como un jabalí herido, apartó a René de Reni de tal manera que su semen la salpicó, y le propinó un terrible golpe en la cabeza a su hijo. René subió corriendo las escaleras y se arrojó sobre la cama, aullando de dolor y con la almohada empapada de sangre. Al cabo de un rato, oyó ruidos y se acercó sigilosamente a las escaleras, se sentó y miró dentro de la habitación. Lo primero que vio fue a Simon, sentado desnudo en una silla con una botella de licor y una pistola a su lado; ambas cosas completamente fuera de lo común.

Simon les había ordenado a Reni y Veronika que hicieran el amor lésbico; nunca lo había visto antes, y lo hicieron por puro miedo a su furia y a la pistola que blandía salvajemente. Nunca había visto a Reni masturbarse, ni a ninguna mujer, para el caso. Ahora las observaba haciendo el amor con una sonrisa maliciosa, durante horas, hasta la noche. Y se bebió todo el aguardiente antes de que anocheciera. Las vio masturbarse mutuamente, cada una por separado. Las vio besarse con la lengua y lamerse los clítoris. ¡Eso le gustaba, maldita sea! Y luego el sexo oral: eso lo volvía loco, y se acostó con Reni y Veronika una tras otra. Se acostó con ambas tan a menudo como pudo. Seguía ordenándole a Veronika que se acostara con Reni, clítoris con clítoris. Esa era la mejor parte, ¡la vieja lesbiana se acostaba con su joven esposa sin sentido! Se acostó con Reni hasta llevarla a un frenesí, a un orgasmo alucinante, e inmediatamente se subió encima de Veronika y se la folló con todas sus fuerzas. El aguardiente avivó su locura y encendió su furia. René se sentó en las escaleras y lloró porque ya no podía soportar la brutalidad y la ira de su padre.

Veronika acababa de llevar a Reni a un orgasmo increíble cuando Simon se levantó con dificultad y agarró la pistola. Se acercó a la cama y le disparó a Veronika en el pecho. Ella cayó en silencio, como

un saco de patatas. René se puso de pie de un salto y Simon se dirigió a Reni. La agarró por el cuello y le apuntó con la pistola.

«Solo te he amado a ti, toda mi vida. Nunca te fui infiel y no merecía esto. ¡No puedo hacerte daño, jamás podría! ¡Adiós, mi Reni!». Simon se llevó la pistola a la barbilla y apretó el gatillo. Cayó sin vida al suelo. René se había abalanzado sobre él, pero era demasiado tarde; no pudo detener a su padre.

Reni se quedó paralizada. Pero no perdió el control ni por un instante; había experimentado ambos disparos como en trance, y ahora tenía que hacer algo. ¿Pero qué?

René graznó: "¡Veronika se movió, todavía está viva!". Reni le espetó; necesitaba un celular, inmediatamente. Se inclinó hacia Simon, pero no tenía pulso. Tocó a Veronika y oyó un leve gemido. Le pidió a René el número de emergencias, y él dijo 112. Reni habló rápida y claramente. Una persona gravemente herida, herida de bala en el pecho. Una persona gravemente herida, herida en la cabeza. No, no es una herida de bala, sino un golpe en la cabeza. Una persona muerta, herida de bala por contacto debajo de la barbilla, suicidio. No, no tiene pulso, no respira. Sí, envíen la ambulancia rápido, la persona gravemente herida está sangrando profusamente. Sí, por supuesto, la policía también. Gracias. Me quedaré, por supuesto.

Reni y René se vistieron rápidamente. Ella le envolvió la cabeza con una toalla húmeda y luego cubrió a Veronika y Simon con una sábana. No tocó la botella de licor ni la pistola. Esperaron, y Reni le dio instrucciones a René sobre qué y cómo debían decirle a la policía. Él asintió; estaba bien.

La víctima aún está viva, dijo el paramédico por radio, pero necesita cirugía de inmediato. Simon ha fallecido, confirmó el médico. Examinó la herida en la cabeza de René: «Vienes con nosotros ahora mismo, ¡necesita puntos!», y le puso una inyección. Examinó a Reni; estaba ilesa. Pero estaba en estado de shock, así que también le puso una inyección. «Es mejor que vengas con nosotros; podremos atenderte mejor en el hospital y podrás quedarte con tu hijo. ¿De acuerdo?».

Todo sucedió tal como el destino lo había planeado. El funeral de Simon se celebró diez días después, y Veronika fue llevada en silla de ruedas por una cuidadora. René y Reni permanecieron en silencio, serenos, ante el ataúd. «¡Es todo culpa mía!», susurró René, con lágrimas corriendo por su rostro. «¡Siento su muerte en mi conciencia!». Reni lo agarró del brazo con fuerza. «¡No digas tonterías! Simon pensó que ya no podía soportarlo y enloqueció».

Les llevó semanas asimilar su dolor. Solo tenían una pequeña pensión, y René dijo que no iría a la universidad, sino que buscaría trabajo. Reni lo miró con cariño: "¿Y qué quiere hacer el recién graduado de la secundaria? Ah, sí, como cantero, hay un puesto que acaba de quedar vacante". René no sabía si reír o no. "Buscaré trabajo, me pagan mejor", dijo Reni, "¡definitivamente irás a la universidad y diseñarás cohetes!". Sonó definitivo, y lo era. Se corrigió: "Aviones, no cohetes, mamá". Sabía instintivamente que ella tenía razón. Dijo que trabajaría mientras estudiaba y ganaría algo de dinero. Como dibujante técnico, ya lo había averiguado en internet, y había presentado su primera solicitud antes... del suceso. Tal vez funcionaría. Reni asintió: "Ya es hora de que te valgas por ti mismo". Le dio un beso en la frente. "Ahora eres mi único hombre", dijo ella suavemente, "¡mi único!"

Ella había decidido que ayer sería el último día que dormirían juntos como hermanos. "¡Eso es lo que haremos!", exclamó aliviada, y no respondió cuando René le preguntó.

• • •